
CRISTINA BELLISONZI
BAJO EL CIELO DE Milán
emporio
ediciones

Índice de contenido

Bajo el cielo de Milán
Legales
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35


CRISTINA BELLISONZI
BAJO EL CIELO DE Milán
emporio

Índice de contenido

Bajo el cielo de Milán
Legales
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Cristina Bellisonzi

Bajo el cielo de Milán

emporio
ediciones

Bellisonzi, Cristina
Bajo el cielo de Milán / Cristina Bellisonzi. - 1ª ed. - Córdoba: El Emporio Ediciones, 2026.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-789-384-7
1. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860

© Cristina Bellisonzi, 2026

Edición en formato digital: marzo de 2026
© El Emporio Libros S.A., 2026
9 de Julio 182 - 5000 - Córdoba
Tel.: (351) 4253468 / 4245591
E-mail: editorial@emporiolibros.com.ar
Sitio web: https://www.elemporiolibros.com.ar
Instagram: @elemporioedicionescba
Facebook: El Emporio Ediciones

Hecho el depósito que marca la Ley 11723
ISBN 978-987-789-384-7

Conversión a formato digital: Danila Belintende
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Dedico esta historia a mi madre, porque ella fue quien me guio en este plano y hoy es esa estrella que, desde su lugar, aún lo sigue haciendo. Comparo su esencia con la de Catalina, la protagonista, quien lo da todo por el amor a su hija.

"Gracias, madre querida".

Catalina Vannicelli, protagonista de esta historia:

"Ella demostró que ser madre no solo es dar a luz. Ser madre es entregarse sin límites ni reservas, con valentía, con humildad, pero sobre todo con el coraje de defender a su hijo desde su vientre".

Capítulo 1

Mediaba el año 1939 en la bella Italia. Tierra de pasión, donde la historia y la cultura se entrelazan como las ramas de los viñedos de Toscana, en las cumbres nevadas de los Alpes o en la costa azul del Mediterráneo. Un país donde contrasta el romanticismo de Venecia con las calles empedradas de Roma y donde se respira el arte y la cultura de Florencia, con sus obras que aún hoy parecen cobrar vida en cada esquina.

El tibio sol asomaba y la mañana otoñal se hacía presente con el trinar de las aves, despertando al pequeño pueblo de Codevilla, ese tranquilo rincón de la provincia de Pavía.

La familia del doctor Alfredo Vannicelli se había levantado muy temprano ese día, para ultimar los detalles del equipaje de Catalina, la mayor de las hijas. En cuanto se alistaron, salieron los cuatro caminando presurosos rumbo a la estación de ferrocarril. Desde lejos se podía ver la torre de ese edificio, luciendo orgullosa un reloj que marcaba las 6:45 am, lo cual les decía que faltaba muy poco para la partida.

Por delante iban Catalina y su hermanita Sofía, tomadas de la mano, en un silencio profundo y doloroso. Varios metros por detrás, lo hacían sus padres, discutiendo acaloradamente:

—¿Estás loco, Alfredo? ¿Por qué dejas ir a nuestra hija de esta manera? —preguntó la regordeta y agitada mujer, mientras corría detrás de su marido para alcanzarlo y recurría al máximo de sus fuerzas, en tanto terminaba de recoger su entrecana cabellera revuelta por el viento.

—Cállate; yo sé lo que hago —contestó él, muy enojado.

—Pero… ¿Cómo quieres que me calle? Catalina es muy jovencita y está sufriendo mucho por tu decisión. ¿O te olvidas de que ella tiene tan solo dieciséis años?

—Termina ya con tu rosario. Al fin de cuentas, todo esto pasa, no solo por su culpa, sino también por la tuya. Ella hizo lo que hizo porque no la cuidaste como era debido. Bueno… De ahora en más seré yo quien disponga como siguen las cosas. Y recuerda… todo se hará como yo lo he planeado…

—Nunca tienes en cuenta lo que yo pienso. Esto no te lo voy a perdonar jamás y… ¿Quieres que te diga una cosa? Con el tiempo, esta decisión va a terminar con nuestro matrimonio. ¡Te lo afirmo!

—Déjate de decir pavadas, no me hagas reír. No hay manera de que eso suceda; pronto vas a reflexionar y me darás la razón. Además, esto pasará como todo pasa y cuando ella regrese, todos seguiremos normalmente con nuestras vidas.

—Eso es lo que tú crees, pero no será así. De ninguna manera creo que volvamos a ser los mismos.

—Pero claro que sí; ya lo verás. Es más, hasta sé que un día me lo agradecerán.

—Ni lo sueñes. Yo guardaré este dolor en mi corazón por siempre y tu hija también —y apurando su paso para adelantarse, finalizó

resignada—: Esto te costará caro, esposo desalmado. ¡Te arrepentirás!

—Eso ni lo sueñes —afirmó el hombre, convencido.

María se reunió con sus hijas y trató de disimular su dolor y la vehemente conversación, diciéndoles:

—Ya llegamos, niñas. Parece que viaja poca gente hoy.

—Mamá, yo no quiero que Catalina se vaya —reclamó la menor, acongojada.

—No te molestes en pedirlo, Sofi, porque no te escucharán —respondió la mayor—. Yo tampoco me quiero ir, pero a ellos eso no les importa y me obligan a hacerlo.

Sofía, esa pequeña hermosa, aunque extremadamente delgada, que llevaba el cabello suelto, castaño claro como el de su madre, pero los rasgos calcados de su padre, con sus escasos doce años, no podía aceptar que alejaran así a su hermana de la casa. Ella era su gran compañía, la que la malcriaba y trataba de darle todos los gustos y de llenarla de mimos. Esa niña tan callada y obediente, en ese momento dejó asomar en ella un atisbo de rebelión y se atrevió a repetir con fuerzas mientras se detenía frente a su madre y cruzaba sus brazos con el ceño fruncido:

—¡Yo no quiero que Catalina se vaya!

—Sofía Vannicelli, te callas la boca y caminas; de lo contrario, recibirás un castigo. ¿Dónde se ha visto cuestionar la decisión de tus mayores? —sentenció la mujer, muy a su pesar.

—Pero… es que yo no entiendo por qué razón a papá se le puso en la cabeza eso de que ella se vaya con la tía Raffaella.

—No es necesario que entiendas nada —dijo la madre, de manera terminante—. Deja ya de hacerte la caprichosa, no vaya a

ser cosa que se dé cuenta tu padre. Vamos, niña, disfruta de la compañía de tu hermana este ratito.

—Ven conmigo, Sofi; dame un abrazo fuerte, fuerte. Te quiero con todo mi corazón y te juro que volveremos a vernos un día —fueron esas las palabras de Catalina, que lograron robar una sonrisa a la niña.

María sintió que estaba de más; se retiró y las dejó solas para que pudieran despedirse. Desde lejos las observó y no pudo más que conmoverse con ese cuadro tan penoso, que ellos mismos habían provocado. Inevitablemente, volvió a sentirse culpable por ser tan débil y no atreverse a enfrentar a su marido.

La formación ya estaba lista para salir. El abrazo al que asistían los presentes era muy conmovedor. Una joven con su rostro bañado en lágrimas se aferraba a su madre, que se hallaba en igual estado, y le decía muy por lo bajo:

—Hija querida, no llores, por favor, que me destrozas. Deseo que tengas un viaje tranquilo. Ojalá tu tía pueda darte el calor que no tendrás de mis brazos y le he pedido que te proteja en todo momento. ¡Lamento tanto que tengamos que separarnos! Siento que mi corazón se parte en pedazos.

—No te lamentes, madre. Ustedes lo decidieron así. Sabes bien que no es mi voluntad irme de aquí —y con una mirada profunda, le rogó—: Por favor, habla ya con mi padre, te lo imploro; todavía estamos a tiempo.

La madre levantó la vista y se encontró con la mirada severa y penetrante de su marido. Destruida por su propia actitud cobarde, no pudo mirarla a los ojos, ensayó una postura rígida, inusual en ella, y le contestó:

—¿Pero… es que no entiendes que es un mandato de tu padre y no se discute? Después de todo, esto es consecuencia de tu comportamiento, que, a propósito, dejó mucho que desear.

—No hablemos más, madre. Ya no quiero escucharte. Yo pensé que harías algo para convencer a mi padre de lo contrario —dijo la joven con inmensa desilusión y se dio vuelta, diciendo—: Pero bueno… no te preocupes; yo sabré cuidarme y estaré bien.

—Hija, no te vayas así… con rencor; después de todo, él lo hace porque confía en que esta decisión será lo mejor para ti y, aunque ahora no estés de acuerdo, esperamos que con el tiempo puedas entender y perdonar.

—Cállate, madre, por favor. Con tus palabras me convenzo de que estás de acuerdo con él y nunca podré perdonarlos a ninguno de los dos.

—Eso piensas ahora, pero sé que el tiempo cura hasta las heridas más profundas. Deja que todo pase; yo estaré aquí esperándote, hijita querida, y volveremos a estar juntas.

—No, madre, no me esperes —contestó mientras miraba con recelo a su padre, que permanecía alejado, inquebrantable; luego finalizó—: Te repito que nunca podré perdonarlos.

—Igualmente te esperaré siempre, con mi corazón y los brazos abiertos —insistió la mujer compungida, mientras su hija se encaminaba cabizbaja hacia su nuevo destino.

El tren comenzó a moverse lentamente y quedó en el andén una mujer con el alma destruida por tener que dejar partir a su princesita contra su voluntad. Unos metros más atrás se hallaba inmutable un hombre duro, que pensaba que obligar a su hija a

mudarse a la casa de su madrina, en Milán, sería la solución para acabar con una situación que tanto lo enojaba.

María, presa de un silencio profundo, estrujaba un pañuelo entre sus dedos mientras levantaba tímidamente la mano para intentar saludar. La ventanilla estaba abierta, dejando entrar una perfumada brisa que acariciaba el rostro mustio de Catalina, quien en ningún momento giró la cabeza para ver a los suyos; su corazón estaba muy apesadumbrado, ya que conocía el destino que ellos habían elegido para ella.

La velocidad del tren iba aumentando al mismo tiempo que su desesperación. El paisaje corría a su lado mostrando las últimas viviendas del poblado, pero para ella todo pasaba desapercibido. Su pensamiento se hallaba solo en aquello que hubiera preferido olvidar; aquello por lo cual hubiera dado cualquier cosa para que nunca hubiese sucedido, pero que inevitablemente volvía una y otra vez a su cabeza.

Capítulo 2

El tren con destino a Milán avanzaba como un furioso gigante de acero. Su marcha parecía resonar al compás de los latidos del corazón de Catalina, quien permanecía con su mirada perdida en ese paisaje gris que reflejaba su ánimo sombrío y sus temores. Un asiento vacío junto a ella anticipaba lo que sería su vida a partir de entonces. En ese momento, una mujer se acercó para ocuparlo, sin dejar de observarla. Ella volvió su mirada al exterior mientras un par de lágrimas corrían silenciosas por su rostro juvenil tan apenado. La señora mayor la observó con todo respeto e inteligentemente se reservó para más adelante las preguntas que hubiese querido hacerle en ese momento.

Sin conocer a la muchacha, acompañó su pesar en silencio con oraciones y ruegos, sin que esta ni siquiera lo imaginara. La mujer estaba muy conmovida por pensar que por la edad podría ser su hija, de modo que continuó atenta a cada movimiento y expresión de Catalina.

El tren avanzaba a un ritmo constante; las estaciones se sucedían como las páginas de un libro, cada una con su propia historia y encanto. El sol había asomado y los bosques aledaños comenzaban a desplegarse como un tapiz de colores, pero nada de ello conmovía a Catalina, que continuaba abstraída, contemplando el mundo por

una ventanilla, pero pensando solo en su mundo interior, tan mustio y agobiante, y eso le provocaba más llanto. Los kilómetros se iban acumulando a medida que se acortaba el tiempo, en un viaje que ella deseaba que no tuviera fin. Los recuerdos acudían a su retina con imágenes borrosas y las lágrimas afloraban impertinentes. Sin percatarse, su llanto fue adquiriendo sonido; al notarlo, se sintió avergonzada y se cubrió el rostro con su dorado cabello.

Esto llamó mucho la atención de la señora mayor, que ya sin dudarlo y con mucho tino, le preguntó:

—Discúlpame… ¿Te sucede algo? ¿Estás bien?

—No se preocupe, señora; estoy bien, gracias —contestó Catalina secando su rostro sin mirarla.

—Yo me llamo Sabina Solano. ¿Y tú?

—Yo… Catalina Vannicelli.

—Eres tan joven que es lógico que sufras al separarte de tus padres —se atrevió a comentar la mujer.

—Sí, sí. Seguro —contestó Catalina mientras trataba de recomponerse y pensaba que no era ese el real motivo de su angustia.

Durante un largo trecho del viaje, permanecieron en silencio, pero cuando la mujer observó que continuaba llorando, insistió con sus preguntas:

—¿Lloras por tu madre? Cuéntame, confía en mí.

—No solo lloro por eso. Es que mis padres, sin mi consentimiento, han planeado para mí este viaje sin sentido.

—¿Qué dices, niña? ¿Por qué han planeado esto tus padres?

—En realidad, fue mi padre, y mi madre, como le teme, no lo impidió, que es lo que yo esperaba que hiciera.

—Cuéntame todo sobre eso que tanto te angustia. Te repito, puedes confiar en mí.

Catalina solo respondió con un movimiento de cabeza que negaba una respuesta. Su silencio volvió a pesar y su mirada se posó nuevamente en el paisaje que cada vez pasaba más rápido por sus ojos.

Sabina la miró y no se dio por vencida; sin dudarlo, la abordó:

—No hace falta que me cuentes si no quieres, pero dime si piensas que puedo ayudarte de algún modo.

Catalina se quedó pensativa y tímidamente dijo:

—En la estación de Milán estará mi madrina esperándome; por favor, le pido que me ayude a esconderme de ella.

—Pero… niña. Ella seguramente te estará esperando para llevarte a su casa.

—Sí, pero justamente eso es lo que yo no quiero.

Esta respuesta intrigó aún más a la buena señora, pero a pesar de todo, en ningún momento sintió desconfianza. De todos modos, quiso averiguar algo más:

—Supongamos que yo te ayude y lográramos que ella no te vea, ¿qué harías después?

—No lo sé, pero le aseguro que haría cualquier cosa, menos lo que ellos quieren que haga.

—Ay… chiquita, cada vez te entiendo menos.

—Perdón, señora, pero me da mucha vergüenza contarle todo lo que me pasa —contestó ruborizada.

Sabina estuvo a punto de insistir para que lo hiciera, pero prefirió tener paciencia y brindarle confianza para que hablara cuando se

sintiera cómoda. De todos modos, en su corazón de mujer bondadosa ya rondaba su intención de ayudarla.

—Dime… ¿Cómo es tu madrina físicamente?

—Ella es alta, de enrulado cabello oscuro. Tiene los mismos rasgos delicados de mi padre, que es su hermano. Mis abuelos eran inmigrantes griegos.

—Ah… ¿Ella además es tu tía? Creo que voy entendiendo.

—Sí, y como desgraciadamente me parezco a mi padre, también me parezco a ella, solo que yo soy rubia.

—Entonces debe ser muy linda esa señora, porque tú eres muy bella.

Catalina sonrió por primera vez en todo el viaje y Sabina alabó su sonrisa, con lo que hizo que la muchacha se distendiera un poco. La señora, conmovida, continuó preguntando mientras enredaba su collar entre los dedos:

—Dime… ¿Qué podríamos hacer?

—No sé, yo pienso y pienso, pero lo único que se cruza por mi mente es que debo escapar de la vista de mi tía cuando llegue a Milán.

—¿Pero… cómo, niña?

—No sé… Tal vez tendría que esconderme entre la multitud y dejar que ella me busque y no me encuentre.

—¿Te atreves a hacerlo?

—Yo soy capaz de todo. Sé que puedo lograr que mi tía no me vea, pero lo que me preocupa es pensar qué voy a hacer después, adónde voy a ir —dijo eso y volvió a quebrarse con el rostro entre sus manos.

Sabina pasó su brazo por detrás de ella y, tomándola del hombro, la consoló y le preguntó:

—¿Y si yo te ayudara en eso también? ¿Qué me dirías?

—¿Usted haría eso por mí? Si recién me conoce.

—No sé, pero algo me dice que tienes un motivo muy grande para hacer esto, tan grande que no te permite contármelo.

—Le juro que lo que pretenden hacer conmigo es una gran injusticia y le prometo que en cuanto pueda le contaré hasta el último detalle.

—Sé que lo harás. Solo debes sentir que te inspiro confianza y lo sentirás. Estoy muy segura. Igualmente, esta situación me moviliza mucho, me remonta al pasado, a un hecho muy triste ocurrido en mi familia que trajo consecuencias trágicas y mucho dolor. En fin… haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte.

Catalina no pudo contestarle; la emoción la superaba. Esa mujer, de estatura pequeña, pero corazón grande, que acababa de conocer, era realmente su tabla de salvación, una luz al final de ese hueco negro y mustio en el que se encontraba. Le devolvió el abrazo, conmovida y llorosa.

Pasado ese momento de emoción, pensaron por dónde salir para esquivar a la tía Raffaella, pero faltaba resolver qué harían después. Luego de unos minutos, sin pensarlo demasiado y muy decidida, Sabina le dijo:

—Escúchame bien, Catalina. Voy a hacerte una propuesta que deberás considerar y tienes el tiempo que dure este viaje para contestarme.

—La escucho, señora —contestó la chica, aferrándose a ese hilo de esperanza, aunque sin imaginarse lo que podría proponerle su

ocasional compañera de viaje.

—Yo he quedado viuda hace poco tiempo y estoy muy sola; me cuesta un poco caminar, aunque trato de no demostrarlo. La vida se me ha complicado desde que partió mi compañero. Ya no tengo quien me ayude con las tareas de la casa, ni con las compras. Tengo un único hijo, que es una gran persona, pero está muy lejos y no sé cuándo volverá. Unos días antes de que muriera su padre, partió a Argentina en busca de un futuro mejor y recién ahora se está encaminando.

»Casualmente, vengo de visitar a las nietas de quien fuera mi única hermana para tratar de ver si alguna de ellas podía interesarse en vivir conmigo, pero ninguna puede. En realidad, si tú te vienes a mi casa, serías la gran solución a mis problemas y a la vez solucionarías el tuyo. Ambas podríamos ayudarnos. ¿Qué me dices?

—No creo que deba tomarme más tiempo para contestarle. Es más… no tengo ni que pensarlo. Solo debo darle gracias a Dios por haberla puesto en mi camino —dijo Catalina y tímidamente ofreció su mano para que la mujer la estrechara, como si sellaran un trato, lo que daba a la situación aires de verdadera libertad.

Luego se hizo un largo silencio, donde Catalina comenzó a imaginar una nueva vida y volvió a sonreír. Respiró hondo y sintió que la paz comenzaba a volver de a poco a su cuerpo.

El viaje estaba llegando a su fin; el tren fue devorando los últimos kilómetros y pronto estuvieron en la estación de Milán. Desde lejos Catalina reconoció a su madrina y sintió pánico, pero igualmente se la señaló a la señora Sabina. Esta envolvió a la jovencita con su chal, cubriéndole incluso hasta la cabeza. Le colocó sus anteojos a pesar de quedarse sin demasiada visión; luego apretó

bajo su brazo el bolso de la chica para tratar de ocultarlo. De ese modo salieron rápidamente, dirigiéndose para el lado contrario del que se encontraba la tía Raffaella, quien buscaba desesperadamente entre la gente a su sobrina.

Caminaron unas cuadras a pesar de la dificultad de Sabina, y cuando sintieron que estaban a salvo, se sentaron en una plaza a descansar y tomar fuerzas para llegar hasta la casa.

Una vez allí, la señora instaló a Catalina en un dormitorio contiguo al suyo, donde la chica acomodó sus cosas. A pesar de todo, no dejó de sentirse extraña en ese lugar. Lloró pensando en sus padres y hermana, a quienes tal vez nunca volvería a ver, pero, igualmente, no tuvo dudas de haber tomado la mejor decisión, la única alternativa que le brindaba la situación.

Observó esa cama impecable, percibió el aroma de los jazmines que estaban en la mesita de noche, acarició suavemente el acolchado y se recostó. Mientras miraba cada rincón, pensaba en que debía contarle todo a su nueva amiga, esa misma noche, ya que ella se merecía saber toda la verdad. Mientras buscaba en su mente la manera de poder hacerlo, se quedó dormida y cuando Sabina fue a buscarla para cenar, la notó tan cansada que solo la arropó con cariño, arrimando la puerta para preservar su sueño. Pronto se retiró ella también a descansar, pero le costó dormirse. A pesar de sentirse satisfecha por haber ayudado a la muchachita, la intrigaba sobremanera esa historia de su vida que aún no conocía.

Capítulo 3

La mañana ofrecía un sol increíble. Sabina corrió todas las cortinas para permitir que el calor penetrara en cada rincón de la casa. Golpeó a la puerta del dormitorio donde estaba Catalina y, al entrar, la encontró sentada en la cama con el rosario en la mano. La saludó con cariño y la chica le pidió que se sentara a su lado porque quería contarle todo lo que había callado hasta entonces sobre su vida.

Sabina así lo hizo, deseosa de saber hasta el último detalle, y pronto la chica comenzó a hablar:

—Mis padres se avergüenzan de mí porque estoy embarazada —expresó y bajó la vista sintiendo mucho calor en su rostro.

—¡Niña… con que ese era tu secreto! —contestó la mujer muy sorprendida y luego reaccionó—: Con más razón te digo que tu historia se parece mucho a esa de la que te hablé, que ocurrió en mi familia. Pero bueno… cuéntame lo tuyo… cuéntamelo todo.

En ese momento Catalina no pudo decir una palabra más, volvió a hacer silencio y todo lo sucedido acudió a su mente; sus recuerdos se agolparon y dos grandes lágrimas corrieron por su rostro. Sabina supo respetarla y solo le ofreció un abrazo materno que la tranquilizó antes de retirarse y dejarla sola con sus pensamientos, dispuesta a esperar un poco más por los detalles de esa historia.

Cuántas veces en ese tiempo Catalina había deseado no haber conocido nunca a Stefano, ese chico vecino de sus primos, aquel que la había deslumbrado con su belleza y sus palabras seductoras. A pesar de todo lo sucedido y de su arrepentimiento, no podía dejar de pensar en lo que había vivido en aquel encuentro con él, un desenfreno de amor que había desencadenado su complicada situación actual.

Catalina recordó aquella vez cuando él llegó a la casa de sus tíos. Ambos sintieron como si se hubieran conocido desde siempre. Su saludo hacia ella siempre fue de una manera especial y dejaba con cada mirada sensaciones nuevas e inexplicables en los dos. La conexión fue inmediata y, a partir de entonces, cada vez que se veían, crecía en ellos algo que estaba lejos de ser una amistad.

Un domingo, como tantos otros, se encontraba toda la familia de Catalina reunida en esa casa. Cuando terminaron de almorzar, los chicos y los jóvenes se apartaron para entretenerse con charlas y algunos juegos. Allí estaban Catalina y Stefano, que lejos de participar, no hacían otra cosa más que mirarse. De pronto él se acercó a ella y le dijo al oído:

—Te invito a dar un paseo por el parque. ¿Qué me dices?

—Me encanta caminar y correr por el prado, así que acepto tu invitación.

—Entonces corramos. ¿Quieres?

—Vamos —contestó Catalina a ese chico que la miraba con tanta ternura.

Corrieron y rieron como niños, escondiéndose detrás de la arboleda. Catalina giró sobre sí desplegando al viento su ondulada cabellera rubia. De pronto se encontró en los brazos de Stefano, que

la sostuvo y buscó su boca. Así se dieron el primero de muchos besos apasionados.

Las caricias fueron avanzando y el calor se apoderó de ambos. De pronto, Catalina, enredada entre los brazos del chico, trató de soltarse de él y le dijo en voz baja y algo agitada:

—Debemos volver. No está bien que nos vean aquí.

—No tengas miedo, mi linda. Estamos muy alejados de los demás; acá nadie podrá encontrarnos.

—Precisamente de eso se trata. No era mi idea apartarme tanto de ellos.

—¿Qué dices? Si los dos deseamos darnos besos y caricias y aquí evitamos que nos vean.

—Mejor volvamos a la casa —comentó Catalina un poco asustada, aunque sin estar muy convencida, ya que ese chico de grandes ojos azules y pelo castaño la confundía con solo mirarla. Igualmente insistió—: Volvamos.

—Como tú quieras. Yo hago lo que me digas, pero si volvemos, ya no podremos estar tan cerquita uno del otro… —contestó el chico mientras la tomaba de la mano, llevándola a abrazarlo nuevamente.

Ella se acercó a él con una mirada intensa; sus ojos transparentes como el cielo brillaban con un deseo que no podía ocultar. No estaba segura de que fuera amor lo que la impulsaba a apretarse a ese cuerpo masculino que tanto le gustaba, pero su atracción física era irresistible.

Él anhelaba sentir el contacto de esa piel tan suave y su boca ardiente quería saborear más y más la de Catalina. Con sus manos varoniles fue avanzando por los sitios más íntimos, y percibió con gusto las emociones que provocaba en ella. Lejos de volver con los

demás, continuaron allí, donde se olvidaron de todo y se dejaron llevar por sus instintos. Los besos y caricias fueron cada vez más jugados y respondían a sus incontrolables deseos. Sin pensar en nada más, tuvieron así ambos su primera relación sexual.

Luego de vivir esa experiencia tan especial, descansaron un poco, pero no tardaron en volver junto a los demás e intentaron disimular lo ocurrido durante el resto de la tarde hasta que cada cual regresó a su hogar.

Pasadas unas semanas, la familia Vannicelli volvió a visitar la casa de los familiares. Catalina se preparó para la ocasión con su vestido preferido, amarillo con muchos volados y cintas en sus puños, recogió de un costado su cabello y hasta se atrevió a pasar tímidamente por sus labios algo del rouge que sacó a escondidas de su madre. Durante todo el día no hizo otra cosa más que esperar a Stefano, pero se llevó una gran desilusión, ya que llegó la noche y el chico nunca apareció. Antes de irse, no aguantó la tentación y le comentó a su primo:

—¡Qué raro que Stefano no haya venido!

—Es que Stefano no está más en Codevilla.

—¿Cómo que no está más en Codevilla? —preguntó muy sorprendida.

—Hace muy poco, con su familia han viajado a Milán. Fueron en busca de un lugar para vivir allí, ya que su padre fue trasladado por su trabajo en el cuerpo de policía.

—Y… ¿No volverá más? —preguntó temerosa con un nudo en la garganta.

—No, seguramente que no. La casa está cerrada y dicen que ya la tienen vendida. La verdad es que lo lamento mucho porque nos

habíamos hecho muy amigos y te digo que ya lo estoy echando de menos —contestó su primo.

—Uy… qué pena —fue lo único que Catalina pudo decir; la sorpresa por la noticia la dejó sin palabras y con un nudo en su estómago. Se sintió muy desilusionada al pensar que no volvería a verlo. Se mostró muy callada y pensativa en el camino de regreso a su casa, pero sus padres lo atribuyeron tan solo al cansancio.

Así continuaron los días de Catalina, llenos de incertidumbre y con angustia de saber lejos a Stefano. Luego de un par de semanas se le sumó una gran preocupación por presentar un atraso en su período menstrual y, a pesar de desconocer mucho sobre el tema, sabía que, habiendo tenido intimidad con Stefano, eso era para alarmarse.

Con el paso de los días todo seguía igual y la situación para Catalina se fue agravando; se sentía muy asustada y mortificada, pues no se atrevía a contarles a sus padres lo que le estaba ocurriendo. Ya habían pasado casi tres meses desde aquel día en que había conocido el juego amoroso, de modo que, a pesar de su ignorancia, ya no tenía dudas de que estaba embarazada. Sus días eran de total angustia y sus noches de llanto y desvelo.

Una madrugada, María escuchó un sollozo al pasar frente a la habitación de su hija Catalina; alarmada, entró y la encontró llorando desconsoladamente, se sentó en la cama junto a ella y comenzó a interrogarla.

—¿Qué te sucede, hijita?

—Nada, madre.

—No me digas eso, porque estás llorando y no me voy a mover de acá si no me cuentas qué es lo que te está pasando.

—No, madre. Déjame sola, por favor.

—No me iré de acá sin una respuesta.

Ante tanta insistencia, sintió que no tenía manera de ocultar más su situación. Conocía a su madre y sabía que no se iría hasta saber la verdad. Le pidió que la abrace fuerte y, bajando la vista, le contó cómo pudo lo acontecido. La madre no podía creer lo que oía e inmediatamente comenzó con el interrogatorio obligado:

—¿Qué dices, Catalina? ¿Quién es el desgraciado?

—No importa quién sea. Él ya no está aquí.

—¿Qué dices, desvergonzada?

—No me digas así.

—Y… ¿Cómo quieres que te diga? Si has hecho lo que ninguna chica de principios hace —y apretándola fuertemente del brazo, insistió—: Dime ya quién es ese sinvergüenza.

—Es Stefano, el vecino de los tíos, pero ya no vive en Codevilla —contestó la chica llorando.

—Habrá alguna forma de encontrarlo. Tu padre sabrá cómo. Debemos decírselo ya —y a pesar de los ruegos de su hija, no dudó ni un segundo más y gritó—: ¡Alfredo, Alfredo! Ven rápido.

—¿Qué sucede, María? —acudió rápido, alarmado—. ¡No me asustes! ¿Por qué tantos gritos?

—Déjate de preguntas y ven para acá —insistió.

—¿Qué es lo que está pasando que gritas así a estas horas? —preguntó mientras entraba a la habitación de Catalina y la vio aterrada por su presencia.

—Ya verás que no es para menos —e interponiéndose entre padre e hija, agregó sin rodeos—: Tu hija está embarazada.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Dije la pura verdad y si no, pregúntaselo a ella.

El padre quedó sin palabras, se acercó a Catalina y, zamarreándola, hizo las mismas preguntas que su esposa, pero a los gritos, mientras le daba una bofetada, a lo que agregó:

—¿Cuándo sucedió?

—Hace más de dos meses —contestó llorosa Catalina, refregándose la cara y suplicándole que la soltara.

—Voy a buscar a ese maldito y tendrá que responder a esto. En cuanto a ti, prepárate para lo que se te viene —dijo el padre lleno de furia, a lo que su mujer agregó:

—Creo que nunca podremos encontrarlo. Él y su familia ya no viven ahí.

—No me importa, yo lo intentaré. Mañana mismo me ocuparé de eso y, si no lo encuentro, ya veremos qué haremos. Algo se me va a ocurrir. —Señaló con un dedo a Catalina y sentenció—: Tú, mujerzuela, harás lo que yo decida, porque de ninguna manera voy a sufrir la vergüenza de tener una hija que sea madre soltera.

—Pero… padre, déjame decirte que yo…

—Tú no tienes nada que opinar; te callas y esperas mis decisiones. Te ordeno además que no te muevas de esta casa.

Así fue como el doctor Vannicelli averiguó y buscó a Stefano, pero no logró dar con él. Preguntó a un vecino y a otro; le dieron algunas pistas de dónde podría encontrar a esa familia en Milán.

Desde allí mismo viajó a esa ciudad, pero al no tener indicaciones justas, no logró dar con el muchacho, de modo que emprendió el regreso muy enojado y planeó cómo continuarían las cosas en adelante.

Durante esas horas de viaje no hizo otra cosa más que pensar en mil maneras de resolver el problema; para cuando llegó a su casa ya lo tenía todo resuelto. Su mente había encontrado lo que él consideraba la mejor solución e inmediatamente les comunicó a su esposa y a su hija mayor lo que había decidido:

—Me escuchan bien las dos y obedecerán paso a paso mis órdenes. Cuando estuve en Milán, fui a ver a mi hermana Raffaella y ya está todo preparado para que Catalina viaje para allá y se instale en su casa hasta que llegue el momento de parir.

Catalina no podía parar de llorar y no se atrevía a contradecirlo, pero todavía no había escuchado lo peor de la decisión de su padre.

—Escuchen bien lo que vamos a hacer. En cuanto nazca ese chico, Raffaella lo llevará a algún lugar de esos donde van los bastardos.

—¡No, papá, no! Eso no lo permitiré nunca —gritó Catalina desesperada.

—No tienes nada que permitir o no. Solo tienes que obedecer y esto no se discute —y aclaró—: Da gracias que, por mi condición de médico y además católico, no te exijo que interrumpas el embarazo.

María, que estaba escuchando todo, no se atrevió a contradecir a su marido y abrazó fuerte a su hija, que no tenía consuelo. Ni siquiera el llanto unido de las dos mujeres ablandó el corazón de Alfredo y así se hizo una a una cada cosa que el hombre decidía para la vida de su hija.

Catalina dejó sus pensamientos, se levantó y buscó a la señora Sabina por toda la casa. La encontró en su parque regando las plantas, se acercó a ella y, llorando, buscó su mano. Sin mediar palabras la miró y le dijo:

—Cuando mis padres se enteraron de mi situación, mi casa fue un caos. Mi padre decidió mandarme aquí, a Milán, a casa de mi madrina, su hermana Raffaella, para que esté allí escondida hasta que nazca mi hijo —y luego de una pausa prolongada, agregó entre sollozos y muy angustiada—: Por orden de mi padre, ella misma se encargaría de dejarlo en un hogar. Por supuesto que todo eso sería en contra de mi voluntad.

La mujer la abrazó y la consoló, diciéndole:

—Qué decirte, querida. Eres una mujer muy valiente por haber defendido de esa manera a tu hijito. Aquí estoy yo para protegerlos. Tu hijo nacerá y, si me lo permites, juntas seremos muy felices con él.

—¡Gracias, señora! Solo puedo decirle gracias. —Y luego de estas palabras, corrió a su habitación para desahogar su llanto, un llanto que comenzaba a ser de alegría. Se miró al espejo y acarició su barriga, sintiendo una gran emoción porque acababa de ilusionarse por primera vez con su hijito.

Capítulo 4

Catalina comenzó a sentirse segura en esa casa, donde experimentaba sensaciones que iban desde la gratitud por el cobijo hasta el alivio de encontrar en ella un refugio seguro a la vera de su incierto camino. Detrás de esa puerta de entrada, había encontrado un ambiente cálido que poco a poco la fue envolviendo como un suave abrazo, devolviéndole la paz. El estrés y la incertidumbre de días anteriores parecían haberse desvanecido, y fueron reemplazados por una sensación de calma y seguridad.

Para demostrar su agradecimiento a Sabina y con buena voluntad, fue completando las tareas pendientes. En muy poco tiempo, la casa ya era otra. Se notaba la limpieza en todos los ambientes y además su entusiasmo comenzaba a darle una luz especial al hogar.

La señora Sabina se sentía muy feliz con la decisión que había tomado en cuanto a Catalina y así lo expresaba:

—Ven, siéntate conmigo, Catalina. Tomemos algo juntas y conversemos. Descansa un poco de tanto trabajar.

—No sé si deba. Es que yo quiero terminar cuanto antes con la tarea atrasada porque quisiera que el día que regrese su hijo encontrara todo en perfecto orden.

—Por favor, no sé aún cuándo será ese día y, además, mi hijo no se va a estar fijando en eso —aclaró la mujer mientras servía dos tazas de té.

—No importa. Él no me conoce y yo quiero causarle una buena impresión.

—La buena impresión se la va a llevar con solo verte. Tu cara delata tu bondad.

—Gracias, señora. Usted dice eso porque se ha encariñado conmigo.

—Mira, te voy a traer una foto de mi hijo para que lo vayas conociendo.

La mujer fue al dormitorio y, al volver, extendió su mano y le entregó la foto. Catalina la observó y pudo ver a un joven en una pose rígida y formal, de cabello oscuro y grandes ojos, con la cabeza erguida y los hombros rectos. Su expresión era seria, miraba de manera firme a la cámara, sin sonreír ni demostrar emociones.

A Catalina le pareció un poco arrogante, pero no se atrevió a decirlo. Solo comentó que tenía un gran parecido con ella y le devolvió la fotografía, sugiriéndole ponerla en un portarretratos para su mesa de noche y a la mujer le encantó la idea.

—Todos me dicen que se me parece. No sé, pero sí sé que es un muchacho muy bueno.

—¡Cuánto me alegro por usted que él sea buena gente!

—Tú también eres una buena muchacha. Cada día estoy más convencida de que ayudarte fue lo mejor que pude haber hecho.

—Muchas gracias, señora, pero ahora la dejo para poder continuar con mi trabajo.

—Está bien, querida. No te entretengo más.

Las cartas entre madre e hijo llegaban infaltablemente mes a mes y ella las contestaba rápidamente. Eso era lo único que la consolaba cuando lo extrañaba, pero una de esas cartas rompió en especial con sus ilusiones:

Buenos Aires, 22 de junio de 1939

Querida *mamma*:

Deseo que cuando lea esta carta se encuentre muy bien y pensar en eso me hace sentir muy feliz, aunque debo confesarle que me preocupa un poco todo lo que me contó sobre esa chica Catalina, la que ahora vive con usted. Tengo algo de temor al pensar en quién habrá llevado a casa, ya que la conozco muy bien a usted y sé que es demasiado confiada; ella es una perfecta desconocida y además está embarazada.

A pesar de mis temores, me gusta saber que está acompañada y que hay alguien que la cuida, pero hasta que no conozca a esa chica no me fío de ella. No se ofenda, *mamma*, pero la noto a usted tan entusiasmada que le confieso que hasta me da algo de celos. Perdóneme y no me haga caso, todo es producto de tenerla tan lejos y no poder asistirla como usted se merece.

Le cuento que estoy muy contento porque cada día hay más trabajo y muy bien pagado. La mala noticia es que tendré que postergar mi viaje por lo menos hasta fin de año, porque los próximos son los meses posteriores a las cosechas y por eso habrá muchos quehaceres aquí en el molino. Este año Molinos Río de la Plata planifica ser número uno en exportación de harinas, de modo que se imaginará que no puedo perderme la oportunidad de hacer una diferencia de dinero con las horas extras.

Hace más de un mes que he dejado de vivir en la pensión de don Coco, porque con mis ahorros pude alquilar una casita pequeña y de a poco la iré equipando. En el sobre podrá ver que tengo una nueva dirección.

Bueno, *mamma* querida, le mando el más grande de los besos y le digo que la quiero con todo mi corazón. Su hijo…

Alessandro.

P. D.: A pesar de mi desconfianza, le pido, por favor, que me salude a esa chica y dígale que le estoy muy agradecido.

La señora Sabina, cada vez que podía, llevaba a Catalina de paseo por Milán y disfrutaba de ver su cara de sorpresa ante cada lugar que visitaban. La joven se mostraba maravillada por ese entorno gris y marrón que primaba, que reflejaba la seriedad de la época. Las calles empedradas, los edificios con una mezcla de estilos arquitectónicos, desde el gótico al art déco, parecían llevar el peso de la historia sobre sus hombros, y ni hablar del día que conoció el Duomo, la catedral gótica que se alza en el corazón de la ciudad y muestra erguida su etérea belleza.

Así fue pasando el tiempo y el embarazo de Catalina siguió su curso con todos los cuidados necesarios. Cada día se sentía más cómoda en esa casa que se convirtió en el lugar ideal para volver a ser ella misma, con su mirada relajada y la sonrisa frecuente.

Una noche, luego de un largo día de limpieza, la casa de la señora Sabina brillaba por todos los rincones de manos de Catalina, que se sentía muy cansada y decidió tomar un baño e irse a dormir temprano, sin siquiera esperar el momento de la cena. Así lo hizo y, en cuanto se relajó, comenzó a sentir pequeños dolores en su bajo vientre que en poco tiempo se fueron acentuando. Un líquido tibio

corrió por sus piernas, lo que anunciaba la inminente llegada de su hijo.

Se trasladó rápidamente al hospital en compañía de su protectora, la señora Sabina, que no dejaba un minuto de alentarla:

—Vamos, cariño, debes ser fuerte. Ha llegado el momento de conocer a tu hijo o hija. —Trató de distraerla de sus contracciones y le preguntó—: ¿Tú qué piensas que será, niño o niña?

—No sé por qué, pero siempre presentí que sería una niña —contestó Catalina mientras se tomaba el vientre y respiraba profundo e intentaba aliviar ese gran dolor que duraba unos segundos, pero que se repetiría en pocos minutos.

—Dicen que la intuición de la madre nunca falla, de modo que, de ser así, pronto seremos tres mujeres en la casa. ¿Qué te parece?

—Me emociono de solo pensarlo —contestó con llanto en los ojos; un llanto que hablaba del gran vacío que había en su corazón, un vacío que llevaba el nombre de María, esa madre que estaba ausente cuando más la necesitaba, lo cual producía una gran tristeza en Catalina.

—Vamos, chiquita, tienes que ser fuerte —insistió Sabina mientras le apretaba fuertemente la mano—. Sé que este dolor es muy grande, pero debes soportarlo porque dura poco y cuando pase te dejará de regalo un gran amor que durará hasta la eternidad; el amor más grande y sincero que pueda conocer tu corazón.

—Gracias, señora Sabina. No sé qué hubiese sido de mi vida si no fuera por usted. —Secó sus ojos y finalizó—: Me cuesta aún pensar que podré tener a mi hijo conmigo, muy a pesar del deseo de sus propios abuelos, que son los que debieron protegerlo y no lo hicieron.

—No pienses en eso ahora. Olvídate de todo lo triste que te ha sucedido. Piensa solo en tu hijito y te aclaro que, si me permites, acá tendrá una abuela que lo querrá mucho.

—Gracias, señora. Realmente usted es un ángel que envió el cielo para protegernos.

Las contracciones se hicieron más frecuentes hasta que por fin llegó el momento indicado. Catalina fue asistida y, justo cuando el sol se hacía presente en la mañana de Milán, también llegaba a la luz una bella niña, que sería quien a partir de entonces la llenaría de felicidad y curaría todas sus heridas, incluido el recuerdo de Stefano.

Alma fue el nombre que Catalina eligió para la niña, un nombre muy significativo, muy merecedor para una personita que, desde el vientre de su madre, había logrado salir victoriosa, ya que su etimología remonta a épocas de la Batalla de Almas en 1854, donde primó la victoria. Desde su lugar de gestación, después de haber recibido el rechazo de sus mayores, contó con la enorme valentía de su progenitora y la generosidad de un ser de luz como la señora Sabina para poder conocer los brazos maternos.

A partir de entonces la casa se llenó de alegría. Alma fue creciendo feliz en brazos de su madre y de la "abuela" Sabina, que la llenaban de mimos.

Capítulo 5

A Catalina aún le parecía mentira tener a su pequeña hija en sus brazos. La miraba y venía a su mente la drástica decisión de su padre, que gracias a la ayuda de la señora Sabina había podido sortear. También solía preguntarse muy a menudo cuál hubiese sido la reacción de Stefano de haberse enterado de su paternidad, y sinceramente, tenía muchas dudas sobre eso. De todos modos, ya no valía la pena pensar demasiado.

Igualmente, ella crecía sin dificultades, rodeada del amor de su joven madre y la abuela que la vida le había regalado. La casa había cambiado mucho desde su llegada; pañales y biberones rondaban por los rincones y la felicidad se había instalado en ese hogar.

Amanecía y ambas mujeres despertaron a Alma con cariñosos besos, ya que estaba cumpliendo sus seis meses. Justamente ese día llegaría Alessandro, el hijo de la señora Sabina, después de tanto tiempo.

En la casa todo estaba listo desde temprano para recibirlo. Catalina había preparado su dormitorio de manera muy especial, tal como Sabina se lo había pedido. Puso las mejores sábanas en su cama, un ramo de flores sobre la cómoda, sus libros preferidos en la mesa de noche y hasta colgó una bata nueva y le dejó unas pantuflas. Todo estaba dado para que el joven se sintiera muy

cómodo y tal vez así contemplara la posibilidad de quedarse definitivamente en Milán.

Sabina llevaba más de una hora esperando en la puerta de su casa, cuando entró nuevamente a ver el reloj y así comprobar el tiempo por enésima vez. Aguardaba a su hijo y este se estaba tardando demasiado. Con la mirada fija en el horizonte, se alisó el vestido y se pasó la mano por el cabello. El sol brillaba en su rostro, pero ella no se daba cuenta, porque solo prestaba atención a la calle por donde aparecería de un momento a otro, Alessandro. De pronto lo divisó a lo lejos, su corazón comenzó a latir más fuerte y muy emocionada salió a su encuentro. Caminó lo más ligero que pudo y él, al tenerla cerca, dejó su equipaje en el piso y corrió a sus brazos en busca del calor maternal que tanto había echado de menos. Su madre lo encerró en un abrazo enorme y lo llenó de besos que se mezclaron con las lágrimas de ambos. Se miraban con ansias de contarse todo lo que ambos habían vivido en el tiempo de separación, especialmente lo que había sentido Alessandro por no poder estar el día de la muerte de su padre. Ella le sonrió con toda la felicidad que la asistía, estiró su mano y acarició el rostro de su hijo de una manera muy tierna. Él respondió a esa sonrisa con el pecho henchido y pronunció las primeras palabras del encuentro.

—*Mamma* querida, cuánto la he extrañado.

—Hijo mío, igual de mi parte; no puedo explicártelo. Mi único consuelo es saber que allá estás muy bien y eres feliz.

—Así es, *mamma*. Ahora, por suerte, me siento muy bien, pero últimamente he andado algo triste. Cuando estemos tranquilos, le contaré lo que me ha sucedido con Antonia, la compañera que tuve

hasta hace poco tiempo. Recién me estoy reponiendo del desengaño que sufrí y por ahora, de eso, es mejor no hablar.

—Bueno, hijito, cuando tú puedas me lo cuentas y si no, no importa, lo único que me interesa es saber que tú estás bien. ¿Me explico?

—Sí. Quédese tranquila, que ya estoy muy bien.

Sabina lamentó mucho lo poco que acababa de enterarse sobre la pareja de su hijo, pero en el fondo eso alentó aún más la fantasía de que él decidiera no regresar más a Argentina.

—Bueno… ¿No me hace pasar?

—Pero sí, por favor, entra —contestó sin soltarse de él. Lo miró y dijo—: Es que me he puesto un poco nerviosa por la emoción de verte.

—*Mamma* linda. Tantas veces me ha hecho falta. Es duro estar tan lejos.

—Acá siempre tendrás un lugar para ti —se apuró a decir la madre, a lo que Alessandro contestó:

—¿Está segura? ¿Nadie me reemplazó? —rio mirándola con picardía.

—¿Qué dices, tonto? A mi hijo amado nadie lo reemplazará jamás. Tu habitación estará siempre intacta, esperará que tú vuelvas y, si fuera para siempre, sería mucho mejor —se atrevió a decir la mujer.

—Ya lo sé, pero lo que ocurre es que allá estoy muy bien ubicado y tengo un buen trabajo que me permite ayudarla. De todos modos, todas las veces que pueda vendré a visitarla. Pero… ahora usted está muy bien acompañada. ¿O no es así? —preguntó con ironía

nuevamente, mientras miraba para todos lados con curiosidad y buscaba conocer a esa chica que tantas dudas le generaba.

En ese momento se hizo presente Catalina con su niña en brazos y Sabina los presentó. Alessandro la saludó respetuosamente, pero con recelo, y no dejó de observarla de pies a cabeza mientras ella conversaba con su madre. Luego almorzaron y él se retiró a su dormitorio a descansar del largo viaje.

Durante los días siguientes, Catalina y Alessandro se encontraron varias veces a solas por casualidad y en esas ocasiones el silencio entre ellos era muy notable. Él la miraba profundamente, estudiando cada uno de sus gestos y trataba de adivinar todo sobre ella; quería estar seguro de que fuese la compañía indicada para su madre. Con esta actitud lograba hacerla sentir muy molesta, hasta el punto de que llegaba a retirarse avergonzada a su dormitorio. Ella se entristecía mucho por la situación, pero luego se tranquilizaba al pensar que el muchacho pronto regresaría a Argentina, ya que había venido solo por dos meses, el tiempo que en su trabajo le conservaban el puesto.

Con el paso de los días, Alessandro fue conociendo mejor a Catalina y se dio cuenta de lo importante que era para su madre. En un momento observó con qué cariño la acompañaba a recorrer el jardín mientras regaba las plantas y, avergonzado, se dijo:

"Eres muy tonto, Alessandro. No te das cuenta de cuánto le debes a esa chica. Ella vela por tu madre mientras tú andas por el mundo. Déjate ya de tonterías".

Arrepentido, salió inmediatamente a la calle y regresó con un regalo para Alma que emocionó mucho a Catalina y muy bien agradeció. Él cambió mucho su actitud y desde entonces nació entre

ellos una amistad que fue creciendo poco a poco, a medida que pasaba el tiempo.

Una tarde, Alessandro se acercó a Catalina, que acababa de dejar todo ordenado, y la sorprendió preguntándole:

—¿Quieres que demos un paseo por la plaza con Alma?

—No sé qué decirle. Tampoco sé si aún me necesita doña Sabina…

—Ya hablé con ella y me dijo que no te necesita y que es gustosa de que salgamos a pasear.

—Si es así, acepto esa invitación —contestó entusiasmada.

—Bueno, prepara a la niña y, por supuesto, la llevaremos de paseo en su cochecito nuevo.

—A propósito de eso, reitero mi agradecimiento hacia usted por tan hermoso regalo. Jamás hubiese soñado que mi hijita recibiera algo así, ya que es un artículo de lujo que pocos bebés pueden tener.

—Me ha dado mucho gusto regalártelo. Te mereces eso y mucho más por la compañía que le haces a mi madre. De esa forma, yo puedo trabajar tranquilo estando tan lejos.

—Soy yo quien estará siempre agradecida a doña Sabina por haberme brindado todo. La verdad es que ella me ha salvado la vida.

—Ella te quiere muchísimo, lo vengo notando desde sus cartas y, ahora que te conozco bien, me doy cuenta de que tiene razón; eres una buena chica.

—Gracias —contestó Catalina, con timidez.

—Te estoy diciendo eso porque lo siento y deseo que lleguemos a ser buenos amigos —comentario ante el cual Catalina solo sonrió

mientras él continuaba—: Para eso te voy a pedir, por favor, que me tutees. ¿Puede ser?

—Si usted me lo pide, trataré de hacerlo. Después de todo, no es tan mayor.

—Claro que no soy mayor. Solo tengo veinticinco años —aclaró Alessandro sonriendo y luego continuó—: ¿Sabes…? Me conmovió muchísimo todo lo que me contó mi madre anoche sobre lo que te ocurrió con tus padres. Me apena pensar que no vuelvas a verlos —y haciéndole una sonrisa especial, le dijo de manera alentadora—: Tal vez con el tiempo puedas perdonarlos y te reencuentres con ellos.

—Eso es imposible. Tú no conoces a mi padre. Él sería capaz de todo si yo me hiciera presente con Alma y lo avergonzara —dijo rompiendo en llanto.

—Tu hija no es ninguna vergüenza —contestó Alessandro y la abrazó consolándola, rozándole la mejilla con sus labios en un intento de darle un inocente beso como demostración de cariño, pero se contuvo, ya que acababa de nacer entre ellos una amistad y no quería generar confusiones que pudieran alejarlos.

Salieron los tres caminando rumbo a la plaza, donde disfrutaron de una caminata al sol y descansaron bajo los copiosos árboles. Estos paseos se repitieron varias veces más y así la confianza fue creciendo entre ellos. Él le contó todo lo sucedido con su desengaño amoroso y hasta el último detalle de su vida en Argentina. Ella relató con sus pormenores los momentos tristes acontecidos y revivió así todo lo sucedido a raíz de su inesperado embarazo. De ese modo, entre ellos nació un vínculo muy fuerte.

Capítulo 6

Una tarde, Alessandro jugueteaba nervioso con el boleto del barco en su mano. La distancia se avecinaba y la melancolía comenzaba a apoderarse de los ratos compartidos con su madre. Faltaban solo veinte días para regresar a Argentina y había algo más que le generaba ansiedad y preocupación. Por primera vez, un sentimiento muy fuerte de abandono y pérdida comenzaba a invadirlo. Durante toda la noche estuvo rondando por su cabeza algo que acababa de reconocer: su corazón estaba prendado del de Catalina. Debía saber cuanto antes si ella le correspondía, de modo que no dudó en averiguarlo, para lo que se acercó a ella con mucho nerviosismo y preguntó:

—¿La niña duerme?

—Sí, y tu madre también. Ambas descansan tranquilas.

—Pobre *mamma*… Me apena tener que dejarla nuevamente, pero no puedo evitarlo; esta separación es necesaria para alcanzar mis objetivos, que son los de ella también, pero está llegando el momento de regresar a mis obligaciones y eso me apena mucho.

Catalina lo miró con inmensa tristeza, pues ella también había comenzado a sentir algo especial por él y le daba mucha pena su partida. Él lo advirtió en su mirada y eso lo alentó a declararle su amor. La invitó a sentarse a su lado y se atrevió a pasar su brazo por

detrás de ella. La miró profundamente a los ojos, le tomó la cara y sorpresivamente la besó de manera apasionada una y otra vez sin recibir resistencia, luego le dijo:

—Me gustas mucho, Catalina. Me he enamorado de ti como un loco.

Ella sonrió y lo miró ruborizada, pero igualmente se atrevió a responder:

—Yo también siento cosas por ti.

—Quiero pedirte que seas mi novia. ¿Qué me respondes? —preguntó Alessandro con algo de temor por lo que podría escuchar por respuesta.

—¿Qué dices, Alessandro? ¿Novios?

—Sí, novios. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Me sorprende tu propuesta.

—¿Por qué te sorprende? ¿No te imaginabas recibirla? ¿Acaso no se nota en mi cara lo que siento por ti?

—Algo he notado —dijo riendo con picardía; luego agregó y recobró su seriedad—: Lo digo porque te falta muy poco para partir y en nuestro futuro solo habría incertidumbre.

—Es que eso no es así como tú lo piensas.

—¿No? Entonces dime cómo es.

—Escúchame bien porque lo he estado pensando toda la noche. Si aceptas mi propuesta, te prometo volver muy pronto y llevarlas a las tres conmigo. Ya hablé sobre el traslado con mi madre; solo me falta saber qué piensas tú al respecto. ¿Qué me dices?

Catalina demoró en responder; lo miró sin poder disimular la felicidad que sentía en su corazón por esa declaración de amor que él le acababa de hacer. Desde el mismo momento en que había

llegado, la había cautivado con su sonrisa seductora y sus modales, de manera que escuchar esas palabras era para ella un sueño hecho realidad. Luego de mirarlo a los ojos, sintió que debía ser sincera con ella misma y dejarse de rodeos, por lo que dijo:

—Tengo que confesarte que yo también estoy enamorada de ti —y, haciendo una pausa, prosiguió—: Por eso… Te esperaré. Contaré los meses y los días hasta que vengas por nosotras. Yo ya no tengo a nadie a quien le interese en estas tierras, de modo que comenzaré una vida nueva, lejos de aquí con mi hijita, contigo y con Sabina, que para mí es como una madre —y mirándolo con seriedad, agregó —: Solo te voy a pedir que por ahora no le contemos nada de lo nuestro.

—No entiendo mucho por qué me pides eso, pero te respeto. Se lo diremos cuando venga a buscarlas.

—Gracias, así estaré más cómoda. Después de todo, no deja de dar emoción ser novios a escondidas; total, será por poco tiempo.

—¡Me gusta lo que me dices! Me hace muy feliz tu respuesta. Pienso que los cuatro podemos formar una bella familia. ¿No lo crees?

Catalina no contestó nada; su mirada habló por ella e inmediatamente se entregó a sus brazos para recibir sus besos, que tenían un dulce aroma a esperanza, a la esperanza de que ese hombre enamorado cumpliera algún día con su promesa de regresar por ellas.

Los días que restaban para partir pasaron más rápido de lo deseado. Catalina y Alessandro, en ese período, aprovecharon cada minuto como si fuera el último para vivir su gran amor, besándose a escondidas en algún rincón y en cada oportunidad que tuvieron.

Cada noche, esperaban ansiosos el momento de quedar a solas para amarse locamente, en cualquier lugar, donde solo la pasión y el deseo ardiente estuvieran presentes. Con el correr de los días fueron descubriendo que eran verdaderas almas gemelas que el destino había unido para disfrutar de la felicidad de estar enamorados y de los placeres del amor.

Cuando faltaban pocos días para partir, Alessandro pasó por la habitación de su madre, observó que dormía al igual que la niña y les cerró la puerta con cuidado. Se acercó a Catalina, que aún estaba terminando de limpiar la cocina, la abrazó por detrás y susurrándole al oído le propuso:

—Ven conmigo a mi dormitorio, hermosa mía. Esta noche quiero hacerte el amor de una manera especial, con tranquilidad y hasta el amanecer. Quiero que el aroma de tu piel se grabe para siempre en la mía y así llevarte conmigo.

—¡No, espera! Tengo miedo de que tu madre o mi niña despierten.

—Nada de eso pasará. Siempre nos amamos a los apurones; hoy quiero algo distinto.

—Pero… ¿Y si despiertan?

—Eso no sucederá; es la hora de sueño más pesado y, si Alma despierta, quédate tranquila que mi madre se ocupará de ella. Ya no pienses en eso y aprovechemos este momento. Deja todo y ven conmigo —dijo mientras le desataba el delantal y, rozándole el cuello con sus labios ardientes, finalizó—: Piensa que ya comienza nuestra despedida.

Catalina no le respondió porque sus palabras se contuvieron por sus deseos de llorar. Le resultaba muy triste pensar que en pocos

días más él se iría y pasarían mucho tiempo sin verse.

Sin pensarlo más, dejó de lado todos sus prejuicios, se dejó llevar por sus deseos y respondió a los besos apasionados de su hombre. Juntos caminaron hasta la habitación donde se quitaron la ropa sin dejar de acariciarse de la manera que cada uno sabía que le gustaba al otro, comportándose como lo que eran, dos locos enamorados.

Se recostaron y Alessandro cubrió la desnudez de Catalina con su cuerpo ardiente. Ella respondió inundándolo de besos y atreviéndose a llegar con su boca y sus manos a esos lugares que antes nunca había explorado y despertó así en él la mayor excitación experimentada hasta entonces. Esos deseos desenfrenados los llevaron a disfrutar del más intenso acto de amor.

—Te amo, Catalina. No sé cómo haré para vivir sin ti el tiempo que estemos separados.

—Yo también te amo y contaré los días para que regreses por nosotras.

—Eso será pronto, te lo prometo. En cuanto reúna el dinero necesario para los boletos, vendré por ustedes.

—Te esperaré ansiosa, amor mío.

El día de la despedida había llegado. Alessandro preparaba sus cosas mientras su madre hablaba con Catalina:

—Querida, voy a pedirte, por favor, que acompañes a Alessandro unas cuadras. Yo no quiero verlo cuando se vaya. Eso me destroza el corazón.

—Sí, señora, quédese tranquila que yo lo acompañaré hasta donde él me lo permita —contestó Catalina.

—Gracias, muchachita, yo me quedaré acá con Almita —dijo la mujer, que ignoraba el sentimiento que había entre ellos.

Alessandro se despidió de su madre en la cocina. Su abrazo fue infinito y prometedor de que la separación duraría poco tiempo. Con un *arrivederci, mamma* en sus labios, Alessandro besó la frente de Sabina y luego la de la niña, que permanecía en su cochecito. Catalina trataba de demostrar que la partida no le afectaba demasiado, para que el muchacho se fuera más tranquilo, pero la angustia iba por dentro.

Él se acercó y la invitó a salir de la casa. Una vez que quedaron solos afuera, se aferró a su cintura y se adueñó de su boca, devorándosela por un tiempo prolongado, dejándola casi sin aire. Catalina respondió a esos besos y caricias controlados por la prudencia, pero que, de ser posible, hubiesen llegado a lo más atrevido de parte de los dos.

—Estoy loco por ti, chiquita mía. Yo no puedo creer lo que ha nacido en mi corazón en tan poco tiempo.

—En el mío también —y dulcemente, agregó—: Te estaré esperando ansiosa, no lo olvides.

—¿Cómo olvidarlo? Sí trabajaré incansablemente para poder venir pronto por ustedes. —Cruzó sus dedos sobre los labios y finalizó—: Te lo juro.

Catalina solo sonrió; ya no podía hablar. Caminaron casi en silencio; las palabras parecían estar de sobra. En un momento, Alessandro se detuvo y, volviéndose a ella, le dijo:

—Hasta acá llegamos, chiquita mía, de lo contrario ya no podré separarme de ti nunca más.

—Bueno, vete ya, por favor, si no yo no podré dejarte partir —es lo que respondió ella mientras dejaba el último beso sobre la boca de Alessandro y se retiraba para verlo alejarse.

El regreso a la casa fue lento y silente. Él se alejaba lentamente con su mirada fija en el piso, mientras el viento intentaba susurrarle secretos al oído y de tanto en tanto volteaba para verla a lo lejos. De pronto Catalina se detuvo y se quedó quieta con un pañuelo en sus manos y lo agitó hasta verlo perderse en el camino. Luego miró el pañuelo y lo vio convertirse en un recordatorio tangible de la ausencia, en un símbolo de la espera y la esperanza. Esa despedida se grabó para siempre en su memoria y ese instante se convirtió en una eternidad.

Capítulo 7

Milán siempre fue una gran metrópolis, que se destacó por ser el hogar de la *Última cena* de Leonardo da Vinci y de la célebre catedral gótica, como es el Duomo, con sus más de quinientos años de construcción, entre otros edificios culturales emblemáticos.

En medio de una ciudad tan grande y poblada, la tía Raffaella llevaba adelante una búsqueda que parecía totalmente inútil, pero que, a pesar de eso, ella no podía abandonar y repetía así su rutina casi a diario. Cada tarde terminaba con sus tareas y se preparaba para salir por las calles a dar vueltas, como lo hacía desde aquel día en que había esperado a su sobrina y se le había escurrido entre la gente, en medio de la multitud que bajaba del tren, cuestión que su hermano jamás le había perdonado.

Era obvio que Catalina había escapado de ella para refugiarse en algún lado, pero ¿dónde? Esa era la pregunta que se repetía hasta el cansancio sin encontrar respuesta. Por momentos se sentía como una tonta en su búsqueda irrisoria, pero igualmente insistía en hacerlo por los lugares más recónditos. Sentía una imperiosa necesidad de encontrarla, pero ya no para cumplir con su hermano, que estaba muy disgustado con ella desde aquel entonces y comenzaba a amenazarla, sino para ayudar a su sobrina, ya que había entendido que la decisión de sus padres era un gran error.

La situación en casa de los Vannicelli era insostenible. Alfredo vivía de mal humor y le recriminaba durante todo el día a su mujer lo ocurrido con Catalina. Esto no hacía más que agravar el estado de ánimo de María, que no podía vivir más con el remordimiento por no haber sabido imponerse ante la decisión de su marido; de haberlo hecho, todo hubiese sido muy distinto.

Durante el día tenía que soportarlo diciéndole frases como: "Por tu culpa perdimos a nuestra hija", "Nunca has hecho nada bien", "No supiste educarla y ante el primer tipo que se le acercó, se entregó", "Ya no quiero verte llorar porque eres la única culpable de todo". "Apártate de mi vista, que lo único que me provocas es repulsión", y por las noches continuaba el rechazo, a tal punto que la mujer decidió dormir en el cuarto de Catalina a pesar de que allí la perseguían sus recuerdos.

En ese lugar todo era una tortura, sentir su aroma, ver sus cosas, su ropa y hasta sus muñecos de pequeña. María daba vueltas y vueltas sin poder conciliar el sueño, tomaba el portarretrato con su foto y lo apretaba contra el pecho, haciéndose miles de preguntas: "¿Dónde estás, hija querida? ¿Dónde te has metido? ¿Cómo estará tu hijo, que ya debe haber nacido?". Luego tomaba el rosario y hacía correr sus cuentas una y otra vez, y rogaba a Dios por el destino de Catalina y así, entre lágrimas y oraciones, llegaba el amanecer.

La pequeña Sofía no podía entender cómo su familia se había desmoronado de esa manera. Todo había cambiado para mal de un día para otro. Ella también sufría mucho la ausencia de su hermana, pero no comprendía los reproches ni las discusiones de sus mayores, porque desconocía la realidad de lo ocurrido con ella. Por momentos salía y se iba a la casa de alguna amiguita, para no presenciar tanta

agresión de su padre hacia su madre, que en ocasiones solían incluirla a ella.

Una mañana, Alfredo se levantó más temprano que nunca y entró a los gritos al cuarto donde dormía su mujer:

—¡Levántate ya, María! ¡Quiero el desayuno! Y después te preparas porque hoy te irás a Milán. —En el mismo tono, ordenó—: No sé por dónde, pero buscarás a tu hija. No volverás a casa sin ella. ¿Has entendido?

El silencio que obtuvo como respuesta lo crispó y gritó aún más para preguntar:

—¿No escuchas lo que te digo, María? ¿Por qué no me respondes? Bueno… si no quieres, no me contestes, pero levántate ya y obedece a lo que te he ordenado.

Continuó sin recibir respuesta, por lo que se acercó para zamarrearla y en ese momento supo por qué no le respondía.

—Despierta, mujer, despierta, por favor —insistió a pesar de todo, pero la que se despertó fue Sofía, que se presentó en el dormitorio y, al acercarse a su madre, exclamó llorando:

—¿No te das cuenta de que mi madre está muerta?

—¡Noooo! ¡No puede ser! —dijo Alfredo; luego se arrodilló en el piso al lado del cuerpo de María y la abrazó llorando desconsolado, y se preguntó—: ¿Por qué fui tan duro contigo? Últimamente tuve solo maltrato para ti. Por fin te has liberado de mi ira.

Sofía salió espantada y corrió hacia la casa vecina en busca de ayuda y entretanto gritaba: "Mi madre está muerta y es por culpa de mi padre".

Ante los gritos de la niña, el vecindario se alborotó y todos apuntaron a Alfredo, que no podía defenderse por su llanto, pero en

cuanto llegó el médico, confirmó la muerte de María como consecuencia de un infarto. Su corazón no había podido soportar tanto dolor.

Ante el escándalo producido, intervino la policía, que no demoró en entender que Alfredo era inocente, a pesar de todo, pero la niña lo rechazaba, a tal punto que se hizo muy difícil la convivencia, por lo que su padre decidió que se mudara a casa de sus abuelos maternos. De este modo, el hombre quedó solo con sus culpas y pesares. A partir de entonces no abrió más su consultorio y permaneció encerrado en su casa; salía solo a comprar provisiones y se mantenía sin hablar con nadie.

En esas condiciones pasaron los meses y el dolor de Alfredo fue cada vez más grande, al punto de alterar su psiquis aún más. En su corazón fue creciendo el rencor hacia su hija Catalina, a quien le había trasladado la culpa de su desgracia, y a partir de entonces se ensañó con ella y se empecinó en encontrarla. En su mente alterada se instalaron miles de ideas de cómo hacerlo y en su soledad solía decirse:

"Te voy a buscar hasta que deje en ello mi último aliento, mujerzuela. Por tu culpa tu madre se ha ido. Seguramente no soportó la vergüenza de tener una hija como tú. Tus errores han destruido a nuestra familia. Mira en lo que me he convertido. Ya no puedo ni trabajar y además tu hermana me desprecia. Todo es por tu culpa".

Alfredo dormía a ratos, sobresaltado por la obsesión que sentía por encontrar a Catalina. En sus desvelos no hacía otra cosa más que pensar en eso. Una mañana despertó y se sentó rápido en la cama, decidido a todo. Tomó algo de ropa y buscó viajar cuanto

antes a Milán. Se le acababa de ocurrir lo que para él era una gran idea y no demoraría en llevarla a cabo.

Al caer la tarde, llegó a casa de su hermana, justo cuando esta volvía de la calle como cada día y nuevamente sin ningún resultado. Al verlo, se sorprendió y sintió el rencor con que la miraba. Igualmente lo hizo pasar y, con temor, le dijo:

—Pasa, hermano; deja tus cosas y ponte cómodo.

—Gracias. ¿No me vas a dar un abrazo? ¿O es que tú también me detestas?

—Pero no, Alfredo. No se trata de eso —contestó Raffaella mientras le ofrecía un abrazo y volvía a preguntar—: ¿Qué te trae por acá?

—He venido en busca de Catalina.

—Sabes bien cuánto hace que la busco y parece que se la hubiera tragado la tierra.

—La cosa no es fácil, pero tengo una idea que puede funcionar.

—Mira que desde aquel día yo salgo todos los días a buscarla, doy vueltas por todos los rincones y nunca he encontrado ni un solo indicio de ella.

—Y lo seguirás haciendo si yo no logro encontrarla. No te olvides de que es a ti a quien se le ha perdido de vista.

—No me lo reproches más, hermano —y al borde del llanto, agregó—: No te imaginas cuánto me lo cuestiono yo también, pero te juro que aquella tarde estuve muy atenta y jamás la vi entre los pasajeros —y en su interior pensó: "Pobrecita, mi chiquita. ¿Qué habrá sido de ella?".

—Bueno, basta de excusas; con eso ya no hacemos nada. Ahora, si me indicas una cama, me voy a descansar; mañana debo

levantarme temprano para comenzar con mi plan.

—Sí, pasa que te muestro tu cuarto, pero mañana me tendrás que contar algo de todo esto, porque no te estoy entendiendo nada.

—Sí, sí. Mañana te contaré todo y seguramente tendrás, además, que ayudarme.

—Bueno, Alfredo. ¡Que descanses!

—Hasta mañana, hermana.

Raffaella terminó con las tareas de la casa, cenó y luego se retiró a descansar ella también. Al pasar por el cuarto donde estaba su hermano, vio que aún no había apagado la luz, por lo que se intrigó al pensar cuál sería el plan que rondaba por esa cabeza y no lo dejaba conciliar el sueño. Se detuvo frente a la puerta y estuvo a punto de golpear para ofrecerle algo de conversación, pero luego pensó que tal vez eso era lo que él menos quería, de modo que continuó hasta su dormitorio y se acostó.

Milán estaba amaneciendo; Alfredo ya estaba de pie, preparado para salir en cuanto el sol calentara un poco. Cuando Raffaella lo sintió rondando por la cocina, se levantó y se apuró para prepararle el desayuno:

—Buenos días, Raffaella —saludó al verla.

—Buenos días. Te has levantado muy temprano.

—Así es, pero no te molestes por mí y vuelve a la cama.

—No es molestia; solo voy a hacerte el desayuno.

—Como quieras; yo solo quiero un café bien cargado.

—Bueno, hermano, pero si me permites, yo quiero saber una cosa.

—Ya me parecía demasiado tanta amabilidad. Solo te has levantado para interrogarme.

—No seas injusto, me levanté para atenderte bien, pero veo que no te lo mereces.

—Es que se nota en tu cara la curiosidad.

—Mira, si quieres me lo cuentas y si no quieres, te lo guardas —contestó Raffaella ruborizada porque sabía que su hermano tenía razón; ella quería conocer hasta el último detalle de sus planes, aunque trataba de disimularlo.

—Ven acá. Dime qué es lo que quieres saber.

—Quiero saber adónde vas a ir tan temprano.

—Voy a recorrer los hospitales, uno por uno, hasta encontrar lo que busco.

—¿A Catalina? —preguntó—. Realmente, no te entiendo.

—¿A quién voy a buscar? A mi hija, sí —contestó y con tono amenazante, aclaró—: La que tú dejaste escapar hace casi un año.

—Pero no entiendo por qué buscarla en los hospitales.

—Porque en alguno de ellos ha tenido que parir, mujer. ¿Ahora me entiendes?

—Sí, ahora entiendo tu intención. ¿Crees que de ese modo podrás encontrarla?

—Al menos lo voy a intentar y sé que mi profesión puede ayudarme a conseguirlo porque tengo muchos médicos que se han recibido conmigo y tal vez doy con alguno que pueda ayudarme a encontrar a Catalina.

—¿Cómo pueden ayudarte ellos si ni siquiera la conocen?

—Yo sé cómo. Termina ya con tu interrogatorio. ¿Quieres? —y mientras dejaba su café a medias y los panecillos intactos, agregó—: Quédate tranquila y déjalo por mi cuenta. Ya verás que volveré con alguna noticia.

—Bueno, te deseo mucha suerte —dijo con timidez.

—Gracias. Es lo que te conviene también a ti —contestó Alfredo mientras cerraba la puerta y la dejó más intrigada que antes y sin atreverse a hacer más preguntas.

Capítulo 8

El sol en Milán se desvanecía detrás de los tejados, tiñendo el cielo de tonos ocres y anaranjados. La gente comenzaba a disfrutar del atardecer y su aire fresco, con paseos y cafés en medio de risas y conversaciones animadas, y tenía al Duomo como centinela incansable.

Para Alfredo Vannicelli la situación era muy diferente. Las calles empedradas, iluminadas por el crepúsculo, se hacían para él cada vez más pesadas, ya que volvía cansado y desilusionado a casa de su hermana, luego de un largo día de ardua búsqueda, en el que había deambulado de hospital en hospital. En todos había recibido el apoyo del personal para colaborar con su causa, pero nada había encontrado. Sabía que su tarea sería difícil, pero a pesar de todo, también sabía que no se rendiría hasta encontrar algún dato que pudiera ayudarlo a dar con su hija.

Al día siguiente, volvió a salir temprano a la calle y esta vez se dirigió a un nosocomio muy moderno para la época, que contaba con una importante maternidad, el Hospital Niguarda.

El edificio se alzó muy imponente ante los ojos desorbitados del doctor Vannicelli, luciendo orgulloso las dos enormes esculturas que tenía en su entrada, obras de dos grandes artistas, una de Arturo Martini y la otra de Francesco Messina.

El Niguarda estaba ubicado al norte de la ciudad, de modo que Alfredo, para llegar hasta allí, debió usar más de un transporte. Mientras se dirigía al lugar, presentía que allí encontraría al menos a alguno de sus compañeros de facultad, ya que se trataba de un hospital muy completo que había sido inaugurado el año anterior y, seguramente, habrían contratado a médicos experimentados en busca de una mejor atención.

Efectivamente, en cuanto llegó, buscó en la lista de profesionales en servicio y se encontró con dos médicos con los que había compartido varias cátedras en épocas de estudiante. Con mucha satisfacción, los ubicó y buscó reunirse con ellos.

—¡Tantos años sin saber nada de ti! ¿Qué haces por acá? —preguntó Carlo.

—Me da mucho gusto verlos y espero que, en nombre de esa amistad que nos unió en otros tiempos, sepan escucharme y ayudarme.

—Alfredo, ¿qué es lo que te ocurre? ¿De qué forma podemos ayudarte? —indagó Ramón.

—Si me escuchan, les voy a contar lo que me ocurre.

En pocas palabras y con muchos cambios en los detalles, Alfredo les contó las desgracias que había vivido su familia los últimos tiempos.

—Es muy lamentable lo que nos acabas de contar, pero no entiendo en qué podemos ayudarte.

—Ustedes pueden ayudarme a encontrar a Catalina.

—¿Cómo? Me imagino tu desesperación, amigo, pero cuéntanos de qué manera podemos ayudarte.

—Ella debe haber dado a luz hace un par de meses y sus datos tienen que estar en el nosocomio al que concurrió.

—Ahora voy entendiendo. ¿Cómo sabremos dónde tuvo a ese niño? —se preguntó Carlo, a lo que Ramón intervino, diciendo:

—Un momento; no será fácil, pero tampoco imposible. Tendremos que revisar los archivos de los hospitales, uno por uno, hasta dar con sus datos.

—Yo ya he revisado los de varios hospitales y no he encontrado nada —aclaró Alfredo.

—No te preocupes, amigo. Debes tener fe. Ya mismo empezaremos por el listado de los pacientes nuestros. Es probable que aquí figure, ya que este hospital es muy completo y muchas mujeres lo eligen para tener a sus hijos.

—No saben cuánto les voy a agradecer si me ayudan.

—No agradezcas, Alfredo. Luego de conocer tu historia, entiendo lo que sería para ti poder reencontrarte con tu hija y eso me tiene muy conmovido.

—Por supuesto —agregó Carlo emocionado—. A mí me ocurre lo mismo, de modo que me voy a poner en campaña y verás que la encontraremos. Te aclaro que no me pierdo ni loco ese abrazo, amigo.

Alfredo se mostró muy agradecido, pero no era precisamente en ese abrazo en lo que él pensaba, sino en el castigo que tenía planeado para su hija al encontrarla, aunque se cuidó mucho de que sus amigos conocieran esos planes.

Ramón se ocupó de conseguir el listado del Hospital Niguarda y se sentaron los tres, junto a unas calentitas tazas de café. Carlo comenzó a recorrer la lista de pacientes en voz alta. Luego de un

largo rato de leer minuciosamente cada apellido que iba marcando con el dedo índice y al llegar casi al final del listado, exclamó con mucho entusiasmo:

—¡Acá está! Catalina Vannicelli, 16 años de edad, domiciliada en Via Maddalena 39-20122. Entró al nosocomio el 2 de enero de 1940 a las 20:00, con un arduo trabajo de parto, y dio a luz a una niña a las 22:45.

—¡Qué bien! ¡La encontraste! —expresó Ramón y agregó con satisfacción—. Voy a buscar a Alfredo para contarle. El muy tonto salió a fumar un cigarro.

—Dile que acá están todos los datos, incluida su dirección.

Cuando Alfredo lo supo, corrió junto a Ramón hasta donde estaba Carlo y, luego de agradecer, pidió un papel y copió tembloroso la dirección de Catalina. Sus amigos se sentían felices de haber colaborado para que pudiese encontrar a su hija extraviada y él se mostró muy emocionado por eso.

Luego de abrazos y saludos de agradecimiento, Alfredo se despidió de sus colegas médicos con la promesa de volver pronto a visitarlos con su hija. Sin dar más explicaciones, salió apretujando en su mano el papel que lo llevaría hasta Catalina.

En el camino de regreso leyó una y otra vez la dirección donde supuestamente estaría su hija y, entretanto, en su mente totalmente desquiciada, se preguntaba:

"¿Qué harás en ese lugar? ¿Quién te habrá dado refugio? Por momentos siento nostalgia de aquella Catalina que fuiste, buena y obediente, pero esa murió. Por esta Catalina de ahora, solo siento rencor, porque has ensuciado nuestro apellido y arruinado mi vida.

Por tu culpa he perdido a tu madre y a tu hermana y te juro que eso lo vas a pagar muy caro".

Al llegar a la casa de su hermana, llamó de manera insistente. Raffaella lo recibió asustada al verlo tan excitado, lo hizo pasar y se alegró por la noticia.

—Mira, hermana. Lo he logrado —y, agitando el papel, agregó—: Tengo aquí la dirección de Catalina. ¿Te das cuenta de que eres una inútil? Yo vine y en un par de días la encontré. Ah… y ella tuvo una niña. Eso dicen los archivos.

—Yo la busqué cada día y no tuve tu suerte, pero acá lo importante es que puedas encontrarlas. Aún no puedo creerlo, Alfredo. Tu idea funcionó.

—Así es. Mañana mismo saldré temprano en busca de esta dirección.

—Bueno. ¡Cuánto me alegro! Ya mismo prepararé el dormitorio del final del pasillo para ubicarlas allí a ella y a su hijita.

—Nada de eso, Raffaella —indicó Alfredo con una mirada perturbada, fija y penetrante, que podía atemorizar a cualquiera.

—¿Cómo que no? No te entiendo. ¡Explícame, por favor!

—Quiero decirte que no te molestes porque ella no vendrá a esta casa —y, aspirando profundamente su cigarro, exhaló el humo y finalizó—: Y no me preguntes nada más; es mejor que no lo sepas. Cuando regrese de haber resuelto todo, tal vez te cuente cuál fue el destino de tu sobrina y esa bastarda, o tal vez no; no lo sé.

Capítulo 9

Mediaba el mes de noviembre. El sol asomaba desde temprano entre los árboles, luego de varios días de ausencia. El calor entibiaba poco el ambiente y anunciaba que pronto llegaría el invierno.

La casa de Sabina había vuelto a llenarse de alegría; la mujer, junto a Catalina y a la niña, celebraban con risas la felicidad de la llegada de Alessandro. El muchacho, luego de trabajar sin descanso durante seis largos meses, había vuelto por ellas, tal lo prometido. Para eso había tomado un segundo empleo que le permitió reunir el dinero antes de lo previsto. Esta vez venía a buscarlas para radicarse por fin todos en Argentina. Tanto su madre como Catalina fueron sorprendidas con su llegada tan temprana, de modo que pronto empezaron a arreglar todos sus asuntos para el inminente traslado.

Esa mañana corría una cálida brisa, pero Catalina igualmente eligió la galería para disponer en la mesa todo lo necesario para un desayuno tan especial.

Alessandro con su madre mantenían una amena conversación llena de planes y proyectos. A partir de entonces contarían los días para viajar a Génova y allí tomar el barco que los llevaría a Argentina. Serían días de puros preparativos mientras los boletos descansaban sobre la cómoda. Allí se detuvo Catalina cuando acomodaba el cuarto, rozó los boletos con sus dedos y suspiró

profundamente, muy emocionada. De pronto escuchó que la llamaban desde la cocina, arregló su delantal y acudió al llamado.

Sirvió el café y se sentó con ellos. En ese momento, Alessandro acercó su silla a la de ella y la abrazó, sorprendiendo así a su madre, pero antes de que la mujer pudiera sacar conjeturas, le dijo:

—Catalina y yo estamos muy enamorados. Ya en mi viaje anterior nos dimos cuenta de que ambos sentíamos lo mismo, pero quisimos esperar para contárselo. ¿Qué opina?

—¡Lo sabía, lo sabía! ¿Quieren saber qué opino?

—Sí, por favor, *mamma*.

—Opino que es la mejor noticia que me podrían haber dado. Siento que Catalina es la mujer ideal para ti. Sabes bien cuánto la quiero —contestó y se acercó a ellos para abrazarlos.

Catalina se ruborizó, pero igualmente respondió al cariño de la mujer sin mirarla demasiado a los ojos.

La mujer estaba muy feliz por lo que se acababa de enterar y continuó haciendo proyectos para cuando se instalaran los cuatro en Argentina. De pronto, Catalina tuvo una idea y la exteriorizó.

—En cuanto Alma crezca y pueda dejarla, podría conseguir yo también allá un buen trabajo —y dirigiéndose a la mujer, le aclaró—: Yo buscaría una chica para que la cuide y usted solo tendría que supervisarla. ¿Le parece?

—Cuenten conmigo para todo. Mientras me acompañe la salud, me haré cargo de la niña y lo pasaremos muy bien juntas. ¡Seremos muy felices en Argentina!

—Así será, madre —aseveró Alessandro.

—Bueno, la charla está muy linda, pero yo los dejaré para que sigan conversando solos, porque voy a aprovechar que Alma duerme

para ir al mercado. Solo les pido que de vez en cuando se acerquen a verla, porque ya está muy traviesa mi niña.

—Ve tranquila —dijo Alessandro—, yo me ocuparé de Alma.

—Muchas gracias —y luego de darle un dulce beso, se retiró.

En cuanto quedaron solos madre e hijo, surgieron entre ellos risas y comentarios pícaros:

—Te lo tenías bien guardado, tramposo, pero yo lo presentía. Veía miradas entre ustedes que me lo decían todo.

—No se lo dije antes porque no quería hacerme demasiadas ilusiones; necesitaba estar más seguro.

—Estoy tan feliz por la noticia…

—Yo también, madre. Desde que conocí a Catalina, ella me robó el corazón. Estoy seguro de que seremos muy felices.

—Es una chica muy buena y, ahora que me lo has dicho, la noto muy enamorada.

—Sí, yo también lo noto. Creo que Dios me ha mandado por fin a la mujer de mi vida y su hijita es una niña encantadora que la siento como si fuera mía.

—¡Cuánto me alegro por eso! Nuestra vida cambiará totalmente en otro país.

—Le gustará mucho Argentina, *mamma*, ya lo verá.

—No sé si podré acostumbrarme, más que todo por el idioma.

—Pero… usted muchas veces me ha contado que el abuelo Paco le había enseñado a hablar en castellano. Él, a pesar de que era muy chico cuando su familia se vino de España, lo habló siempre que tuvo con quien.

—Eso es verdad. Recuerdo que yo, cuando era niña, lo hablaba bastante bien, pero a esta edad me costará mucho volver a

retomarlo.

—Ya verá que no tendrá problemas con eso —finalizó Alessandro con un fuerte abrazo.

Entretanto, Catalina se sacó el delantal, se arregló el cabello y salió a la calle, sin imaginar que allí estaría siendo observada en cada uno de sus movimientos.

Con la bolsa de las compras en mano, avanzó a paso lento, disfrutando de la caminata en un día tan bello. Sin darse cuenta, esbozaba una sonrisa, mientras en su mente repasaba uno a uno los planes de Alessandro y sus promesas de amor.

De pronto comenzó a sentir detrás de ella unos pasos bien marcados y, al percibir que cada vez eran más cercanos, el miedo la paralizó, pero no se atrevió a darse vuelta. Era obvio que alguien la perseguía, pero no tenía el coraje suficiente para descubrir quién era ni qué pretendía de ella.

Catalina apuró su paso, pero en lugar de alejarse de su persecutor, comenzó a sentir una respiración pesada muy cerca de ella. Quienquiera que fuera, estaba cada vez más cerca de ella, de modo que reaccionó y comenzó a correr con mucho miedo, buscando alejarse. De pronto sintió una mano que apretaba fuertemente su brazo, lo cual la obligó a detenerse. Cuando giró aterrada, se encontró con el rostro desencajado de su padre que la forzó a desviar su camino mientras ella preguntaba espantada:

—¿Qué hace usted acá? ¿Adónde me lleva? ¡Suélteme, que me hace daño!

—Con lo que me costó encontrarte, te aseguro que no te soltaré. ¡Camina, mujerzuela!

—¿Quién le dijo dónde estaba?

—Nadie me lo dijo. Yo moví cielo y tierra y acá te tengo. ¿Creías que nunca te iba a encontrar? Contesta —dijo zamarreándola.

—¿Adónde me lleva? —repitió la pregunta, desesperada—. ¿Qué quiere de mí? —continuó.

—Ya verás adónde te llevo. Solo quiero que estés en un lugar del cual nunca puedas salir.

—Por favor, padre, le ruego que me deje ir. Tengo que regresar junto a mi hija.

—¿Tu hija? —rio Alfredo con ironía—. Tu hija, si tiene suerte, tendrá quien la cuide y, si no, poco me importa; tú tienes que ir a un sitio donde te están esperando. En ese lugar nunca más podrás ver a nadie. Ese será tu castigo por la muerte de tu madre.

—¿Qué dice? ¿Qué le pasó a mi madre? —se detuvo y preguntó Catalina, desesperada.

—Tu madre murió por tu culpa, no soportó la vergüenza de tener una hija como tú.

—No puede ser verdad lo que me está diciendo. Usted me está mintiendo.

—Bueno, si no me crees, no me interesa.

—Usted es un desalmado —fue lo único que pudo responder Catalina, llorando desconsoladamente.

—Deja de lagrimitas. Vas a pagar caro lo que hiciste en casa de tus tíos. —Y entretanto continuaba apretándole el brazo, sin darle lugar a resistirse.

—Suélteme, me está lastimando. No quiero ir con usted.

—No me hagas reír, acá tu opinión no cuenta. Camina bien y no discutas, que falta mucho para llegar.

Así, a los empujones y por la fuerza, caminaron muchas cuadras hasta llegar a la Estación Central del Ferrovie Nord Milano, donde abordaron el tren que en unos 40 minutos los dejaría en Pavía.

Padre e hija se sentaron y pronto el coche comenzó a recorrer su trayecto. Alfredo no dejaba de presionar el brazo de Catalina, que continuaba rogándole para que la dejara en libertad. Sin importarle las miradas de la gente, que comenzaba a reparar en la situación, decía llorando:

—Por favor, se lo pido; déjeme volver con mi hijita.

—Cállate, no me hagas perder la paciencia. Será mejor que disimules un poco porque si no lo vas a pasar muy mal.

—Déjeme, se lo ruego —repetía tratando de zafar de las manos de ese hombre que, como había perdido el juicio, estaba perdiendo también la paciencia y así lo expresaba entre dientes:

—¡Basta! Deja de llamar la atención. Compórtate como se debe; al menos ahora.

Catalina estalló en llanto y ya no tuvo fuerzas para rebelarse. La presión que ejercía Alfredo sobre ella era algo con lo que ya no podía luchar. Cerró los ojos y comenzó a rezar pidiendo a Dios que devolviera la cordura a su padre, pero la crueldad de este no tenía límites y su proceder era realmente inexplicable; lejos de cambiar de actitud, continuó firme en su propósito.

Llegaron a destino y, al descender, la obligó nuevamente a caminar, llevándola forzada hasta aquel lugar que estaba en sus planes.

Así, pronto se encontraron frente a un viejo edificio, austero y sencillo. Su fachada de avejentada piedra hablaba de muchos años de relativo abandono. Las flores de su jardín eran el único atisbo de

vida que daba el lugar. La entrada consistía en un gran portón de dos hojas de pesada madera y hierro, custodiado por tres columnas de cada lado, y debajo del campanario se podía leer un gran cartel que decía: "Convento de clausura María Auxiliadora".

Cuando Catalina vio eso, comenzó a entender todo y deseó que no fuese verdad lo que estaba pensando. De pronto se detuvo y con desesperación le preguntó a su padre:

—¿Qué hacemos acá? Contésteme, por favor.

—¿Todavía no te das cuenta de qué es lo que venimos a hacer acá? —contestó con otra pregunta.

—Esto es un convento de monjas de clausura. ¿Qué tiene que ver conmigo? —preguntó con vehemencia y, mirándolo espantada, comenzó a temblar, quiso ponerse de rodillas y no pudo, pero igual rogó—. Dígame que no es verdad lo que yo estoy pensando.

—Ah… eres una chica inteligente. En eso saliste a mí. De la manera en que me lo preguntas, veo que entendiste todo.

—No, no, padre, se lo ruego. Quiero volver con mi hija —dijo llorando con sus manos en señal de ruego.

—Acá te olvidarás de todo el mundo exterior, incluida esa niña que vino a arruinar mi existencia.

Con desesperación continuó reclamando piedad a su padre, pero este la ignoró y, sin importarle su llanto ni sus ruegos, la hizo a un lado y golpeó con firmeza la puerta. Luego de varios minutos que parecieron una eternidad, desde adentro abrieron la pequeña abertura que tenía el portón y, tras su grueso enrejado, se asomó una anciana con el rostro cubierto que dejaba solo a la vista sus ojos. Al ver a Alfredo, la mujer lo recordó de días anteriores, cuando

había estado por ahí haciendo averiguaciones, y le dijo que aguardara, que ya vendría la directora a buscar a su hija.

En ese momento vino a la mente de Catalina todo su presente, con su pequeña hijita, el gran amor que había descubierto en Alessandro y el cariño de la señora Sabina. Con toda su fuerza forcejeó para zafarse de las manos de su padre; entretanto, gritaba:

—No me puede hacer esto. Usted se volvió loco. Me quiero ir de acá. Por lo que más quiera, le ruego que no me deje en este lugar.

—De ninguna manera daré un paso al costado. Tú has manchado mi honor y por tu culpa he perdido a tu madre. Ya no tengo a nadie, ni a tu hermana, ni siquiera a mis pacientes. Con tus pecados has destruido mi vida.

—No, padre, no es así. Por favor, tenga piedad de mí —rogó nuevamente en un tono más bajo porque estaba casi sin fuerzas.

—Después de lo que has provocado con tus andadas, yo ya no tengo sentimientos —contestó Alfredo con la mirada llena de odio y continuó expresando todo lo que su desquiciada mente le provocaba decir—. Estoy muerto en vida y ya no me interesa otra cosa más que saber que por fin he vengado a tu madre.

En ese momento se abrió el pesado portón y dos monjas, cubiertas de ropas negras de la cabeza a los pies, se acercaron a ellos y, sin demasiadas palabras, extendieron sus manos y aprisionaron ambos brazos de Catalina y la llevaron también por la fuerza hacia adentro. Alfredo se quedó mirando cómo se cerraba frente a sus ojos la puerta que separaría a su hija del resto de la humanidad.

Caminó lentamente de regreso en un estado tal de desorientación que no sabía hacia dónde ir. Sus pensamientos

caóticos y confusos lo encontraron esbozando una leve sonrisa, lo que manifestaba lo desequilibrada que estaba su mente. Se detuvo y se sentó en el cordón de la vereda y luego de un rato recuperó su orientación. En ese momento sintió un gran dolor por lo que acababa de ocurrir, pero a pesar de eso, no se arrepintió de nada. Se levantó y continuó su camino preguntándose y contestándose a sí mismo:

"¿Qué pasó? ¿Cómo llegué a este punto? ¿Tiene sentido vengarme de mi propia hija? Y bueno… ella fue la que provocó todo y no se merecía menos que esto. ¡Está donde debía estar!". Suspiró profundamente y se dijo: "Me he quedado sin nada".

Capítulo 10

Alessandro miraba el reloj una y otra vez disimuladamente, sin atreverse a decirle nada a su madre para no alarmarla. Su nerviosismo crecía minuto a minuto. Ya habían pasado más de tres horas desde que Catalina saliera a hacer las compras y para ese entonces tendría que haber estado de vuelta. Se lo notaba cada vez más inquieto; a cada rato se acercaba a ver a Alma, pero la niña estaba muy entretenida con sus juguetes. La preocupación era muy grande y en silencio se preguntaba:

"¿Dónde te has metido, Catalina? ¿Qué te ha pasado que no regresas?".

Cuando la ausencia de la joven llevaba ya cuatro horas, madre e hijo se miraron y se sinceraron, confesándose lo preocupados que estaban por ella.

—Yo no aguanto más sin saber qué le pasa a Catalina que no vuelve. Voy a salir a buscarla.

—Es muy raro que no haya venido aún. No me explico por qué se demora tanto.

—Encárguese de ver a la niña, por favor; yo salgo.

—Anda, hijo. Por Alma, ve tranquilo; yo me encargo de ella.

Alessandro dejó lo que estaba haciendo y, sin dudarlo, salió rápido en busca de su novia.

Caminó por las calles que ella solía tomar para ir hasta el mercado y no la encontró. Tampoco estaba en cada uno de los puestos, donde buscó minuciosamente y hasta preguntó por ella, describiéndola. De pronto pensó que se habrían cruzado en el camino sin verse y regresó a su casa, esperanzado en que allí la encontraría, pero no fue así. Catalina no estaba por ningún lado y eso preocupó mucho también a Sabina.

La niña se puso a llorar y debieron calmarla. En medio de tanta incertidumbre, llegó la noche y, al ver que Catalina no aparecía, Alessandro no esperó más y decidió acudir a la policía en busca de ayuda para saber el paradero de la joven.

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, tome asiento. ¿Qué lo trae por acá?

—Estoy aquí porque mi novia salió esta mañana de casa y aún no ha regresado —y antes de recibir respuesta, aseveró—. Algo grave le tiene que haber ocurrido.

El hombre lo miró casi sonriendo y buscó la forma de no ofenderlo antes de contestarle.

—Mire, joven… ¿Cómo es que se llama usted?

—Alessandro Malatesta —contestó con apremio.

—Mire, señor, Alessandro, ella, tal vez, vio, digo, no sé…

—¿Tal vez qué? Sea claro, por favor.

—Bueno… Es que no quiero que usted lo tome a mal, pero a veces las mujeres se cansan de los hombres y desaparecen así, ¿vio?

—Escúcheme atentamente, por favor. Entiendo lo que usted dice, pero este no es ese caso. Lo de ella es distinto. Catalina es una mujer muy íntegra y no dejaría jamás a su hijita.

—Ah… No sabía que ustedes tenían una hija.

—La niña es de ella y viven las dos en la casa de mi madre. Yo vivo en Argentina y en una de mis visitas nos conocimos y nos pusimos de novio —y en tono de ruego, aseguró—: Catalina no se puede haber ido por su voluntad a ningún lado. A esta altura estoy seguro de que le ha pasado algo y estoy aquí para que usted me ayude a descubrirlo.

El hombre lo miró y cambió su actitud. Al oír el relato de Alessandro y ver en él verdadera desesperación, decidió ayudarlo. Enseguida dispuso lo necesario para que varios policías salieran a buscarla y llevaran su descripción física y, por otro lado, él mismo se ocupó de averiguar en los hospitales por si hubiera tenido algún accidente.

Todos se movilizaron y la buscaron durante toda la noche; al llegar el amanecer y no tener ninguna novedad de Catalina, Alessandro ya no sabía qué pensar y crecía su desesperación.

Sabina no se había movido de la casa por si ella regresaba; además, atendía cariñosamente a la niña, que estaba un poco alterada porque notaba la falta de su madre.

Entrada la mañana, llegó Alessandro a su casa con el paso lento y el alma llena de desazón. Ya no encontraban qué hacer para buscar a Catalina y él, que no quería rendirse, no hacía otra cosa más que pensar y pensar dónde estaría su amada. Se sentó al lado de su madre pidiéndole un abrazo que pudiera darle algo de calma. La mujer, tratando de esconder sus lágrimas, lo abrazó fuerte y le dijo:

—No decaigas, hijo. Debes ser fuerte y continuar con la búsqueda. Entretanto, yo cuidaré de la niña. Ella volverá pronto, ya

lo verás.

—Es que nunca pensé que pasaríamos por esto. Si bien hace poco tiempo que nos conocemos, nos amamos mucho y tenemos miles de proyectos para nuestro futuro. ¿Qué puede haber pasado, *mamma*? Contésteme…

—No lo sé, hijo querido. Solo puedo decirte que estoy segura de que ella no nos ha abandonado y menos a su hijita.

—Yo pienso lo mismo, pero… ¿Dónde se ha metido? ¿Será que alguien le habrá hecho daño? ¿Alguien la habrá secuestrado? ¿Pero… para qué? —se preguntó Alessandro y llorando dijo—: Lo que le puedo decir es que, si no regresa Catalina, yo no viajo.

—Está bien, hijo. Yo no podría quedarme sola con Alma en estas circunstancias.

—Y yo no podría alejarme de usted en esta situación. Seguiré buscando a Catalina hasta encontrarla.

Su madre volvió a abrazarlo con compasión y juntos lloraron hasta muy avanzada la noche.

En cuanto volvió a amanecer y el día mostró su luz, Alessandro salió nuevamente a la calle, caminando sin rumbo, preguntando por Catalina, en cada lugar por donde podría haber pasado, a cada persona que se le cruzaba, pero la respuesta era siempre negativa. Nadie sabía nada de ella.

Así llegó hasta la sede policial y supo que allí tampoco habían tenido novedades. Aturdido, salió a la vereda y se desplomó, ya sin fuerzas, y pronunció a viva voz palabras que ni él hubiese imaginado pronunciar jamás:

—Catalina, mi amor. ¿Dónde estás? Desde el primer momento en que te vi supe que eras mi gran amor, pero jamás imaginé quererte

de esta manera. Mi corazón está destruido, no sé cómo seguir viviendo sin ti. Dame una señal de dónde buscarte, por favor.

La gente iba y venía, ensimismados cada uno en lo suyo. Las personas que pasaban a su alrededor, a pesar de sentir pena de verlo tan desgarrado, no se detenían porque desconocían lo ocurrido y le atribuían su actitud a algún desequilibrio mental.

Como pudo, llegó de regreso a su casa, entró y se dejó caer sobre el sillón, ese mismo donde se habían dado el primer beso con Catalina, y estando ahí, los recuerdos invadieron su mente uno a uno. Fue entonces cuando el llanto desconsolado se apoderó de él. A esa altura comenzaba a perder las esperanzas de que su amada volviera y, lleno de impotencia por tanta incertidumbre, un grito seco y desgarrador salió de su garganta:

—¡Catalina, amor mío, vuelve a casa! ¿Dónde estás, amor? Tu hija te necesita y yo también.

En ese momento se hizo presente su madre con la niña en brazos, asustada por escuchar semejante grito. Alessandro, al verlas, se disculpó en medio de sollozos y se esforzó por calmarse al ver que Alma también lloraba.

De esa manera entendió que debía aprender a llevar la situación con valentía y desde entonces trató de no demostrar su dolor a los demás. Luego de un tiempo comenzó a trabajar en la carpintería de un conocido, pero se volvió un hombre callado y taciturno, encerrado en sí mismo. Pronto se convirtió en alguien que no hacía otra cosa más que cumplir con su tarea diaria y de allí mismo, salir en busca de Catalina. La única que alegraba un poco sus días y podía arrancarle alguna sonrisa era Alma, a quien él consideraba su verdadera hija.

Capítulo 11

Hacía solo unos minutos que el doctor Alfredo Vannicelli acababa de dejar a Catalina, su hija mayor, desesperada y llorando sin consuelo, condenada al encierro en el convento de clausura María Auxiliadora. Luego de un primer momento de aturdimiento, comenzó a caminar cabizbajo, alejándose del lugar. Su paso era lento e inseguro; la conciencia no le permitía encontrar su eje y su mente perturbada logró llevarlo a una confusión tal, que no le permitía tomar dimensión de que lo que acababa de hacer con ella era una locura. A pesar del dolor que su accionar le provocaba, estaba erróneamente convencido de que había hecho lo debido. Durante el largo trayecto de regreso a casa de su hermana, se dedicó a pensar y repasó todo lo sucedido desde aquel día en que se enterara de que Catalina estaba embarazada, y se detuvo especialmente en el momento en que encontrara a su esposa muerta. Su cabeza estaba a punto de estallar; lo superaban la angustia y el enojo.

Para cuando estuvo frente a la puerta de Raffaella, ya había tomado una drástica decisión, que pronto llevaría a cabo.

Cuando la mujer le abrió, lo apabulló con preguntas:

—¿Dónde está Catalina? Y… la niña… ¿Dónde está? —y ante tanto silencio, dijo ofuscada— : ¡Contéstame!

—No te voy a decir nada, así que ya puedes dejar de hacer preguntas.

—Te ruego que me lo digas —insistió la mujer, bajando su tono, y se puso de rodillas.

—Levántate ya, deja de hacer tanto escándalo y no insistas, porque no te lo voy a decir.

Raffaella rompió en llanto e igualmente continuó con preguntas, a las que su hermano eludió con respuestas sin sentido y, por más que ella trató de todas formas de convencerlo para que le dijera algo sobre el destino de su sobrina y la niña, él guardó el secreto bajo siete llaves y no se lo develó. Preparó sus cosas rápidamente y se acercó a la puerta de calle, diciéndole:

—Pronto vendré a despedirme de ti para siempre. Solo ahí te enterarás de cómo seguirá mi vida.

—¿Qué dices, hermano? ¿De qué me estás hablando? —y con algo de recelo, trató de decirle lo que pensaba sobre su salud mental —: Creo que debes recurrir a un médico que analice tu mente, digo, un…

—Un psiquiatra, dilo. Anda, dilo, no temas. Yo soy médico y sé que recurrir a ellos es lo mejor cuando es necesario, pero yo no necesito nada de eso.

—Sí, lo necesitas. Tu mente está alterada; de lo contrario, no harías las cosas que haces.

—Ah… crees que estoy loco, pero estás muy equivocada —contestó el hombre, algo ofuscado por la insinuación.

—No. Yo no he querido decir eso, solo que pienso que todo lo sucedido, especialmente la muerte de tu esposa, ha deteriorado tus nervios y tu mente está confundida —y señalándolo, acotó—: Mira

nada más en el estado que te encuentras y además no quiero ni pensar qué destino habrán sufrido Catalina y su hijita.

—Ni me nombres a Catalina. Ella es la culpable de que toda mi vida se haya desmoronado.

—Te equivocas, Alfredo. Ella cometió un error, sí, pero no la culpes por todas tus desgracias. Si la hubieras comprendido y ayudado, la situación de todos sería muy distinta.

—¡Cállate! —ordenó furioso; luego cerró fuertemente la puerta y partió rumbo a la estación en busca del tren que lo llevara de regreso a Codevilla.

Raffaella se quedó muy preocupada y se sintió desorientada porque no encontraba la forma de ayudar a su hermano, de modo que decidió ir a visitarlo la semana siguiente, aunque no estaba muy segura de que eso a él le agradara. De todos modos, no le interesaba; él era lo único que quedaba de su familia y no lo abandonaría; de paso, trataría de visitar a Sofía, si es que se lo permitían sus abuelos.

Así lo hizo; el sábado siguiente, en cuanto amaneció, se levantó, acomodó unas prendas en un bolso pequeño, se preparó un buen café, regó bien sus plantas para que se mantengan hidratadas varios días, tomó sus cosas y se dirigió a la estación. El mismo tren, desgastado y gris, que cada día recogía a los pasajeros que iban a Codevilla, esa mañana la llevaría a ella y la dejaría en el pequeño poblado, a la deriva, sin saber si su hermano la recibiría.

Pronto se dio cuenta de que sus temores eran infundados; muy por el contrario de lo que imaginaba, Alfredo se mostró complacido al verla llegar y la hizo pasar. Cuando Raffaella entró, todos sus recuerdos se removieron. Ese había sido su lugar desde siempre, ya

que se trataba de su casa paterna. Allí habían crecido felices, con unos padres cariñosos que no hicieron otra cosa más que trabajar para que a ellos no les faltara nada. Evocó con nostalgia aquel día que los despidió para radicarse en Milán y estudiar enfermería. Recordó cuando ellos la abrazaron con mucho afecto y le desearon lo mejor, a pesar de que se quedaban solos, ya que Alfredo hacía más de cinco años que se había ido y estaba a punto de recibirse de médico.

Sintió la necesidad de salir al patio a tomar aire para reponerse del golpe que recibieron sus sentimientos, pero su mente le jugó una mala pasada y la llevó de paseo por toda su infancia y así las lágrimas se apoderaron de ella. De pronto se hizo presente su hermano en el lugar y, al verla en ese estado, le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Raffaella?

—Nada. No me hagas caso; ya estoy vieja y llorona.

—Si tú estás vieja, ¿qué queda para mí? —rio mientras la palmeaba.

—Yo estoy muy preocupada por ti porque estás muy solo. Además, me entristece que no me quieras decir dónde están Catalina y su hijita.

—No me nombres más a Catalina, por favor. ¿Cómo te lo tengo que pedir? Para mí ella está muerta. Si quieres permanecer en esta casa, no me la nombres. ¿Entendiste?

—Sí, entendí, pero dime: ¿qué haces ahora con tu vida?

—Nada. Eso es lo que hago con mi vida, pero esto se terminará pronto porque he tomado una decisión y, ya que has venido, te voy a contar de qué se trata.

—Te escucho, soy toda oídos.

—He decidido enrolarme a las filas del ejército —dijo Alfredo sin dar demasiadas explicaciones.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—Otra vez con eso… No, no estoy loco. Soy médico y allí será muy útil mi presencia.

—Pero…

—Pero, nada. Esto no se discute. Solo estoy resolviendo unas cuestiones acá y luego me iré a la guerra.

—Me dejas sin palabras, pero dime: ¿por qué lo haces?

—Lo hago porque acá mi vida ya no tiene sentido. He perdido a mi mujer, a Catalina, y Sofía me desprecia. He ido varias veces por ella y me dicen que no quiere verme.

—Ya voy a hablar con Sofía y eso se arreglará. Mañana voy a ir a verla a la casa de sus abuelos.

—Ni te molestes, porque ellos la han puesto en contra tuya también. Creen que eres culpable de algo de lo ocurrido.

—Pero… ¿Yo qué culpa tengo?

—Son ancianos y no pueden superar la muerte de María. Están muy confundidos y no entienden que acá hay una sola culpable.

—¡Qué equivocado estás, hermano! Pienso y aún no puedo creer cómo fueron sucediendo tantas desgracias.

—Acá las desgracias comenzaron con el comportamiento de esa sinvergüenza, por eso es el rencor que siento hacia ella y hoy está donde se merece.

—¡Dios mío! ¡Pobrecita Catalina! ¿Dónde estará?

—¡Basta! —gritó Alfredo—. Te he dicho que no me la nombres más —ordenó muy nervioso mientras se retiraba y agregaba—: Y ahora se terminó esta conversación.

Raffaella quedó muy triste y pensativa. Entró ella también a la casa y preparó café para los dos, pero lo tomaron en absoluto silencio. Alfredo miraba desde el ventanal su jardín desprolijo, mientras acariciaba la cabeza de Churri, su perra fiel, que no se movía de su lado. Sus pensamientos, que normalmente se volvían negros y nefastos, por un momento fueron compasivos, dirigidos a su hermana; sabía muy bien que al irse la dejaría sola en este mundo y que tal vez sería para siempre.

A pesar de la advertencia de Alfredo, Raffaella se dirigió a la casa donde vivía Sofía. Llamó a la puerta y pidió verla. La abuela le dijo que no estaba, pero desde adentro salió el anciano abuelo, le exigió que se vaya y le aclaró que, aunque estuviese, nunca le permitirían hablar con ella. Raffaella se retiró sin insistir más, porque notó la terquedad de ellos y, con mucha tristeza, se resignó a no ver a su sobrina, consolándose al pensar que la cuidaban mucho.

Volvió a casa de Alfredo con mucha tristeza, pero no mencionó lo ocurrido, para no generar discordia. Así, la tarde pasó lentamente y, en cuanto oscureció, cenaron y se retiraron a dormir.

Esa noche, Raffaella descansó muy poco porque pensó mucho en su vida y la de su hermano; ella también sabía que quedaría sola y no estaba segura de que Alfredo regresara algún día. Recién avanzada la hora, logró conciliar el sueño.

Para Alfredo la noche fue una verdadera tortura. En cuanto se durmió, fue visitado en sus sueños por su esposa María, que con sus reclamos y reproches por lo que había hecho con Catalina, logró desesperarlo. Se despertó muy sobresaltado y completamente transpirado. Se sentó en la cama desorientado y se levantó, pero

solo después de andar por toda la casa logró discernir entre el sueño y la realidad.

Muy temprano amanecía en Codevilla; los rayos de sol se colaban por la ventana y acariciaban el rostro de Raffaella, despertándola cálidamente. Se levantó y, mientras acomodaba sus ropas, se repetía convencida:

"Yo también puedo ser muy útil en esa guerra sin sentido; por algo soy una reconocida enfermera. Le diré a Alfredo que he decidido acompañarlo y espero que no se oponga".

En cuanto se presentó ante su hermano, le comunicó su decisión. Él trató por todos los medios de disuadirla, pero fue inútil. Estuvieron discutiendo un tiempo largo y, llegado el mediodía, se encontraron planeando todos los detalles para ir juntos tras una causa justa:

—Mira, hermana, haremos una cosa, la semana que viene yo iré a Milán y desde allí viajaremos los dos. Al llegar, nadie despreciará tu ayuda, te lo puedo asegurar, pero de ser así, te vuelves y listo.

—Mañana mismo me iré a mi casa y me prepararé para esperarte y partir.

—Perdóname si te he arrastrado a esta locura, pero es algo que necesito hacer por mí mismo. Quiero probarme que aún puedo servir para algo.

—No digas eso. Allá empezaremos una nueva vida, donde tendrá sentido el espíritu de servicio que aprendimos con nuestras profesiones.

—Estoy cansado de tanta monotonía y días de dolor; en ese lugar probaré mis límites y sentiré la adrenalina del riesgo de la batalla.

—¡Qué loco es todo esto! Hasta hace poco, jamás hubiese pensado embarcarme en esta situación, pero hoy pienso que podré sentirme íntegra al poder salvar vidas.

—Así será, hermana. La patria nos reclama y donde seamos útiles, allá iremos.

Capítulo 12

Era el amanecer del 15 de octubre de 1940. Santa María de Leuca, al igual que las demás ciudades costeras italianas más cercanas a Grecia, mostraba un escenario hostil, ya que parte del ejército se preparaba para partir hacia Albania. Mussolini así lo había planeado y ese mismo día comunicó a los mandos fascistas su intención de ocupar toda Grecia. El fascista que la dominaba, Ioannis Metaxás, se había declarado neutral, pero en este caso buscó aliarse al Reino Unido. Así las tropas italianas cruzaron el Mediterráneo y toda Albania. Para el 28 de octubre, se lanzaron a invadir el país griego.

El cielo se fue tornando grisáceo y sombrío en pleno día, y reflejaba la tristeza y el miedo de la gente. El silencio pesaba y era solo interrumpido por el sonido de algún arma distante que aún no cesaba o el lamento de alguna víctima que quedaba por ahí.

Ese conflicto armado que enfrentaba al Reino de Grecia con el Reino de Italia, durante el curso de la Segunda Guerra Mundial, resultaba ser un recordatorio constante de la violencia y la destrucción que azotaba a la región.

Los soldados se preparaban para otra jornada de combate, mientras los civiles iban despertando con la incertidumbre de no saber qué día podía depararles el destino, e inmediatamente

buscaban el mejor refugio en un lugar más o menos seguro. De esa manera, el estrés y la ansiedad eran palpables y crecían minuto a minuto.

El sol asomaba con timidez por el horizonte, pero su luz y su calidez no alcanzaban a traer el consuelo necesario. El paisaje era devastador; había escombros por doquier y el olor a humo y explosivos flotaba en el aire.

En medio de ese panorama se encontraban Alfredo y Raffaella, recién llegados, azorados al ver a los soldados que patrullaban las calles. Sin ninguna experiencia bélica, irían tomando de a poco contacto directo con esa realidad que enfrentarían a diario al atender a las personas en esa zona de conflicto, donde la esperanza y la paz parecían estar muy lejanas y la supervivencia era la prioridad.

—Te digo que acá hay mucho por hacer, hermana. ¿Tienes miedo? —preguntó Alfredo mientras trabajaban juntos en la operación de una de las piernas de un soldado.

—Cuando se trata de salvar vidas, no sé lo que es el miedo —contestó Raffaella con valentía, y rogó—: Dios ha de protegernos para que seamos útiles en este lugar tan mustio.

—¡Así me gusta! ¡Así se habla! Creo que, a pesar de la situación en la que vivimos, al hacer el bien encontraré por fin la paz que necesito.

—Ojalá que así sea, Alfredo, y así tal vez algún día me digas qué has hecho con Catalina y su hijita.

—Escúchame, hermana, y espero no tener que repetirlo. Eso será siempre mi secreto y se irá conmigo a la tumba. Confórmate con saber que ella está bien y ahora alcánzame esas vendas que debo

terminar rápido con este hombre —dijo Alfredo señalando con sus manos temblorosas.

—Déjame hacerte una última pregunta. ¿Por qué dices ella y no ellas? ¿Qué has hecho? —preguntó la mujer espantada, a lo que él respondió de una manera terminante.

—¡Basta! Deja de hostigarme con preguntas porque no sacarás una sola palabra de mi boca al respecto —aseguró mientras terminaba de cerrar las vendas y se retiraba.

Raffaella, resignada, guardó silencio y se adelantó para cubrir al herido con una manta; luego se fue ella también, y vio a su hermano alejarse lentamente, luchando con su conciencia y su mente irreflexiva, mientras se dirigía al sector donde estaban los heridos más comprometidos para colaborar con los demás médicos.

Cuando estaba oscureciendo, dejaron la carpa designada como hospital de campaña y se fueron a la carpa dormitorio. En ese lugar, donde todo olía a muerte y dolor, se necesitaban muchas manos salvadoras y ellos estaban dispuestos a dar todo para cumplir con su loable tarea.

Luego de dormir unas pocas horas, volvieron al lugar y Raffaella hizo un primer recorrido entre las camillas, viendo que durante la madrugada habían llegado más hombres que estaban muy heridos. Respiró hondo y tuvo que retirarse a un costado porque estaba a punto de desmayarse. Era tan dura la realidad que debió mentalizarse para aprender a convivir con personas mutiladas, sangrantes, que, en medio de quejidos y gritos de dolor, rogaban por un poco de atención y bondad.

Para Alfredo, todo resultaba más fácil; él era más frío y en esta ocasión eso lo ayudaba mucho, de modo que cuando era posible,

colaboraba con los casos más terribles que llegaban a manos de su hermana.

Así fueron pasando los días y los meses. El clima era cada vez más adverso y la orografía difícil entorpecía los ataques, a lo que se sumaba la mala organización del plan de Mussolini. Todo eso hizo que la defensa de los griegos se hiciera cada vez más aguerrida.

No tardó en llegar al lugar un refuerzo de cuatro médicos y dos enfermeras, que sumados a los que había, formaban un grupo de emergencia muy completo.

Entre los recién llegados se encontraba el doctor Leonardo Rossi, un hombre alto, delgado, de corto cabello rubio y ojos color miel, que en poco tiempo demostró su sensibilidad y compañerismo, además de su excelente desempeño. Como cirujano que era, su labor allí se fue haciendo día a día más indispensable.

Raffaella, en cuanto lo conoció, supo admirar su profesionalismo y cada vez que podía, elegía trabajar a su lado, lo cual generó celos laborales en su hermano, que no desaprovechaba cada oportunidad que tenía para degradarlo.

—No sé quién se cree que es ese tipo.

—¿A quién te refieres? ¿Al doctor Rossi?

—Sí, perdón, al doctor Rossi —repitió Alfredo con ironía.

—¿Por qué lo dices? A mí me parece que es una persona muy correcta y además muy buen profesional.

—Claro… ahora entiendo. Por eso siempre elijes asistirlo a él.

—Ay… hermano. ¿Qué dices? —preguntó ella riendo y le aclaró—: Quédate tranquilo, que siempre que me necesites estaré ahí para ayudarte.

—Eso espero.

A pesar de la desaprobación de Alfredo, entre Raffaella y Leonardo nació una linda amistad que iba más allá de los momentos compartidos en la campaña. En los ratos de descanso, ambos buscaban encontrarse porque se sentían muy cómodos juntos. Se apartaban del resto y conversaban, lo cual los alejaba de tanta tragedia.

Una noche coincidieron y se reunieron como ya era costumbre. Esta vez, Leonardo la invitó a su tienda de campaña para conversar tranquilos y cubrirse un poco más del frío tan intenso que estaba haciendo. Raffaella se sentó junto a una pequeña ventana y a través de ella contemplaba absorta el gélido y oscuro paisaje que los rodeaba. La noche se percibía tenue y cubierta de bruma. El cielo dibujaba pinceladas grises entre las pocas estrellas que intentaban asomar. La escarcha cubría todo lo que había alrededor y los vidrios comenzaban a empañarse, pero, aun así, ella continuaba mirando abstraída.

Leonardo la observaba embelesado, como queriendo adivinar sus pensamientos. Movido por un impulso, buscó una manta, la puso en los hombros de ella y se sentó a su lado.

Raffaella era una mujer que, con sus cuarenta años, lucía una particular belleza. Su cabello renegrido se mezclaba con las sombras del cuarto y la ligera luz de la lámpara de aceite iluminaba su piel tan blanca como la misma nieve que cubría las montañas fronterizas que se divisaban a pocos kilómetros de allí.

Él continuaba mirándola detenidamente, recorriendo en ella cada rasgo en silencio. Le gustaba desde el primer día en que la vio. Su mente comenzó a imaginar cómo sería ella en su lugar habitual.

Sabía poco de su vida, pero esa noche lo averiguaría todo, o al menos lo que ella quisiera contarle.

—¿Sabes, Raffaella? Eres lo único bueno que rescato de esta situación que nos toca vivir.

Ella giró la cabeza hacia él, lo miró y le sonrió en muestra de agradecimiento por el halago. Él también era algo así para ella, pero no se atrevió a decírselo. Se quedó muy pensativa y, sin dejar de mirarlo, sintió que esa noche, en ese lugar, al lado de ese hombre, era la primera vez desde que había llegado que tenía un poco de paz.

—¿Tienes frío? —preguntó Leonardo mientras se acercaba más a ella.

—Sí. Es que las noches aquí son muy crudas. Y tú… ¿tienes frío?

—Sí, pero se soporta, al menos mientras estés a mi lado. No quisiera que te vayas porque estoy tan cómodo como hacía tiempo no lo estaba. Es increíble que, en medio de tanto dolor y destrucción, haya encontrado a alguien que me haga sentir vivo.

—Yo también me siento muy cómoda a tu lado. No sé qué nos esperará mañana, así que hoy no tengo ningún apuro de irme.

—Entonces, si estás de acuerdo, haremos una cosa —y mientras se acercaba más, le pasaba el brazo por detrás de la espalda y aclaraba—: Haré un poco de café bien caliente y nos apretaremos para no sentir frío; así disfrutaremos un rato más de esta noche que podemos hacerla encantadora. ¿Te parece?

Raffaella no respondió, pero aceptó la propuesta acercando su cabeza al hombro de él. Sintió que ese era su refugio más seguro, mientras todo se estaba desmoronando. La calidez de ese hombre la fue envolviendo y de pronto se encontraron fundidos en un abrazo y

dulces besos. Él cerró sus ojos y se dejó llevar por la ternura con que ella respondía a sus caricias. El deseo contenido de ambos pudo con el pudor de Raffaella e hicieron el amor una y otra vez. Ese momento de pasión los alejó de la triste realidad en la que estaban viviendo, con la crueldad y los avatares de la guerra. Esa ternura vivida les devolvió algo de esperanza en un lugar donde parecía que no había nada que esperar.

El ataque de las tropas griegas continuaba avanzando día a día, a pesar de no contar con un ejército fuerte, ni con una gran industria militar y tampoco con aliados. La actuación de los soldados en medio de las nevadas montañas de la frontera greco-albanesa, con temperaturas extremadamente bajas, constituía un acto de heroicidad, y algunos perecían totalmente congelados. Así los muertos y heridos aumentaban momento a momento y la victoria italiana, que al principio se anunciaba, se iba desvaneciendo poco a poco.

Las carpas del hospital de campaña estaban desbordadas y médicos y enfermeras no tenían ni el mínimo descanso. Dormían muy pocas horas y todo el tiempo corrían de una camilla a otra, auxiliando a quien mostraba más urgencia. Raffaella y Leonardo no habían podido volver a tener un rato a solas, pero cada vez que se veían o trabajaban juntos, sus miradas lo decían todo. El amor había nacido entre ellos con fuerza, en medio de tanta muerte y dolor, como un acto de fe en la humanidad, tal si fuera una rebelión contra la guerra.

En cuanto les fue posible, volvieron a encontrarse en el mismo lugar, por la noche, acompañados por la luna, que, aunque algo tenue, estaba presente. Esta vez Leonardo la besó de una forma

alocada; el cansancio no había logrado aplacar tanto deseo. Ella correspondió a esos besos con placer y las caricias de ambos fueron más lejos, acercándolos al fuego que él había encendido. Se quitaron algunas ropas y se recostaron sobre una manta, tranquilos, sin importarles el frío que hacía afuera.

Hicieron nuevamente el amor como dos locos. Por un momento olvidaron que vivían en contacto directo con la muerte y el sufrimiento y que cumplían horarios largos y estresantes. Con cada caricia de Leonardo sobre los blancos pechos de Raffaella, nacían impetuosos los jadeos de ella, que deseaba y pedía más y más y así lo excitaba.

Ese fue un nuevo momento inolvidable; un bálsamo en medio del horror, instantes robados para disfrutar juntos del amor que sentían y que servían para poder continuar, aunque después se tuvieran que conformar con una mirada, camilla de por medio, un beso rápido al coincidir en un pasillo de la carpa o un roce de manos, en medio de una sangrienta operación.

Así continuaron viviendo su amor el doctor Leonardo Rossi y la enfermera Raffaella Vannicelli, y programaron juntos encuentros especiales y atesoraron recuerdos de lo compartido, que los hacía mantener la conexión con un mundo diferente a la realidad que estaban viviendo, con la esperanza de que el horror terminara pronto para poder vivir su amor algún día lejos de allí.

Capítulo 13

El convento María Auxiliadora de Milán pertenecía a la orden de las monjas benedictinas, llamada también orden contemplativa por dedicarse principalmente a la oración y la contemplación. El no poder tener contacto con el mundo exterior era la característica principal de este claustro, como la de tantos otros que abundaban en esa época por todo el mundo. Solo en raras excepciones, en algunos de estos institutos permitían encuentros muy esporádicos con familiares de manera indirecta.

Los inquebrantables muros que lo rodeaban eran extremadamente altos y sus puertas y ventanas estrechas y protegidas, que aseguraban un aislamiento total. Contaba con una capilla privada al final de la construcción y con un claustro interno.

Pequeñas habitaciones individuales que estaban destinadas a las religiosas rodeaban silenciosas al gran patio cubierto de vegetación.

Desde muy temprano el convento entero se ponía en movimiento. Todo estaba perfectamente planificado para que, en conjunto, el instituto funcionara de manera prolija y ordenada; para eso contaba con horarios rigurosos de trabajo, de estudio y de oración.

En cuanto amanecía, cada una de las mujeres se presentaba en donde se la requería e inmediatamente comenzaba con la labor que

tenía asignada, que por lo general eran trabajos manuales, costuras o tareas de jardinería.

Aquel día, Alfredo Vannicelli había actuado movido por sus reacciones desquiciadas. No había dudado ni un segundo de la decisión tomada, ni sentido el más mínimo arrepentimiento. Luego de saludar a la directora, la puerta se había cerrado con un golpe seco, dejando a su hija desconcertada y a los gritos, rogándole piedad. Detrás de esa puerta quedó Catalina a solas con la monja que estaba fastidiada por la situación. La tomó de un brazo y la fue llevando para adentro a los empujones, mientras ella se resistía. De pronto, la mujer se detuvo y, apretándole más aún el brazo, le dijo con firmeza y voz tajante:

—Será mejor que obedezcas, muchacha, o la pasarás muy mal en este lugar.

—Yo no voy a obedecer; usted está tan desquiciada como mi padre —contestó a los gritos y aclaró con justa razón— : Yo no tengo nada que hacer acá. Afuera tengo una hija que me espera y un hombre que me ama. Me quiero ir ya de este lugar.

—Ja, ja, ja —rio con ironía la monja—. Deja ese cuento para las novelitas. Eres una mentirosa; ya tu padre nos contó de la vida de casquivana que llevabas afuera y que no le has dejado otra opción más que traerte aquí para enderezarte. Quédate quieta y callada, mentirosa. Te lo digo por tu bien; de lo contrario, conocerás nuestros castigos.

—Yo no miento. Mi padre ha perdido la razón y es él quien miente. Le juro que de alguna forma yo me iré de acá. ¡Maldita sea!

—Guárdate los insultos, muchacha descarada y embustera. Ya veremos quién gana esta partida.

Catalina continuó gritando con desesperación mientras era arrastrada por los pasillos. Tras esforzarse, logró zafar de ese puño que la retenía y comenzó a correr por el patio en una carrera alocada que no la llevó a ningún lado. Pronto se dio cuenta de que no tenía salida y que en cualquier dirección que fuera se encontraba con el paredón. Agotada y desesperada, se dejó caer sobre la hierba, mientras gritaba llorando:

—Quiero salir de acá. Este encierro es una injus…

De pronto su voz se apagó, culpa de las manos groseras de una de las monjas que tapó su boca, mientras otras dos la maniataban, y así la fueron llevando hasta una celda especialmente destinada a las rebeldes de la institución.

Ese lugar era oscuro y tenía un aspecto tétrico. Estaba diseñado precisamente para disciplinar a quienes desobedecían. Era un espacio austero y desolador que contaba solo con la poca luz que recibía del pasillo exterior. Su puerta consistía en un hueco con su cerramiento de gruesos barrotes de hierro.

La empujaron, la depositaron allí y cerraron la reja con un candado oxidado y crujiente. Una de las monjas la miró sin piedad y le dijo:

—Estarás maniatada y silenciada tu boca hasta que comprendas que debes obedecer. Mañana vendré y espero que durante la noche hayas pensado lo que te digo; entonces ahí veré qué haremos contigo.

La respuesta a tan duro mensaje fue solo el murmullo de un grito ahogado, ya que Catalina lloraba desconsoladamente intentando gritar, pero solo lograba sentir aún más la presión del pañuelo que tenía atado entre sus labios.

Así, recostada en el duro camastro de madera, se retorcía inútilmente intentando desatarse. Miró las paredes que estaban desnudas, sin más adornos que un crucifijo, y al ver a ese Cristo moribundo, sintió que ni siquiera él la protegía y aumentó aún más el sentimiento de injusticia para con ella.

Continuó observando todo a su alrededor mientras se preguntaba cómo haría para llegar hasta el cubo que tenía a su lado, destinado a las necesidades básicas, pero no halló respuesta.

Sin probar un bocado, ni una gota de agua y casi sin dormir pasó Catalina esa noche interminable, durante la cual, luego de llorar hasta el cansancio, pudo pensar y sacar conclusiones. De este modo entendió que cuando vinieran a desatarla, debía quedarse callada y obedecer porque, de lo contrario, no la sacarían de allí y continuaría su pesadilla, que, por lo que intuía, no la conduciría a nada. Además, de esa manera no podría intentar fugarse; en cambio, si se mostraba obediente, seguramente podría encontrar alguna oportunidad de poder recuperar su vida.

Cerca del mediodía, cuando los rayos del sol daban justo sobre la cara de Catalina y el calor comenzaba a desesperarla, se presentaron las monjas para liberarla; lo hicieron tomando todas las precauciones por si continuaba con su rebeldía.

Catalina dejó que la desataran y se puso de pie en silencio, mientras una de las mujeres le decía en tono de burla:

—Espero que hayas comprendido que te conviene obedecer. ¿Qué me dices? —Catalina no le contestó y la mujer ofuscada le ordenó que lo hiciera, a lo que ella respondió sin mirarla y con mucha rabia:

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿Todavía no has entendido cómo son las cosas aquí?

—Sí, madre superiora, entendí.

—Bien; así me gusta, que seas una buena chica —finalizó riendo y le rozó la cara con sus toscos dedos, mientras la mandaba a ponerse el raído uniforme gris, para que luego se dirigiera a donde estaban trabajando sus compañeras.

Así continuó la vida para Catalina en ese lugar. Aguantar sin protestar por su situación fue algo que tuvo que trabajar mucho en su interior; debió aprender a dominar sus impulsos y tragarse su orgullo.

Para ella, cada día se convertía en un suplicio; llevaba dos meses allí y no soportaba más estar alejada de su hija sin entender el porqué de su destino. En ocasiones la invadía la impotencia al pensar que a fuerza de rigor debió aprender a obedecer, y que nunca podría entender qué hacía en ese lugar.

En todo ese tiempo, mientras trabajaba, había recorrido minuciosamente cada rincón, buscando inútilmente la manera de escapar, pero a pesar de sus reiteradas frustraciones, pensaba que jamás se rendiría y siempre estaría atenta a cualquier oportunidad que se pudiera presentar para no desaprovecharla.

Durante el día se aturdía trabajando arduamente, sumida en un silencio absoluto, y sufría las consecuencias de no tener ninguna conexión con las demás, ya que había decidido no hablar con nadie. Por las noches, ya en sus aposentos, daba rienda suelta a las lágrimas, pensamientos y preguntas sin respuesta:

"¿Cuándo podré verte, hija querida? ¿Qué pensará de mí, mi querido Alessandro? ¿Quién cuidará de mi niña? No puedo creer lo que estoy viviendo. Jamás imaginé estar encerrada y no hay derecho

a que me pase esto. ¡Qué locura la de mi padre…! ¡Dios mío, ayúdame, por favor! Ya no resisto esta situación. Ayúdame a ser fuerte y no desfallecer".

Con estas palabras instaladas en su mente y llorando con desesperación, crecía el rencor hacia su padre por haberla llevado allí, sin conocer por completo que él, luego de eso, estuviera sirviendo como médico en la guerra. Llegada la noche, el cansancio la vencía y lograba dormir por algunas horas, para luego comenzar nuevamente el día.

Periódicamente, todas las monjas allí recluidas dedicaban jornadas enteras al estudio de la Biblia y demás textos religiosos y, en ciertas épocas del año, hacían largos ayunos y abstinencia.

Catalina tuvo que acostumbrarse a esos reglamentos extraños que sus compañeras aceptaban con sumisión, ya que, al contrario de su situación, casi todas habían elegido vivir de esa manera. Cada día le costaba más disimular la rebelión que sentía contra las autoridades y las reglas del lugar. Por momentos, sentía que había perdido su identidad, ya que en ese lugar no era dueña de su vida y pensaba que hubiera preferido morir antes que estar encerrada allí, pero a pesar de todo, cuando recordaba a su hija, sentía un atisbo de esperanza y eso era lo único que le permitía continuar. Soportaría todo por Alma.

Lejos habían quedado los primeros días, de reclamos y llanto; luego de casi un año en el convento, había logrado entrar en un raro estado de resignación, a pesar de no lograr la aceptación forzada de su destino.

Entretanto, en Milán, aún estaba latente aquel día trágico en que Catalina desapareciera. Sabina no sabía qué más pensar al respecto

y Alessandro, que por cierto no había viajado a Argentina, no tenía consuelo; la incertidumbre y desconocimiento de lo sucedido lo llenaban de impotencia y lo dejaban al borde de la desesperación. Con la ayuda de su madre, se hizo cargo de la niña como si fuera su propia hija; la cuidaba y le daba todo el cariño de un padre.

Alma era una niñita muy tranquila y amorosa que estiraba sus bracitos cada vez que Alessandro se acercaba a ella. Una tarde Sabina la preparó y se fueron los tres a la plaza. Él la tomó de las dos manitos y acompañó sus pasos, que cada vez eran más firmes. De pronto, sintió que la pequeña balbuceaba algo mirándolo sonriente y, no muy seguro de lo que había escuchado, la levantó en brazos y, luego de darle un dulce beso, le preguntó:

—¿Qué estás queriendo decirme, pequeña?

—Pa-pá, pa-pá —repitió con toda dulzura y lo dejó inmerso en un mundo de emociones que lo llevaron al llanto; escucharla lo sorprendió.

Rápidamente fue hasta donde estaba sentada su madre y le contó lo sucedido; Sabina lo miró y con ternura le dijo:

—Alessandro mío, comparto tu felicidad. Esa niña es como si fuera de nuestra sangre. Estoy orgullosa porque te has convertido en un gran padre. ¡Te felicito!

—Gracias, *mamma*. Lamentablemente, el destino fue muy cruel conmigo al alejarme de Catalina, pero me hizo este gran regalo que es Alma.

—Es una niña encantadora.

—Ya no podría alejarme de ella —aseguró y, sentándose a su lado, miró a la mujer y le preguntó con lágrimas en los ojos—: ¿Usted… qué piensa? ¿Ella volverá algún día?

—No sé, querido mío. La verdad es que no sé qué pensar, pero te repito lo que te dije antes; si de algo estoy segura es de que ella no nos abandonó.

—En eso estoy de acuerdo con usted. Pero bueno… A veces trato de no pensar porque me vuelvo loco. Se me cruzan tantas cosas por la cabeza… Parece que se la hubiera tragado la tierra.

—Mejor piensa en este tesoro que debemos cuidar para que cuando vuelva Catalina la encuentre hermosa.

—Es verdad, mejor pensemos en eso y dejemos de estar tan tristes —finalizó tratando de ocultar su dolor, mientras abrazaba a su madre que estaba llorando.

El llanto de él lo reservaba para su intimidad, para esos momentos donde podía desahogar la pena que le producía la inexplicable ausencia de su amada. Y así, noche a noche, de a poco, se fue haciendo a la idea de que ella nunca volvería.

Capítulo 14

Milán amanecía con un cielo en tonos suaves y cálidos. Acababa de salir el sol y un rayo de su luz dorada iluminaba la habitación donde dormía Alma. Alessandro, madrugador como siempre, pasaba por allí y se detuvo a contemplar a la niña. Su carita sobre la almohada dibujaba un perfil que lo hizo estremecerse; era increíble el parecido que la pequeña tenía con su madre.

La miró nuevamente y revivió uno de los tantos momentos que pasó junto a Catalina y que quedaron grabados en su memoria; aquel día que se sentaron en el jardín de la casa, para escapar de la mirada de Sabina, que aún ignoraba el amor que había nacido entre ellos.

Aquella tarde, entre besos robados a escondidas y palabras dulces, las manos de Alessandro recorrían con ternura el rostro de Catalina, marcando con el dedo índice su perfil, tan perfecto y delicado, mientras le decía:

—¡Qué hermosa es tu nariz! —y riendo, agregó—: Nada que ver con la mía, tan grande y recta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. No nos engañemos; no me destaco por la belleza.

—No digas eso. A mí me gustas tal cual eres, y mira… tu nariz será grande, pero es acorde a tu cara.

—Me estás viendo con los ojos del amor —rio nuevamente.

—Déjate de tonterías y dame otro beso, que en cualquier momento se nos aparece tu madre y yo moriría de vergüenza.

—Ya es hora de que ella sepa de lo nuestro.

—No, por favor; todavía no. Esperemos un poco más; debo estar preparada para eso.

—Bueno, pero que no sea mucho el tiempo que me pides. Nosotros siempre hemos sido muy compañeros y deseo compartir con ella esto tan grande que siento por ti.

—Pronto se lo diremos —prometió, mientras cerraba sus ojos, ofreciéndole la dulzura de sus labios a ese hombre que amaba.

Alessandro volvió al presente y secó su rostro de unas lágrimas intrusas que acompañaron ese recuerdo tan emotivo. Continuó contemplando a la niña y suspiró; luego llevó su mirada hacia el ventanal y pudo ver que los colores del día mutaban a naranjas y ocres y prometían una jornada de muy buen clima; día ideal para festejar el cumpleaños número dos de Alma.

Esa tarde así lo hicieron; se instalaron los tres en el fondo del patio donde Sabina había preparado con todo su amor una mesa con la torta, refrescos y hasta globos y guirnaldas. Alma, rodeada de tanto cariño, rio, aplaudió y sopló las velitas. Su inocencia no le dio lugar a notar la ausencia de su madre; para ella, su abuela Sabina y su padre Alessandro eran su familia y todo su mundo.

La niña jugó y corrió toda la tarde, de modo que en un momento se quedó dormida. Luego de llevarla a la cama, madre e hijo se

quedaron conversando y disfrutando del fresco del atardecer. En medio de la charla, Alessandro tomó la mano de Sabina y le dijo:

—*Mamma* querida, yo sé que Catalina ya no vendrá —y mirándola fijamente a los ojos, agregó—: Creo que ya es hora de que nos vayamos a Argentina.

—Pero no… hijo… Ella puede volver y…

—No, *mamma*… Seamos realistas. Ella no va a volver nunca —dijo convencido y acongojado.

—No sé; yo guardo aún una leve esperanza.

—Yo no. A esta altura ya perdí todas las esperanzas y creo que es tiempo de cumplir nuestro sueño de vivir en Argentina. Una vez que nos ubiquemos allá, trataré de recuperar mi trabajo en Molinos Río de la Plata.

—No sé qué decirte, hijo mío. Tú bien sabrás qué es lo mejor para todos.

—Al irnos sé que voy a dejar un pedazo de mí en esta tierra, pero necesito respirar otros aires, trabajar duro y aturdirme para no pensar tanto —y mientras miraba a su madre profundamente, dijo casi con desesperación—: Acá me estoy volviendo loco, *mamma*. Pienso todo el día en nuestra desgracia y por las noches no puedo dormir por tratar de adivinar dónde estará Catalina.

—Bueno, hijo —contestó la madre muy decidida—. Si es así, cuenta conmigo y adelante con ese proyecto. Nos iremos los tres a Argentina y comenzaremos una nueva vida.

—¡Así se habla, *mamma*! —respondió él mientras la abrazaba cálidamente, escondiendo sus lágrimas.

Sin demorarse más, al día siguiente se puso en campaña y al cabo de dos meses estaba todo listo para el largo viaje que

emprenderían los tres. Lo que más tardó fue el trámite que debió hacer para que Alma tuviera su apellido y así pudiera llevarla a otro país. Ese trámite estaba iniciado por la propia Catalina, pero no encontró la manera de demostrar que ella estaba desaparecida. Afortunadamente, el funcionario de turno se compadeció, creyó en él y le hizo un permiso que, aunque algo confuso, igualmente le permitiría salir con la niña del país sin problemas.

El día de la partida llegó y desde el alba estuvieron en el puerto de Génova, lugar desde donde saldría la embarcación que debían abordar.

El Giulio Cesare era un barco propulsado por dos máquinas a vapor. Lucía erguido su imponencia y su gran tamaño, balanceándose suavemente, y se preparaba para zarpar hacia tierras americanas, sin saber que ese sería uno de sus últimos viajes, ya que dos años más tarde, en 1944, en el puerto de Trieste, sería atacado por aviones de los Aliados, lo que provocó su hundimiento.

Alessandro y Sabina iban ansiosos por la dársena con la niña en brazos, buscando el lugar por donde debían embarcar los pasajeros de la clase turista. A su alrededor, la gente se abrazaba, lloraba y se deseaba buen viaje. Pronto subieron al monstruo de acero y se instalaron en el correspondiente camarote; luego salieron a la cubierta, desde donde pudieron apreciar la lluvia de pañuelos que quedaban agitándose durante la partida, sin que alguno fuese destinado a ellos.

El viaje se llevó a cabo con total normalidad durante quince días. Cuando pudieron divisar el puerto de Buenos Aires, Alessandro se sintió invadido por sentimientos encontrados como la nostalgia, la emoción de volver a un lugar donde había vivido momentos muy

lindos, pero además sentía un gran dolor por no poder haber llegado allí con Catalina tal como lo había planeado.

Cuando descendieron de la embarcación, Alessandro y Sabina dejaron las valijas a un costado y se dieron un fuerte abrazo; él suspiró profundamente y exclamó elevando sus brazos:

—¡Buenos Aires, querido! He regresado nuevamente y esta vez muy bien acompañado.

Su madre lo miró y sonrió, contenta de ver entusiasmo en las palabras de su hijo; en realidad, ella hubiese preferido permanecer en Milán, pero ya estaba cansada de verlo triste, siempre esperando el regreso de Catalina, de modo que trataría de disfrutar ella también de ese gran cambio.

Caminaron hasta un hotel de la zona portuaria que anteriormente lo había albergado por un tiempo y se alojaron allí en una de las habitaciones más grandes, donde estarían cómodos los tres.

Los primeros días se ocupó de llevar a su madre y a Alma a conocer un poco la ciudad. Luego de una semana de hacer algunas tareas esporádicas, se presentó en el molino harinero Río de la Plata en busca de su antiguo trabajo y, con sus buenos antecedentes laborales, no tardó en recuperarlo.

Una mañana, el despertador sonó casi de madrugada. Alessandro se levantó, se higienizó y, cuando se estaba preparando algo de comida para llevarse, sintió una mano cariñosa que detenía su brazo, y le dijo:

—Deja que yo prepare tu almuerzo. Tengo algo especial reservado para ti. —Y ante el asombro de Alessandro, su madre sacó del armario una fuente tapada con un repasador que cuidaba

celosamente, algo hecho por ella el día anterior junto con la dueña del hotel, con quien empezaba a entablar una amistad.

—¡*Mamma* querida, esta es su *focaccia*! ¡Qué sorpresa! —dijo Alessandro, tomando uno de los panes.

—La hice para ti, sé que te derrites por mi *focaccia*. Además, es para que no extrañes tanto a nuestra patria.

—Gracias, *mamma*… Usted es increíble. ¿Qué haría si no la tuviera?

—¡Ah… déjate de tonterías! Me tendrás para rato… Al menos eso pienso.

—Así será. Dios me la prestará por mucho tiempo —rio.

—Yo no pienso dejarte hasta que tu hija sea grande…

Cuando Alessandro escuchó esto último, sintió un escalofrío que le corría por todo su cuerpo, mientras se repetía a sí mismo: "Mi hija… Mi hija…". En ese momento se acercó adonde estaba durmiendo la niña, le dio un beso y se retiró pensando: "Gracias, Catalina, por este regalo". Le dio otro beso a su madre, tomó sus cosas y salió a la calle, donde, luego de caminar unas cuantas cuadras, llegó a su trabajo.

Bunge & Born instaló en 1902 el molino harinero Río de la Plata en el Dique III de Puerto Madero; por eso lleva ese nombre. En el lugar donde estaban sus silos, hoy se encuentra el Faena Hotel Universe.

Capítulo 15

A pesar de los planes de Italia, que presuponían una rápida rendición griega, sus fuerzas encontraron una resistencia inesperadamente tenaz por parte del ejército helénico y no pudieron avanzar demasiados kilómetros. Los griegos lograron contraatacar, rechazando la ofensiva y tomando el sur de Albania, entonces ocupado por los italianos.

Los distintos intentos de Italia de retomar la iniciativa y romper las defensas griegas fracasaron. Sus hombres estaban mal armados por un Mussolini y sus generales que no asignaron recursos suficientes a la campaña, sin tener en cuenta ni siquiera el durísimo clima veraniego en el que se encontrarían. En su ataque no contaron ni siquiera con la ventaja de la sorpresa. Así, en esas condiciones y mal comandados, Italia día a día fue perdiendo poder, mientras Alemania comenzaba a intervenir en el conflicto.

Ante estos resultados, los pasillos de la carpa que oficiaba de hospital de campaña estaban abarrotados de camillas improvisadas. La situación se había desbordado y ya no quedaba ni espacio ni profesionales para atender a los heridos que dejaba el combate.

En un momento, Leonardo, agotado de tanta sutura y operaciones, la miró a Raffaella, que estaba un poco más lejos, y le hizo una seña para que saliera detrás de él. Ella así lo hizo y se

encontraron en la trastienda. En ese momento salió también Alfredo, que iba a descansar un poco, y se encontró con la pareja saludándose amorosamente. Con gran sorpresa los vio abrazarse y besarse. Se detuvo para asegurarse de que ellos notaran su presencia y, lleno de bronca contenida, dio la vuelta y volvió a su trabajo. La actitud que tomó era muy ridícula al sentir celos de su hermana, que, siendo una mujer grande, era dueña de sus actos y decisiones, pero su resentimiento hacia las mujeres de la familia era la principal característica de su mente desquiciada, y mientras tomaba nuevamente las pinzas, se decía:

"Nunca pensé esto de mi hermana. ¡Qué desilusión! Al fin y al cabo, es una cualquiera igual que Catalina. Todas las mujeres son iguales; se entregan al primer hombre que se les cruza. María habrá sido igual que todas y seguramente Sofía, cuando sea grande, hará lo mismo; por eso detesto a las mujeres".

Al decir eso, su rostro se volvió muy rojo, su mirada quedó perdida y sus puños se cerraron hasta sentir el dolor en sus manos. Un fuerte mareo lo obligó a sentarse y, luego de unos minutos, se repuso y un compañero que lo asistió le dijo:

—Doctor, usted no da más. Tiene que descansar un poco. Le sugiero que se retire, hágame caso, por favor, esta situación está acabando con nosotros.

—No, no, ya estoy mejor.

—¿Seguro que se siente mejor? —preguntó su colega.

—Sí, sí, despreocúpate y, por favor, no se lo comentes a nadie.

Alfredo continuó con su labor y, cuando tuvo oportunidad de estar cerca de su hermana, la ignoró totalmente y le mostró así el

descontento que sentía por la relación que mantenía con Leonardo. Ella lo miró y, al sentir su indiferencia, pensó:

"Ahora estoy convencida de que mi hermano ya no está en sus cabales. No puede despreciarme porque me haya visto besarme con Leonardo. ¿O acaso no tengo derecho de enamorarme? Yo soy libre y él también".

Esas últimas palabras quedaron rondando en su cabeza y las repitió en silencio una y otra vez. Acababa de darse cuenta de que nunca había hablado con Leonardo sobre el estado de su corazón. Él solo le había declarado su gran amor y ella daba por hecho que no tendría ningún compromiso en Italia, pero sin saber por qué, comenzó a dudar. Por un lado, la dejaba tranquila recordar los planes que habían hecho juntos para el futuro, pero era cierto que nunca le había hablado de su vida fuera del ejército. Una rara inquietud la fue invadiendo, de modo que, en cuanto volvieron a encontrarse, lo abordó:

—No vayas tan de prisa, Leo —sugirió ella mientras él levantaba su plato y volvía a la mesa; luego, sin mirarlo demasiado a la cara, agregó—: Hagamos un poco de sobremesa y charlemos.

—Déjate de tonterías, yo prefiero que vayamos a la cama cuanto antes. Tengo muchas ganas de amarte y sé que tú también. ¿O me equivoco? Además… ¿Qué tanto quieres que hablemos?

—Claro que tengo ganas de amarte, pero eso no es lo único que me gusta hacer contigo. Hoy quiero que me cuentes todo sobre ti.

—Estás loca. Eso sería perder el tiempo —afirmó Leonardo y, tomándola de la mano, la atrajo hacia sí y la sentó sobre sus piernas, la abrazó y se apoderó de su boca, silenciándola. Sin dejar de besarla, le fue sacando la ropa que, junto con la suya, fue a parar

al piso. Sus manos la recorrieron entera y con dulces palabras al oído fue llevándola a la máxima excitación, al punto de hacerla olvidar de todo aquello que iba a preguntar. Por un momento todo pasó a segundo plano; ya nada importaba, solo entregarse por completo a ese hombre que la hacía tan feliz, con el cual olvidaría por un rato todo el horror que los rodeaba.

El amor los dejó exhaustos, abrazados, recostados en silencio, mientras sus miradas lo decían todo. En cuanto ella quiso decir una palabra, él la calló nuevamente con más besos y así vivieron la pasión hasta el amanecer.

Antes de que aclare el día, se vistieron y volvieron a sus lugares de trabajo, a encontrarse nuevamente con la realidad, tan cruda como dolorosa e incierta, por la cual solo podían aportar su labor tan noble, sin demasiadas esperanzas de un mañana para ninguno de los allí presentes.

Raffaella corría entre los heridos y en un momento volvió a pensar en las preguntas que deseaba hacerle a Leonardo y, dadas las circunstancias, se convenció de que ya llegaría el momento oportuno para eso. Entretanto, buscaba entre los médicos a su hermano y le extrañó no verlo. Pensó que habría tenido que quedarse en la sala hasta tarde y, por lo tanto, estaría durmiendo.

El día pasó rapidísimo, ya que cada vez había más heridos, y cuando estaba por retirarse a descansar, se le acercó uno de los médicos de otro sector con el que había conversado varias veces y le preguntó:

—¿Fuiste a ver a tu hermano? No hacía otra cosa más que llamarte.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Perdón… Creí que sabías que esta tarde se descompuso.

—No sé nada. ¿Qué le pasó a mi hermano? —se preocupó Raffaella.

—Se descompensó mientras estaba operando. Dicen que ayer había tenido un episodio similar, pero que no quiso ir a descansar.

—Y… ¿Cómo está? ¿Dónde está?

—No está nada bien; sufrió un infarto y respira con dificultad —y abrazándola para contenerla, le dijo—: Prepárate para lo peor.

Raffaella se puso a llorar y pidió verlo. Su colega se ofreció a acompañarla hasta el lugar donde podría encontrar a su hermano y le advirtió:

—Debes tranquilizarte; no le haría bien verte en esas condiciones.

—Sí, sí. Trataré de serenarme —contestó mientras secaba sus ojos y se recomponía.

Raffaella se conmovió al verlo en esa camilla, moribundo, y tomó fuerzas para acercarse a él. En ese momento la tristeza la embargó al comprender que iba a perder a su único hermano, el cascarrabias, el odioso rezongón, pero su hermano al fin. Se fue acercando lentamente y tomó su mano. Alfredo abrió grandes sus renegridos ojos y con dificultad la regañó:

—Al fin vienes a verme… desalmada.

—No me digas eso; recién me entero de lo que te pasó —y viendo el esfuerzo que hacía por hablar, le rogó sin soltarle la mano —: Cállate, por favor. No te esfuerces.

—Recién se va María y me dijo que nunca me perdonará lo que le hice a Catalina —dijo el hombre totalmente trastornado y con lágrimas en sus ojos.

—¿Qué dices, hermano? Si María está muerta.

—¿María muerta? ¿Quieres volverme loco? No lo vas a conseguir.

En ese momento Raffaella entendió que solo debía seguirle la corriente y posó dulcemente su mano sobre la frente de Alfredo, diciéndole:

—No hables más, por favor. Cierra los ojos y trata de descansar.

—Déjame tranquilo… —Y con la voz por demás apagada, agregó —: Quiero decirte algo y ya no hay mucho tiempo.

—¿Qué dices? Pronto te pondrás bien —mintió compasivamente.

—No te olvides de que soy médico y sé muy bien cuándo a alguien le llega su hora —y con la mirada algo perdida, dijo—: Esta es la mía.

—No digas esas cosas, por favor.

—Yo sé que es así. Ahora escúchame bien que voy a decirte dónde está Catalina, pero no quiero escuchar un solo reproche. Solo lo hago porque me lo pidió María.

Raffaella se sorprendió mucho porque jamás pensó que un día su hermano le revelaría su gran secreto. Hacía tiempo que se había resignado y ya no le preguntaba nada, porque la última vez que lo hizo, él había respondido con violencia y amenazas. Se acercó aún más y le dijo:

—Anda, dime dónde está tu hija, por favor —a lo que Alfredo respondió con un fuerte suspiro y susurrando dijo por lo bajo:

—Ella está en el convento de clausura María Auxiliadora, en Pavía —y antes de que su hermana continúe con preguntas, aclaró—: Yo hice que la encierren allí diciéndole a la directora que se había dedicado a la prostitución y que esa sería la única manera de que dejara esa vida. La monja me creyó y así la recibió.

Raffaella le soltó la mano, horrorizada por lo que acababa de oír. Se sentía frente a un verdadero monstruo y le costaba creer lo que estaba escuchando, pero al menos una vez su hermano había tenido un gesto de humanidad. No podía dejar de mirarlo con rencor, pensando cómo podría haberle hecho eso a su propia hija. Él también la miró y ella respetó su largo silencio, pero luego de notar que su respiración se volvía muy dificultosa, se apresuró a decir:

—Debes buscarla; ya es hora de sacarla de ese lugar. Fue muy duro el castigo, pero se lo merecía. Ah… Lo que no recuerdo es la dirección de la casa donde seguramente estará su hija.

—¿La separaste también de la niña? No te puedo creer.

—Y… Sí, tu hermano es un ser despreciable. Ustedes, las mujeres de mi familia, me han convertido en esto. Pero al menos este monstruo va a reparar algo antes de morir.

Ella lo escuchó y prefirió callar, sabiendo que la mente de su hermano estaba muy enferma. Trató de calmarse pensando que cuando volviera a Milán buscaría a Catalina y seguramente ella sabría dónde estaría su hijita. Con mucha pena y toda su compasión se quedó acompañándolo en silencio. Alfredo continuó hablando cosas sin sentido, pero su voz se fue apagando de a poco y, antes de que terminara el día, se entregó al descanso eterno.

Los sentimientos de Raffaella se volvieron una mezcla de dolor, pena, bronca y sensación de vacío y soledad. Era muy raro llorar la muerte de su hermano en medio de tanta muerte ajena a su alrededor.

En un acto muy íntimo, acompañada por Leonardo, sepultaron a Alfredo, junto a tantos soldados que habían dado su vida por la patria.

Capítulo 16

Hacía cuatro largos meses desde el momento en que el gobierno griego negara las propuestas de no agresión impuestas por Italia, lo cual llevó a esa guerra devastadora, como todas las demás.

Para Raffaella esos meses parecían una eternidad. Le estaba costando mucho reponerse de la muerte de su hermano, porque había dejado en ella una mezcla de sentimientos que no podía terminar de desenredar: pena, bronca, impotencia y algún que otro recuerdo de una infancia que no fue de lo más feliz. Así recordaba a Alfredo, cada vez que llegaba a su tumba, en momentos de descanso:

"Ay, hermano, quisiera saber por qué te has comportado de esa manera tan cruel con tu propia hija. Trato de no guardarte rencor, pero es difícil. Prefiero pensar que tu mente estaba desquiciada. No encuentro otra explicación. Después de todo, no es la primera chica que comete un traspié. ¡Qué distinto hubiese sido todo si la hubieras comprendido y apoyado! Menos mal que tuviste un momento de cordura y me dijiste dónde encontrarla. Ojalá pueda irme pronto de acá y buscarla para que se reúna con su hijita. Lo que no puedo asegurar es que ella sepa perdonarte".

Cada día había más tareas para los médicos y enfermeros en el hospital de campaña. En el lugar se respiraba aire de derrota,

situación que las autoridades no querían aceptar, pero así, el número de muertos y heridos aumentaba a cada momento.

La relación de Raffaella con Leonardo continuaba con normalidad. Los enamorados repitieron sus encuentros amorosos cada vez que pudieron. En esos momentos la pasión se apoderaba de la razón y Raffaella no se atrevía a hacer demasiadas preguntas y, si las hacía, él la silenciaba con sus cálidos besos. Luego la llenaba de promesas y siempre terminaban haciendo el amor como dos locos amantes ardientes, pero sin demasiada conversación.

Raffaella, a pesar de ser mayor, era muy poco experimentada en amores y no conocía demasiado sobre los hombres, cosa que él supo percibir desde el principio y usó a su favor, pero a ella algo le decía que no todo estaba bien. Mientras atendía a los heridos, pensaba, y así el fantasma de la duda se fue adueñando de sus noches de desvelo:

"No sé nada sobre la vida de Leonardo. Él no me cuenta y yo ya no pregunto. Me siento una tonta al no atreverme… Y no debería ser así porque no tiene nada de malo que yo quiera saber. En cuanto lo vea, insistiré nuevamente".

Cuando volvían a encontrarse, todos sus propósitos quedaban sin concretarse y nuevamente vivían su desenfrenado amor en silencio y así Raffaella continuaba con su sombra de dudas, tejiendo en su imaginación miles de historias posibles.

El 28 de abril de 1941, el conflicto concluyó con la caída de Kalamata en el Peloponeso, lo cual dejó a la Italia fascista con el sabor amargo de la derrota y pronto tuvieron que emprender la retirada. Lo que había quedado del ejército, con sus heridos y el cuerpo médico, estuvo en pocos días de regreso a su país.

El viaje había sido muy duro, pero ya estaba en su última etapa, y ellos cada vez más cerca de Milán. Todos se mostraban contentos de poder reencontrarse con sus familiares, pero Raffaella, que permanecía atenta, notó que Leonardo estaba muy nervioso y algo distante, sin demasiado entusiasmo por llegar a destino. Ya no hablaba de ningún proyecto y, cuando ella quiso saber cómo harían para verse en Milán, él respondió con evasivas seguidas de un largo silencio. Esa rara manera de actuar fue el último llamado de atención y, antes de llegar a destino, se atrevió y le dijo:

—Escúchame bien, amor, quiero que seas muy sincero conmigo, tan sincero que no te importe si me hieres.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él, e intentó continuar con sus excusas mientras agregaba—: ¿Por qué tanto misterio en tus palabras? Demos gracias a Dios porque estamos regresando con vida… Y si no, mira lo que sucedió con tu hermano. Ven aquí, más cerca de mí —dijo cerrando los ojos mientras la acercaba hacia él, pero al notar la frialdad de ella, preguntó—: ¿No me vas a dar unos besos de despedida, muñeca?

—Primero escúchame, por favor. Yo estoy muy agradecida a Dios de regresar sana y salva, pero ahora déjame hablar porque ya no puedo callar y quiero acabar de una buena vez con esta incertidumbre —y sin… saber si después de eso volverían a verse, le preguntó sin reparos—: ¿Tú eres libre? ¿O tienes una esposa esperando por ti?

Leonardo se sorprendió de que esa mujer tan tímida y recatada lo abordara de esa manera con una pregunta tan profunda, que él hubiese preferido no contestar nunca. Le soltó la mano, bajó su

mirada esquivando la de ella y suspiró profundamente; luego tomó coraje y respondió con la voz entrecortada:

—Mira… Bueno… Sí, tengo una esposa y un hijo esperando por mí en Milán. Perdóname, por favor —rogó inmediatamente, mientras intentaba abrazarla y, ante su rechazo y su cara de decepción, insistió—: Te ruego que me perdones por no decírtelo antes; lo intenté muchas veces, pero no pude hacerlo —y volvió a querer abrazarla, a lo que ella respondió:

—¡Déjame, por favor! Eres una basura de hombre. No esperaba tanta cobardía de tu parte. ¡Suéltame!

—No, querida, nada es como tú lo imaginas. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes. Yo me enamoré de ti, pero ahora el deber me llama.

Raffaella lo escuchó y no contestó nada; sintió cómo su mundo se caía a pedazos. Guardó cada una de sus palabras, y sus lágrimas comenzaron a rodar sin detenerse. Lo miró a los ojos unos segundos, luego tomó su bolso e impetuosamente comenzó a correr, escapando de ese hombre que tanto daño le había hecho a su corazón.

Leonardo la vio e intentó alcanzarla y corrió detrás de ella, pero de pronto se detuvo, recordó sus obligaciones y se quedó en su lugar, con la mirada perdida tras aquella mujer que le había dado todo, en momentos tan terribles y a la que a su manera él había amado.

Cuando la perdió de vista, suspiró con tristeza, sintiendo un nudo en la garganta. Tomó sus cosas y comenzó a caminar lentamente en sentido contrario, para dilatar así el momento de enfrentarse con la mirada dulce y cariñosa de su esposa.

Raffaella llegó a su casa con el peso de todo lo vivido en ese tiempo y además el dolor profundo del desamor. Igualmente, la recorrió entera, mirando cada rincón minuciosamente, como si fuese una extraña. Es que allí se encontró con su realidad, donde solo la rodeaba la soledad y el silencio absoluto, a lo cual había estado acostumbrada por tantos años. Sintió que a partir de entonces todo sería diferente, porque ella era otra mujer desde el momento en que había conocido el amor verdadero.

Todo estaba perfectamente limpio y ordenado, tal cual ella lo había dejado aquel día en que emprendió esa loca aventura de seguir a su hermano. Todo se lo debía a una amiga suya que cuidó día tras día esa casa, esperando que su dueña regresara. Corrió el cortinado de la cocina y vio que el patio estaba muy arreglado y las plantas florecidas; sonrió y pensó:

"Ninetta, Ninetta, cuánto tengo que agradecerte. Mañana mismo te daré la sorpresa de mi regreso".

Pasó por el pasillo y, al ver la cruz que había en la pared, suspiró y volvió a agradecer a Dios el haber podido regresar con vida, pero a pesar de eso se sentía muy triste y abatida; acababa de vivir la mayor desilusión que podría haber imaginado.

Fue hasta el baño, se metió bajo la ducha y dejó correr el agua por todo su cuerpo durante un rato largo, como queriendo de esa manera quitarse ese amor de la piel. Las gotas se mezclaron con sus lágrimas y de pronto se encontró gritando aquel nombre que tenía clavado en el pecho. Mientras repetía "Leonardo", una y otra vez, se preguntaba el porqué de tanta mentira. Sin encontrar respuesta, se dejó caer de rodillas, abrazándose a sí misma sin consuelo.

Fue hasta su habitación, se acercó a su cama y acarició las sábanas limpias y perfumadas. Su pensamiento se llenó de recuerdos de momentos apasionados que la perturbaron mucho, pero el dolor por el engaño era más fuerte que todo. Igualmente, haciendo honor a su gran fortaleza, se esforzó por recuperarse; sabía que no sería fácil, pero que al fin lo lograría.

Se acostó y demoró mucho en conciliar el sueño. Solo con la madrugada logró descansar un poco.

En cuanto despertó, recordó lo que tenía planeado desde que supo que volvería y de ese modo se levantó un poco más entusiasmada. Desayunó, se arregló y salió rápidamente rumbo al convento María Auxiliadora en busca de su sobrina Catalina.

Capítulo 17

Sor Encarnación de la Cruz era la directora del convento de clausura María Auxiliadora y, como tal, periódicamente llevaba el control del correcto funcionamiento del mismo.

Apenas había comenzado el día cuando se encontraba instalada en su despacho, perdida entre papeles y de muy mal humor porque detestaba hacer esa tarea, para la cual varias de las internas la asistían, entre ellas Catalina Vannicelli.

—Catalina, ve a prepararme algo para desayunar —y antes de que reaccione, apuró—: Rápido, mujer, que llevo tiempo aquí y no he comido nada.

—Sí, madre, enseguida se lo traigo —contestó ella, que a esa altura de los acontecimientos ya había aprendido que obedecer era lo más conveniente, sin dejar de estar atenta a cualquier oportunidad que pudiera aparecer para escapar de allí, pero que cada vez consideraba más imposible.

En cuanto se retiró a la cocina, golpearon a la puerta y la directora en persona fue la que atendió, diciendo desde adentro, disgustada:

—¡Ya va! ¡Ya va! Espere un momento —entretanto se preguntaba por lo bajo—: ¿Quién vendrá a molestar, justo en este momento que

estoy tan ocupada? —Luego se acercó a la puerta y preguntó—: ¿Qué es lo que anda buscando en este lugar?

—Buenos días. Necesito que me reciba para hablar con usted de algo muy confidencial —expresó Raffaella a través de la pequeña abertura.

—Por razones obvias no la puedo hacer pasar. Dígame pronto de qué se trata.

—Vengo por mi sobrina que está aquí desde hace un tiempo por un grave error.

—¿De quién me habla, mujer? Si ni siquiera se ha presentado.

—Perdón, soy Raffaella Vannicelli y Catalina Vannicelli es mi sobrina.

—¿Y de qué error me habla? —preguntó la religiosa por lo bajo mientras miraba a su alrededor.

—Mi hermano antes de morir me confesó que la había encerrado aquí por venganza. Si me permite, le puedo explicar todo.

—Mire, no sé de qué me habla —dijo sin dudar al mentir—. De todos modos, la tal Catalina hace mucho tiempo que se fue de esta casa.

—¿Cómo que se fue?

—Sí, así es. Un buen día decidió irse, sabrá Dios por qué —respondió muy nerviosa, apurándose por despedir a la mujer antes de que la chica llegara.

—No puedo creer lo que me dice —comentó desesperada Raffaella e inmediatamente preguntó—: ¿Adónde se habrá ido?

—Eso no lo sabemos, así que lo lamento, pero debo seguir con mis cosas, que, a propósito de eso, estoy muy retrasada.

—Discúlpeme, esto será lo último que le pregunte —le dijo muy afligida—: ¿Usted no sabe dónde puede estar la hija de Catalina?

—Mire, eso de la hija es una gran mentira de la chica. Ella fabulaba bastante con eso porque era muy manipuladora. Yo nunca le creí.

—No, madre. Créame, por favor. Mi sobrina tiene una niña; se lo juro.

—Bueno, yo lo lamento, señora, pero eso ahora no es algo de mi interés. Ella pidió irse y se le concedió el permiso, pero nosotros no sabemos nada de su paradero, así que me temo que usted ya no tiene nada que hacer acá —finalizó nerviosa, viendo que desde lejos venía hacia ella la propia Catalina con la bandeja en la mano.

Raffaella, muy desilusionada con la noticia y ante el trato tan cortante de la mujer, saludó y se retiró, lamentando en lo más profundo no haber llegado a tiempo para rescatar a Catalina.

Otra de las internas que estaba por ahí alcanzó a escuchar todo mientras limpiaba el escritorio; sorprendida, se retiró para no ser vista y siguió con su trabajo en silencio hasta que encontró la oportunidad de acercarse a Catalina. Le indicó un lugar seguro para reunirse con ella y, pidiéndole total discreción, le contó lo sucedido.

Catalina tomó la noticia con mucha indignación. Se acababa de enterar de que su padre había muerto luego de dejarla en ese lugar tan solo por venganza. Además, no podía entender que esa servidora de Dios que tanto proclamaba el amor a él le volviera a negar la oportunidad de poder salir e ir en busca de su hijita. Tuvo que callar para evitar ser castigada junto con su compañera. A partir de ese momento su indignación se fue acentuando y no hizo otra cosa más que pensar nuevamente en cómo salir de ahí. Escapar de

ese lugar que para ella era una trampa se volvió una obsesión y, en cuanto tenía oportunidad, revisaba minuciosamente cada rincón sin encontrar ninguna chance de hacerlo. Pero no se daba por vencida y continuaba recorriendo cada día el inmenso parque.

Luego de un tiempo, una tarde, en una de sus recorridas, se acercó a la tapia y encontró sobre una piedra las pertenencias que había dejado uno de los albañiles que trabajaba en el lugar en horarios donde las internas estaban dentro del convento. Sin pensarlo demasiado, tomó la muda de ropa sucia de pintura y revoque y se encerró en el baño. Se sacó rápidamente el hábito, lo guardó en uno de los baldes del hombre y se puso el pantalón y la chaqueta gris. Se recogió el cabello y se colocó la gorra, tratando de cubrirse la cara. Tomó un balde con cada mano y se encaminó hacia la salida, mientras rezaba y rogaba a Dios que nadie la detuviera. Al llegar al gran portón, buscó la llave que desde hacía un par de días había descubierto dónde se encontraba y lo abrió. En ese momento se escuchó desde el escritorio una voz que hizo que sus piernas temblaran:

—Señor, señor, escúcheme —dijo la directora, escondiendo su rostro como era la costumbre.

—Sí —contestó Catalina por lo bajo, deformando su voz y sin darse vuelta.

—Si va a entrar enseguida, no cierre el portón, por favor. Gracias —y continuó con lo suyo sin advertir que el supuesto albañil no le había contestado.

Así, por fin, luego de tanto tiempo, Catalina logró burlar la vigilancia de la directora y escapar de ese lugar donde había sufrido tanto horror.

Corrió sin descanso hasta encontrarse lo suficientemente alejada del convento. Luego se detuvo un segundo para tomar aire y fuerzas para continuar. Siguió con paso muy rápido rumbo a la estación de ferrocarril y al llegar vio que estaba a punto de partir el tren con destino a Milán. Fue rápido hasta el baño, donde tomó su ropa de novicia y se cambió y abandonó las del albañil junto con los baldes.

En ese momento se dio cuenta de que no llevaba dinero para el pasaje, pero tomó coraje, se acercó a la ventanilla y le explicó al empleado que había perdido su billetera. El joven no dudó ni un segundo de la palabra de una monja y la invitó a subir al tren de manera gratuita. Ella agradeció y se retiró esperando emprender ese viaje que renovaba sus ilusiones. Recién entonces pudo respirar profundamente con algo de alivio, aunque no dejaba de temblar. Las emociones la invadían sin saber cómo sería su vida en adelante y se repetía una y otra vez: "¡Por fin estoy fuera!".

Sentía que finalmente había roto las cadenas de ese encierro injusto, que la había llevado a vivir años de experiencias difíciles y dolorosas, pero estaba orgullosa de sí misma por haber podido soportar y por concretar en esa huida sus anhelos reprimidos de libertad. Lo único que tenía claro en ese momento era que había hecho todo por Alma.

Capítulo 18

El rugido del tren despertaba a una estación dormida y un susurro de vapor y humo se elevaba al cielo formando un telón de niebla. El silbato sonaba como un lamento melancólico, anunciando así la inminente partida del monstruo de acero. Una figura se destacaba en medio de la gente que se movía indiferente; se trataba de Catalina Vannicelli, que, con su paso apresurado, el corazón latiéndole muy fuerte y el alma en vilo, corría entre tantas caras anónimas. Elevó sus ojos hacia lo alto y detuvo su mirada en un gran reloj que le jugaba en contra del tiempo en fuga y la hacía sentir como un ladrón que escapaba de la justicia.

La gente comenzó a amontonarse en el andén y dificultó el paso. Catalina se desesperó al ver que las ruedas comenzaban a moverse lentamente sobre los rieles, y sintió que, si no lograba subir, ese tren podría llevarse su carga de sueños y esperanzas. Un salto, un golpe, se estiró, se agarró y por fin se subió al último vagón, elevándose así hacia su libertad.

El tren fue moviéndose cada vez más rápido; Catalina se sentó junto a la ventanilla y se asomó para disfrutar del paisaje. En el momento en que la formación comenzaba a trepar la colina, pudo ver desde lo alto y a lo lejos el predio del convento María Auxiliadora. Su corazón comenzó a latir sin cesar, los malos

recuerdos la fueron invadiendo y la vista se le nubló. Apretó sus manos y sus dientes y pidió fuerzas a Dios para poder dejar atrás para siempre aquella tortura que había sido su vida en ese lugar.

El viaje se estaba haciendo eterno. Se sentía muy abrumada ante el mundo exterior, luego de tan largo aislamiento. Por momentos le costaba creer que era libre. Cada cara que pasaba a su lado la sorprendía y la llenaba de miedo, pero nada de eso podía contra la emoción que embargaba a su corazón, sabiendo que, al llegar a Milán, iría rápidamente en busca de su hijita. Imaginó de mil maneras el instante del encuentro, y de apretar fuerte en sus brazos a su hija amada, para no soltarla nunca más.

En menos de una hora el tren se detuvo en el andén de Milán. Catalina se levantó de su asiento y bajó rápidamente, escurriéndose entre la gente que trataba de descender. Cuando estuvo en la calle, comenzó a correr con premura, sabiendo que tendría que hacerlo por decenas de cuadras, pero la emoción y el deseo de ver a su hija no le permitían detenerse.

Así, su alocada carrera la fue llevando a su objetivo, a pesar de tener que hacer varias escalas de descanso cuando sus fuerzas la iban abandonando. Mientras avanzaba, pensaba:

"Hija querida, ya falta poco para tenerte en mis brazos. Te juro que nunca más podrán separarme de ti; quien deseaba hacerlo ya no será un peligro, así que viviremos felices junto con Alessandro…".

Cuando pronunció ese nombre, tomó conciencia del tiempo que había transcurrido y se dijo a sí misma:

"Alessandro, amor mío, deseo pensar que aún me amas y que me estarás esperando, pero si no es así… ¿Qué voy a hacer?".

Dejó inconclusa su pregunta, prefirió no pensar más y continuar su camino, que cada vez era más lento, ya que se sentía muy agotada. Faltaba solo una cuadra para llegar; se detuvo, acomodó su ropa y en ese momento recordó que estaba vestida de monja, sintiendo esos atuendos casi como un disfraz, ya que nunca había tenido ni el más mínimo deseo de pertenecer a la congregación. Su corazón comenzó a latir muy fuerte y sus pies parecían no moverse, lo que hacía interminables los últimos metros hasta llegar a la casa. Cuando estuvo frente a la puerta, golpeó y, como nadie la atendía, insistió con todas sus fuerzas, sin obtener resultado alguno. Corrió hasta una ventana que tenía algo corrida la cortina y dejaba ver el interior y se asomó. Al ver la sala con todos los muebles cubiertos con telas blancas, se desesperó y continuó golpeando con más insistencia a la vez que gritaba:

—¡Alessandro, ábreme, por favor! Sabina, ábrame, quiero ver a mi hija.

Nunca recibió respuesta; desesperada, se puso a llorar. Luego cayó de rodillas sintiéndose desfallecer. Respiró profundamente una y otra vez hasta reponerse, se levantó e intentó abrir, pero se convenció de que ellos ya no vivían allí. Sus fuerzas la abandonaron y se dejó caer nuevamente. En ese momento, alertada por los gritos, se acercó una vecina de la vereda de enfrente y, al ver que se trataba de Catalina y estaba vestida de monja, no supo qué pensar. Rápidamente la ayudó a levantarse, le dijo que en la casa ya no vivía nadie y la invitó a que pasara a la suya, se sentara cómoda y le contara lo sucedido.

Así lo hizo, y ante la sorpresa y compasión de la vecina, contó con algunos detalles su trágico destino e inmediatamente le dijo:

—Marta, dígame, por favor… ¿Adónde se han ido? —desesperándose ante el rostro angustiado que mostraba la mujer por lo que tenía que responderle.

—Catalina, querida. No sé cómo decírtelo…

—Contésteme, por favor —insistió llorando.

—Se han ido hace un tiempo a Argentina, pero no han dejado su dirección —se apuró la mujer a responder antes de no poder hacerlo.

—Nooo… ¿Y mi hijita dónde está?

—La llevaron con ellos.

—No… No puede ser. ¿Dónde la voy a encontrar?

—No lo sé. Nadie sabe exactamente dónde están. Solo se despidieron diciendo que se instalarían en Buenos Aires.

—Pero, ¿dónde los voy a buscar? Buenos Aires debe ser muy grande —decía Catalina casi sin poder respirar.

—Te repito, no lo sé. Lo único que puedo hacer por ti es ofrecerte mi casa para que te alojes hasta tanto sepas qué hacer.

—Gracias, Marta, muchas gracias. Voy a aceptarlo hasta que pueda encontrar a mi tía que vive aquí en Milán. Su dirección la tengo grabada en mi mente. Veré si ella puede ayudarme.

—Bueno, querida, te prepararé una habitación para que te pongas cómoda y puedas pensar bien qué hacer de ahora en adelante —y antes de retirarse agregó—: Ah… Y te buscaré alguna ropa para que dejes de parecerte a una monja.

—Gracias, gracias.

Efectivamente, al día siguiente, ya descansada y arreglada, se despidió de su vecina Marta y se dirigió rumbo a la casa de su tía Raffaella.

Cuando esta la vio, sintió una gran alegría y así se lo demostró:

—Catalina, mi sobrina querida. ¡Qué alegría me da verte! ¿Cómo has llegado hasta aquí? Pasa, pasa, por favor.

—Ya te contaré todo, tía. Supe que mi padre murió y que fuiste a rescatarme y me negaron.

—¿Estabas ahí? Me dijeron que te habías ido hacía un tiempo.

—Sí, yo sé todo porque una compañera mía escuchó tu conversación con la madre superiora.

—No te puedo creer. Cuánta maldad has sufrido en esta vida, mi querida. Y dime… Tu hijita, ¿dónde está?

Catalina no pudo contestar; el llanto la superó y no salieron sus palabras. Raffaella la abrazó con mucho cariño y la fue haciendo pasar. Luego de que se repusiera de tanto llanto y ya ubicada en un sillón junto a su tía, fue contándole con todos los detalles lo que había vivido desde aquel día que debían encontrarse en la estación de trenes.

Raffaella la consoló con sus palabras y dejó una gran esperanza en su corazón:

—Catalina querida, yo te voy a ayudar a buscar a tu hija. Te lo prometo.

—Gracias, tía, pero no sé de qué manera podrás hacerlo.

—Yo tampoco lo sé, pero te juro que encontraremos la forma. —Y volviendo a abrazarla, agregó—: Déjame ayudarte, por favor. Ya que tu hermana Sofía me rechazó, déjame estar cerca de ti.

—¿Qué pasó con Sofía? Cuéntame.

—Fui a Codevilla para tratar de convencerla de que se viniera a vivir conmigo, pero su abuela me dijo que ella no quería verme.

Insistí al día siguiente, pero recibí la misma respuesta, así que me vine muy triste y con las manos vacías.

—Cuánto lo siento, a ella también la extraño mucho, pero me consuela saber que está muy bien cuidada por nuestros abuelos. Algún día iré por ella también. Por ahora, la prioridad es encontrar a mi hija.

Catalina agachó la cabeza para esconder sus lágrimas que no paraban de rodar. Su tía la vio y se retiró para dejarla tranquila, inmersa en sus pensamientos.

"No puedo entender nuestro destino. ¡Cómo se esfumó nuestra familia! Por un lado, estoy yo, que cometí un gran error, pero del cual no me arrepiento porque si no nunca hubiera nacido Alma; por otro, mi padre, que enloqueció por eso, y mi madre, que no soportó tanto dolor. Y Sofía, tan pequeña, que se refugió en los abuelos. La pobrecita seguramente quiere dejarnos atrás para poder olvidar".

La tía esperó que Catalina se calmara y luego se le acercó con una gran sorpresa:

—Mira lo que tengo acá, querida sobrina —dijo mientras abría una caja y le mostraba todos los ahorros de su vida, que no eran pocos.

—Tía… ¿Y todo ese dinero?

—Este es el fruto de tantos años de trabajo y sacrificio —y antes de que la chica pudiera reaccionar, le comunicó—: Este dinero, más el que recaudemos por la venta de esta casa, será el que nos lleve a buscar a tu hija. Viajaremos a Argentina, nos instalaremos en Buenos Aires y allí veremos de qué manera buscarla. En algún lado encontraremos un hilo que nos lleve hasta ella.

—No me explico cómo podremos hacerlo, pero al menos estaremos más cerca de ella. Te juro, tía, que, hasta mi último aliento, la buscaré por cada rincón de Buenos Aires.

—Eso quería escuchar, mujer.

—Gracias, tía querida.

—No me agradezcas. Estoy muy feliz de saber que mi dinero servirá para ese fin.

—Toda mi vida te lo voy a agradecer y te juro que trabajaré y te devolveré hasta el último céntimo —dijo Catalina mientras abrazaba a Raffaella, llorando.

—Déjate de tonterías y comencemos hoy mismo con los trámites necesarios para viajar.

—Claro que sí. Ven y siéntate a mi lado, que comenzaremos ya a planificar.

Así lo hicieron. Eran muchas las cosas que debían ir resolviendo, pero eso las mantuvo entusiasmadas. Inmersa en esa tarea, el rostro de Catalina fue cambiando, de un viejo gesto de tristeza instalado desde hacía tanto tiempo, a un gesto de ilusión y esperanza que se manifestaba con una dulce sonrisa que tímidamente volvía a brillar.

Lo que más les llevaría tiempo sería la venta de la casa, pero era requisito necesario para poder reunir el dinero. Mientras se concretaban los planes, Catalina pensó que tenía el tiempo suficiente para viajar a Codevilla y tratar de convencer a su hermana Sofía de que dejara a sus abuelos y la siguiera a ella. Así lo hizo y sus abuelos, que ni siquiera le dieron un saludo, solamente la dejaron hablar con ella en presencia de ellos.

Sofía vio desde afuera a Catalina y su corazón dio un vuelco de alegría. Tanto tiempo sin ella y por fin la tenía tan cerca. La vigilancia de su abuela que permanecía parada a un costado de la mesa la intimidó e hizo que el abrazo no fuera tan efusivo como lo sentía, pero igualmente, al acercar sus cuerpos, sintieron ese calor familiar tan anhelado y rompieron en llanto.

Catalina la invitó a caminar para poder conversar tranquilas, pero fue el abuelo quien, desde el comedor, dijo duramente que Sofía de allí no se movía. Catalina los disculpó a pesar de todo y se despidió, mientras en su mente imaginaba una manera de verse con ella y llevarlo a cabo..

Catalina se había alojado en casa de una antigua amiga y pasó tres días allí, de modo que cada tarde esperó a su hermanita a la salida del colegio y pasearon un rato por el pueblo, se contaron todos sus pesares y volvían siempre a lo mismo, hasta que en el último encuentro la propuesta fue directa e insistente:

—Sofía, debes venir conmigo a Argentina. Eres mi hermana querida y no quiero tenerte tan lejos.

—Es que… ellos son como mis padres, me cuidan tanto que tú no te lo puedes imaginar.

—Lo sé y se los agradeceré siempre, pero yo quiero tenerte conmigo.

—Es que tú no entiendes. Ellos viven pendientes de mí, de lo que yo necesite y me llenan de amor. Los abuelos llenaron un vacío muy grande en mi vida y yo los quiero tanto como quise a mamá y a papá —dijo y se echó a sus brazos a desahogar el llanto.

Catalina la consoló como pudo porque lloraba ella también y entre lágrimas insistía:

—Lo sé perfectamente y lo veo en la señorita buena y hermosa que te has convertido gracias a ellos, pero yo te necesito conmigo, entiéndelo, por favor.

—Lo siento, Catalina, pero no puedo hacerlo. Dejarlos ahora sería como matarlos en vida —contestó Sofía en medio de un sollozo.

Catalina la abrazó fuerte y con mucha dulzura la tuvo pegada a sí por largo rato, diciéndole al oído:

—Ya no llores, mi princesa. Entiendo muy bien que te quedes con los abuelos. Ellos te aman y estarás muy bien. —Luego la separó un poco y, mirándola a los ojos, le ofreció con mucha esperanza— : Cuando seas más grande, si quieres, puedes venir a vivir conmigo. Yo siempre te estaré esperando. Ahora debo irme porque pronto partiremos con la tía Raffaella. Tengo que encontrar a mi hija.

—Así será, Catalina. Gracias por comprenderme. Te deseo lo mejor en esa búsqueda y no olvides escribirme.

—Gracias por tus deseos. Despídeme, por favor, de los abuelos, aunque ellos me desprecien; no sé cómo hacerles entender que soy inocente de todo. Diles que, aunque no quisieron que hablemos, yo los quiero y rezaré siempre por su salud.

—¡Arrivederci, Catalina! —dijo Sofía abrazando fuerte a su hermana, mientras esta le decía sin mirarla a los ojos:

—¡Arrivederci! Hasta pronto. Te adoro, hermanita.

Luego de caminar unas cuantas cuadras, Catalina apuró su paso, pues comenzaba a sentir los sonidos del tren. Llegó al andén y vio que ya estaba vacío; corrió, subió y se sentó; al mirar por la ventanilla, vio cómo dejaba atrás a ese pueblo donde había vivido tantas cosas, lloró muy compungida; es que en realidad dejaba atrás

a su familia, esa que se había esfumado como el vapor del tren que se iba mezclando con las nubes.

Capítulo 19

Los días de Alessandro en Argentina transcurrían todos iguales. Desde muy temprano trabajaba sin cesar en el molino harinero, llevando a cabo una tarea sistemática que requería de mucha concentración, lo que lo mantenía así alejado de los pensamientos tristes que insistían en volver a su mente una y otra vez. Cuando terminaba la jornada, llegaba a la casa donde lo aguardaban ansiosas su madre y la pequeña Alma, con quien jugaba y se comportaba como un verdadero padre.

Los fines de semana los dedicaba a descansar, hacer cosas en la casa y, el sábado por la noche, se ponía su mejor ropa y salía a pasear por las calles de la gran ciudad, que lo tenía maravillado.

Luego de detenerse en cada sitio que llamaba su atención, terminaba la noche solitario, en bares, bebiendo unas copas y disfrutando de algún espectáculo. El camino de regreso, por lo general, lo hacía lentamente, y elegía el recorrido más largo, para aplazar así la agonía encubierta de la soledad que lo carcomía. En cuanto encontraba algún banco de plaza desocupado, se sentaba por largos ratos antes de volver. Allí trataba de distenderse, levantaba su vista y disfrutaba del momento observando la luna y las estrellas.

En una de esas oportunidades, miró a su alrededor y vio a una pareja expresándose su amor con besos fogosos. Detuvo su mirada en ellos y su pensamiento se desató, siempre con el mismo destino:

"Catalina, amor mío. ¿Dónde estarás? Es terrible no saber qué habrá sido de ti. Tengo en mi cabeza una gran confusión. Ya no sé si llorarte porque algo te ha sucedido o sentir rencor por tu abandono. Es terrible vivir en esta dicotomía agónica".

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras, porque sobre todas las cosas, él sabía que Catalina era una gran madre y que jamás hubiese dejado a su hijita. Llevó sus manos al rostro y apretó sus dientes, mientras se repetía culposo:

"Perdóname, amor mío, por lo que acabo de pensar; es que estoy tan desesperado que a veces me traiciona mi propio razonamiento. No soporto más esta situación. Es muy triste lo que nos ha ocurrido".

No pudo evitar que su llanto desconsolado aflorara y trató de ocultarse de los transeúntes. Los sonidos nocturnos no alteraron su silencio interior y de a poco se fue calmando. Luego de un tiempo que no pudo contabilizar, se puso de pie sintiendo un gran desahogo. Comenzó a andar, y advirtió en él un cambio que lo hacía sentir muy raro. Sorprendido por su estado, retomó el camino de regreso. Sus pensamientos comenzaron a ser más positivos y así fue prometiéndose a sí mismo hacer un esfuerzo sobrehumano por olvidar y para eso entendió que debía comenzar a poner su mirada en las mujeres que lo rodeaban, esas que hasta entonces fueran totalmente ignoradas por él. No sería fácil dejar de pensar en Catalina, pero al menos estaba convencido de que debía intentarlo.

A partir de entonces todo cambió. Se compró ropa más elegante y sus salidas sabatinas cambiaron. Ya no se detenía en cualquier bar, sino que buscaba lugares distintos, donde además de ver un espectáculo se bailara, para poder elegir para ello a una compañera entre las damas presentes.

Así fue como pronto comenzó a relacionarse con otro tipo de gente, alegre y divertida, que buscaba el placer en la diversión. Conoció a mujeres jóvenes y hermosas que lo hicieron disfrutar de momentos increíbles, pero en nada se parecían a aquellos vividos con Catalina, su gran amor. De este modo, en lugar de olvidarla, se acentuaba un gran vacío en él y la recordaba más. En cada beso y en cada caricia, la figura, la voz y hasta el aroma de la piel de Catalina se hacían presentes en su mente:

"Nadie como tú se entrega y me ama tanto, nadie como tú, Catalina de mi corazón. Te necesito de una manera loca, pero ni siquiera puedo pensarte en algún lugar porque no sé dónde estás".

Una noche, se encontraba en la cama fumando un cigarro, luego de haber satisfecho sus instintos naturales con Alicia, una dama que había conocido hacía un tiempo. De pronto la miró mientras se retocaba la pintura de sus carnosos labios, recorrió con la mirada por entero su cuerpo desnudo y admiró su belleza. Se trataba de una chica muy bonita, de cabello castaño, largo hasta la cintura y brillantes ojos claros como el cielo, dueña de una sonrisa cautivadora, pícara y atrapante. Ella se sintió observada y no dudó en preguntar:

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres muy bella.

—Pero… tu mirada es muy rara; tus ojos están clavados en mí, pero te noto totalmente ausente.

—Puede ser, pero eso a ti no debe interesarte.

—Es que… todo de ti me interesa —respondió ella mientras volvía a la cama en busca de más placer.

—Desde que nos conocimos te he dicho que no esperes nada de mí, porque yo estoy vacío por dentro.

—Ya lo sé, pero me gustas mucho y tengo la esperanza de que eso cambie un día y llegues a amarme.

—No quiero que te ilusiones porque dudo mucho de que eso suceda —y abrazándola, continuó—: Perdóname, pero lo que tienes hoy de mí es todo lo que puedo ofrecerte. Y ahora dejémonos de charlas. Recuéstate y disfrutemos de lo que nos gusta a los dos.

La chica sonrió y, al acercarse, cubrió con su abundante cabellera el pecho masculino, mientras con la boca recorría suavemente ese cuerpo que tanto la atraía, despertando de esa manera en él nuevamente su naturaleza viril.

Alessandro estiró la mano y apagó la luz para poder imaginar así que se entregaba a Catalina. Recordó el sabor de sus labios, sus pechos turgentes y hasta el aroma tan particular de su tersa piel. Ardiente, con la respiración agitada, continuó pensando en ella mientras deslizaba sus dedos por la espalda de Alicia y aprisionaba su cintura para sostenerse y acompasar sus movimientos, los que fueron cada vez más intensos hasta llegar al punto culmine del placer. Inmediatamente reaccionó y sintió en todo su cuerpo el mismo vacío que antes. Acababa de hacer el amor con una mujer, pero había imaginado a otra.

Descansaron uno al lado del otro. Alessandro quedó abstraído, sumido en un silencio total. Una lágrima intrusa corrió por su rostro y la secó con disimulo. Sintió pena por Alicia y por él mismo, al no poder dejar de pensar que nadie como Catalina gozaba en sus brazos y que nadie como ella desnuda en su cama se entregaba y lo amaba. Sintió angustia por la desgracia de haberla perdido y por no poder saber qué había sido de ella.

Alicia prendió la luz y lo notó tan triste que no supo qué pensar. Lo acarició con delicadeza en silencio; él le tomó la mano y la besó con ternura. Luego, intentando sonreír, le dijo:

—Perdóname, mi querida. Quisiera tanto poder quererte de otra manera —y luego de un largo suspiro, agregó—: No te imaginas lo que daría por borrar de mi cabeza el pasado.

—Cuéntame, por favor, qué es lo que te impide quererme.

—¡No, por ahora de eso prefiero no hablar! Es todo muy confuso. No sé qué decirte, Alicia, pero… te repito que yo no quiero engañarte con falsas promesas.

—Ahora despreocúpate de eso y disfrutemos de todo lo lindo que estamos viviendo —finalizó la chica, mientras volvía a sus brazos y lo besaba apasionadamente una y otra vez.

—Bueno, bueno, linda, dejemos algo para otro día o de lo contrario mañana no podré ni levantarme —sugirió sonriente y se sintió satisfecho de los juegos del amor.

—Ese no sería un problema porque mañana es domingo y no debes ir a trabajar.

—Sí, es verdad, pero los domingos hay una personita muy importante en mi vida, que espera ansiosa este día para salir a pasear conmigo.

—¿Quién es ella? ¿Cómo se llama? —preguntó Alicia mientras se incorporaba y cambiaba de repente su expresión.

—Se llama Alma y es muy muy bella —contestó Alessandro riendo con picardía, satisfecho por haber despertado celos en Alicia.

—No sé de qué te ríes. Nunca me habías dicho que tuvieras novia.

—Es que no tengo novia, tontita —rio.

—Y entonces… ¿Quién es Alma?

—Alma es mi hija. Una hija hermosa que recibí de manos del destino y hoy vive conmigo y mi madre.

—Ah… perdóname, pero ahora sí que no entiendo nada —dijo Alicia muy confundida.

—Mira, ella es la hija de una mujer que un día fue mi gran amor y hoy ya no está.

—Pero, entonces, dime…

—Shhhh… calla, por favor —rogó Alessandro poniendo sus dedos con toda delicadeza sobre los labios de ella—. Ya no preguntes nada. Hoy no. Aún duele mucho para hablar del tema. Tal vez, si tú soportas mis estados de ánimo y lo nuestro prospera, algún día te contaré toda la historia de mi vida.

—Bueno, yo sabré tener paciencia porque he aprendido a quererte y seguramente estaré a tu lado para cuando decidas hablar y desahogarte. ¿Quién te dice que llegue un día en que ya no puedas vivir sin mí?

—No sé, tal vez sea así, pero tú ya sabes que yo no puedo prometerte nada. ¿Lo comprendes?

—Sí, claro —respondió disimulando su malestar y finalizó—: Desde hoy estaré contando los días hasta el próximo sábado para

volver a vernos.

Alessandro la escuchó y ya no le contestó nada. Se vistió pensativo mientras Alicia hacía lo propio y, sin mediar palabras, abandonaron la habitación de hotel que los había albergado.

Capítulo 20

Alessandro disfrutaba mucho de ver crecer a Alma. Compartía con ella el mayor tiempo posible. La quería y la cuidaba como un verdadero padre y se sentía orgulloso por eso y muy agradecido a su madre, por ayudarlo tanto en esa tarea.

La niña era encantadora y adoraba a su padre. Cuando lo besaba y lo colmaba de abrazos, le hacía sentir una felicidad extrema, pero, aunque no quisiera reconocerlo, había algo que lo inquietaba: la documentación de la pequeña. Él bien sabía que no estaba totalmente en regla y no encontraba la forma de resolverlo.

Esto nunca lo comentó con su madre para no alarmarla, pero últimamente, la preocupación lo acechaba cada día más, y pensaba en cuando llegara el momento de comenzar el colegio. De tanto en tanto, tomaba esos papeles, los leía y los releía, buscando alguna palabra que lo tranquilizara, pero no la encontraba. Luego se conformaba pensando que, llegado el momento, alguna forma encontraría para demostrar que la madre de la niña estaba desaparecida, pero que ella misma, por voluntad propia, deseaba que llevara el apellido Malatesta.

Alessandro continuó con su vida sin poder imaginar siquiera lo que estaba ocurriendo en Milán con Catalina. Desconocía que cada día que pasaba era para ella una verdadera tortura, y esperaba

desesperadamente que su tía vendiera la casa para poder viajar a Argentina.

Una tarde, Catalina, luego de trabajar todo el día en el puesto que su tía le había conseguido en el hospital donde había trabajado ella, se encontraba sentada en la galería bajo un alero porque había comenzado a llover. La tormenta se hacía cada vez más intensa, pero ella igualmente seguía en ese lugar, porque necesitaba despejar su mente. Las gotas de lluvia comenzaban a salpicar su rostro y un enorme vacío se había apoderado de todo su ser, pero igualmente estaba decidida a no bajar nunca los brazos. En ese momento pensó:

"Ansío tanto que podamos viajar a Buenos Aires… Sé que un día se va a cumplir ese sueño, pero… después, ¿qué? ¿Qué va a pasar cuando estemos allá? ¿Por dónde empezaré a buscarlos? Dios mío, ilumíname, por favor".

En ese momento, un rayo lejano cubrió con su claridad todo el patio. Ella lo tomó como una respuesta divina y sonrió. Luego se tapó los oídos esperando el sonido del trueno que se avecinaba, convencida de que, a pesar de lo difícil que sería la búsqueda, Dios no la abandonaría jamás.

Entretanto, Alessandro seguía teniendo sus citas amorosas con Alicia y así la relación entre ellos iba creciendo, a pesar de los intentos de él de ir con cautela. Ella, con sus actitudes, iba conquistando de a poco ese corazón vacío que se negaba a enamorarse y cada vez se atrevía a más.

—¿Cuándo voy a conocer a tu familia? —preguntó sin rodeos, lo cual sorprendió a Alessandro, que no supo qué responder, lo que

irritó a la chica con su silencio, de modo que se puso de pie del banco de plaza y comenzó a caminar sin despedirse.

—Espera, Alicia. Vuelve acá. Siéntate y conversemos tranquilos. ¿Adónde crees que vas sola a estas horas? —Y como no recibía respuesta, corrió tras ella, se paró delante y la abrazó, tratando de calmar su enojo.

—Déjame, hoy me he convencido de que no te importo demasiado.

—No digas eso. Me importas y mucho.

—Lo dices, pero no lo demuestras. ¿Te parece bien que llevemos cuatro meses viéndonos y yo aún no conozca a tu hija? —Pregunta que lo dejó perplejo y a la cual trató de responder con la mayor sinceridad y sin herir a esa mujer que intentaba tener una relación más seria de lo que él deseaba.

—No pienses así, yo te adelanté con sinceridad desde el principio que en cuestiones del corazón no tenía mucho para ofrecerte.

—Es verdad, pero tú me confundes porque cuando estamos juntos eres tan dulce y me dices tantas cosas hermosas, que yo al final me ilusiono —dijo y, ocultando la mirada, reconoció por lo bajo que él tenía razón y solo atinó a disculparse—. Perdóname, por favor. Soy una tonta por haberme hecho ilusiones contigo. Ahora acompáñame a mi casa y no me busques más. Intentaré vivir sin ti.

En ese momento, Alessandro sintió mucho miedo de perderla y volvió a abrazarla, pero esta vez le agregó caricias y dulces besos. Ella aceptó con agrado esas demostraciones porque deseaba conquistarlo de una vez por todas, pero igualmente continuó con la inseguridad que esa relación le provocaba.

El deseo los fue envolviendo y, sin mediar palabras, se encaminaron hacia un frondoso fresno, cuyas ramas llegaban en partes a tocar el suelo, y allí se refugiaron, cubriéndose de la vista de las pocas personas que transitaban por ahí en la madrugada.

Alessandro, apresurado, desabrochó la ropa de Alicia y también la suya, descubriendo en partes el cuerpo de ambos. Se besaron como locos desesperados sin importarles nada y sus manos se atrevieron a ir cada vez más lejos, sintiendo un calor que los envolvía por completo, aceleraba los latidos del corazón y los incitaba a las más atrevidas declaraciones. Atrapados por la pasión irracional del momento, de pie y escondidos del mundo, acompañados solo por el deseo ardiente que los asistía, hicieron el amor de manera desenfrenada.

Pasado el momento, no podían creer lo que acababan de hacer. Cuando recuperaron la cordura, consideraron una locura no haber tenido reparos de la gente que pudiera haber andado por allí, pero nadie podía quitarles lo vivido. De ese modo, todo ya había pasado y solo quedaban en ellos los restos de tanta lujuria.

Alessandro miró a Alicia mientras ella se acomodaba la ropa y se retocaba el peinado. Instintivamente la tomó de la cintura, la besó y le dijo:

—Mañana domingo, vendrás a almorzar a casa y conocerás a mi madre y a mi hija.

—¿Estás seguro de lo que me dices? ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó sorprendida.

—Los deseos y la pasión que provocas en mí no pueden ser otra cosa más que amor, hermosa Alicia.

—Me hace muy feliz que por fin te des cuenta de que me amas.

Alessandro escuchó esas palabras y un frío le corrió por el cuerpo. Sintió que era demasiado pensar que la amaba y solo le respondió con una sonrisa, la abrazó muy fuerte y por lo bajo le rogó:

—Por favor, ayúdame a olvidar mi pasado.

—Es difícil porque eso es como luchar con un fantasma del cual no conozco nada, pero no importa, igualmente te prometo que juntos enterraremos tu misterioso pasado.

—A partir de ahora dejará de ser misterioso, porque en este mismo instante comenzaré a contarte la dura historia de mi vida. Sabrás todo sobre Catalina y Alma.

Luego de estas palabras, comenzaron a caminar lentamente muchas cuadras hasta la casa de Alicia, ya que optaron por no usar un transporte. Alessandro comenzó a desnudar su corazón, relatando con total sinceridad todo lo vivido en Milán.

El pasado los fue envolviendo y así, inevitablemente, otro amor, uno muy grande y profundo, volvió al presente. Alessandro revivió cada instante con su relato y eso le causó mucho pesar, al punto tal de tener que detenerse porque las piernas le estaban jugando una mala pasada.

—Discúlpame, por favor. Olvida todo lo que te dije sobre mis sentimientos hacia ti, no quiero hacerte daño. Estoy condenado a vivir con este amor clavado en mi pecho. ¿Te das cuenta de por qué no puedo amarte como quisiera? Aún estoy destruido… ¿Lo comprendes?

—No sé, no te comprendo. Me entregas todo y más, y ahora me sales con esto —contestó Alicia muy resentida mientras se apartaba de él.

—Ven, por favor. Perdóname, y ayúdame a superarlo —rogó con sinceridad—. Soy un tonto que se dejó llevar por los recuerdos. No se va a repetir y a partir de ahora no hablaremos más de mi pasado.

La mujer aceptó la situación, pero a pesar de todo no dejaba de hacer preguntas. Sentía muchas dudas y no podía comprender a ese hombre que estaba ante ella, tratando de dar todo de sí para olvidar. Él contestó lo que pudo y lo que no, lo dejó en suspenso, y cambió la pregunta por un beso, un beso que caía muy profundo en el fondo de su ser, pero que él esperaba verlo pronto resurgir y prosperar.

Capítulo 21

La casa de Sabina era modesta, pero muy arreglada. Un arbusto verde y frondoso coronaba el rincón más bello de la galería, donde colgaban de la pared enredaderas y variadas plantas floridas. Ella adoraba cuidarlas y su hijo, en sus horas libres, colaboraba para que todo el patio luciera prolijo. Desde la rama de un árbol pendía una hamaca para Alma, quien disfrutaba cada tarde del sol y el aire libre. El resto de la casa siempre estaba armoniosamente ordenada, pero ese domingo, todo lucía más impecable que de costumbre, preparado para recibir la visita de la novia de Alessandro.

De solo pensarlo provocó en la mujer mucha nostalgia y esa mañana el nombre de Catalina rondó más que nunca en su cabeza. Desde temprano la tuvo presente mientras peinaba y vestía a Alma con su ropa más bonita. Al secar su carita, recorrió sus rasgos y reconoció en ellos los de su madre. Los recuerdos golpearon a su corazón de manera insolente y las lágrimas no se hicieron esperar, pero ella trató de recomponerse; su hijo estaba por llegar con su novia y no se merecía que nada empañara la velada.

Se instaló en la cocina, donde el aroma a comida de domingo era como un abrazo cálido y acogedor que envolvía todos los sentidos, que se elevaba desde allí y llenaba la casa con vestigios de especias

de otra cultura, aquellas que ella misma había traído de su querida Italia.

Tapó con un repasador la pasta que había amasado. Puso agua a hervir y luego revolvió la salsa. Al probarla se sintió muy conforme con ese sabor y la fragancia que invadió su nariz, pero ninguno de esos perfumes podía ganarle al del pan caliente recién horneado que venía desde la mesa.

El reloj anunciaba el mediodía en el momento en que se abrió la puerta y entró Alessandro con su mejor sonrisa, de la mano de Alicia. Alma corrió a sus brazos y, cuando reparó en la presencia de la compañera de su papá, la miró y solo hizo un gesto tímido. La joven, conmovida, le sonrió y con total naturalidad le dio un beso mientras le entregaba una muñequita vestida de rosa, que traía para ella y que la niña apretó fuertemente entre sus brazos, mientras balbuceaba un tímido "gracias".

Unos pasos más atrás estaba Sabina, esperando para saludar a la chica que acompañaba a su hijo, y así lo hizo, tal como ella acostumbraba, y lo aclaró:

—Encantada de conocerla, señorita, y discúlpeme, pero yo acostumbro a dar dos besos, uno en cada mejilla.

—Eso no es problema, solo tenemos distintas costumbres, pero a mí me agrada su saludo.

—Bueno, me alegro de que así sea —y señalando la cocina, agregó—: Pase, pase y póngase cómoda. Está en su casa. ¿No es así, hijo?

—Sí, *mamma*, por supuesto.

—Muchas gracias —contestó Alicia, mientras Alessandro le cedía el paso y tomaba de la mano a Alma.

Se sentaron a la mesa que estaba muy bien dispuesta, de manera sencilla, pero con detalles que Alicia bien supo apreciar. La comida, que estuvo deliciosa, y el tiramisú que hubo de postre hablaban de una tradición que venía de lejos. La muchacha quedó encantada con las atenciones recibidas y agradeció a esa señora tan simple de ojos azules y aspecto bondadoso ser una muy buena anfitriona.

La pequeña se comportó muy bien durante el almuerzo y eso hablaba de la buena educación que recibía. Terminada la sobremesa, Sabina se disculpó y se retiró al dormitorio para hacerla dormir una siesta.

Alessandro preparó café y se sentaron en el patio a disfrutarlo mientras conversaban de la vida de ambos, tratando de conocerse más. Luego caminaron entre los árboles frutales que en esa época estaban en flor y prometían las mejores frutas. Detrás del naranjero se detuvieron y se besaron, abrazados, pero Alicia interrumpió ese dulce momento con una pregunta inoportuna:

—¿Me amas?

—No me preguntes eso —contestó él luego de una larga pausa —. Ya te dije que todavía no puedo ofrecerte todo mi corazón.

—Pero… es que yo necesito saberlo.

—Lo lamento; yo soy muy sincero. Hoy no puedo responderte eso. Estoy muy confundido y, por lo que veo, tú no sabes esperar.

Luego la soltó de sus brazos, muy desilusionado. Ese tema lo habían hablado varias veces y ella prometió tener paciencia y ayudarlo a olvidar su pasado, pero esa actitud lo complicaba todo.

Se sentaron nuevamente y así, uno al lado del otro, cada cual, con sus pensamientos, se abstrajeron y los envolvió un silencio

absoluto que llegó a molestar. Fue Alessandro el que tomó la iniciativa y propuso:

—Mira, Alicia, lamentablemente, hoy es esto todo lo que puedo ofrecer de mí, pero no es lo que tú necesitas, de modo que te diría que nos demos un tiempo y veamos qué sucede con lo nuestro.

—Ya me lo imaginaba. Quieres deshacerte de mí.

—No, no es así. Yo solo quiero ser sincero contigo, pero sobre todas las cosas, conmigo mismo.

Alicia se mostró muy disgustada, entró a la casa corriendo, tomó su cartera y se retiró sin mediar palabras, porque calculaba que Alessandro la retendría, pero eso no sucedió. Solo la vio irse lamentando la situación, ya que en su corazón había comenzado a nacer un sentimiento y tenía la esperanza de volver a amar. Eso acababa de esfumarse y lejos estaba de sentir roto su corazón.

De todos modos, por protección, la siguió, escondiéndose, hasta verla subir al autobús que pronto iba a dejarla cerca de su casa. Recién ahí regresó a su hogar, caminando lentamente, pensativo. Al llegar, se encontró con su madre, que con mucha sorpresa preguntó:

—¿Y Alicia?

—Se fue a su casa.

—Pero… nunca creí que se fuera tan pronto. No pude despedirme de ella. ¡Qué pena!

—No lo lamente, madre. Es mejor así —y en tono de reproche a sí mismo, finalizó—: No se preocupe; creo que me apresuré demasiado en traerla a casa. Eso es todo.

—¿Por qué lo dices? ¿Pasó algo?

—No, pero… olvídese, *mamma*, olvídese, por favor.

Sin escuchar la respuesta, se retiró a su habitación y cerró la puerta, dejando a Sabina hablando sola, sin entender demasiado lo que estaba ocurriendo y preocupada por la situación.

Se recostó, prendió un cigarrillo y dejó volar su mente en busca del nombre de Catalina, a la cual todavía extrañaba mucho y veía cada día en el rostro de su hija. La imaginó por mil lugares distintos sin tener la certeza de ninguno. Eso lo entristeció y más de una lágrima de impotencia acompañó su desazón.

Lo asaltó una rara confusión al pensar en Alicia y al aceptar que ya no la vería; suspiró una y otra vez nostálgico, se dio vuelta e intentó conciliar el sueño, pero no lo logró.

Luego de un par de horas, se levantó, fue en busca de la pequeña Alma y, junto con su madre, la llevaron a la plaza, donde la niña corrió, jugó y comió un rico helado.

Al volver a su casa, Alma se acercó a él y se sentó en su regazo, lo rodeó con sus pequeños bracitos y con la mayor dulzura, le dijo:

—Te quiero, papi…

—Y yo te quiero a ti, hijita.

—¿Sabes una cosa, papi?

—Si no me lo dices, no lo sé. ¿O piensas que soy adivino? —rio feliz mientras le hacía cosquillas a la niña—. Dime… ¿Qué es lo que tengo que saber?

—Que a mí me gusta mucho dibujar y pintar. ¿No te contó mi abuelita el dibujo que estoy haciendo para ti? —Dicho esto, inmediatamente se tapó la boca, luego agregó—: Perdón, no debía contártelo porque era nuestra sorpresa.

—No te preocupes, no pasa nada. Solo quiero que lo termines pronto y me lo entregues porque quiero verlo y estoy seguro de que

debe ser muy lindo.

Con total inocencia, Alma corrió hasta su dormitorio y volvió con el papel en la mano.

—Mira, papi. ¿Te gusta?

—Es hermoso, mi chiquita —contestó Alessandro sin atreverse a preguntar nada más, ya que el dibujo era un conjunto de palotes con cabezas que representaba a la familia, pero allí no había tres personas, sino cuatro. No quiso averiguar de quién se trataba esa cuarta persona, ni siquiera se atrevió a saber hasta dónde llegaba la imaginación de la niña. Pero Alma se adelantó a sus pensamientos y le aclaró señalando una de las figuras:

—Esta es mi mamá. ¿Se le parece? Abuelita dice que sí.

—Sí, mi niña, tu dibujo se le parece mucho; ella era tan hermosa como tú —contestó mientras le acariciaba la carita y acomodaba su cabello, guardando sus lágrimas para no herirla.

—Sí, eso también lo sabía —sonrió la chiquilla.

Ese episodio tan simple pero tan grande a la vez, movilizó mucho a Alessandro, que sintió mucha paz y ganas de seguir adelante, luchando por un futuro, porque acababa de comprender que en Alma tenía una poderosa razón de vivir.

Capítulo 22

Milán mostraba un espectáculo único y emotivo. La llovizna suave y constante durante el día entero había creado una atmósfera mágica y melancólica en esas calles empedradas que se veían cada vez más grises. Los edificios se reflejaban en los charcos de agua, creando un efecto espejo que multiplicaba la belleza de la ciudad, donde cientos de capas y paraguas completaban el paisaje de ese atardecer.

En medio de tanta dificultad, caminaban Raffaella y Catalina rumbo al estudio del abogado que daría fin al trámite de la venta de la casa, que, desde hacía varios días, estaba a punto de concretarse.

A medida que se acercaban al lugar, la tía Raffaella se sentía más feliz por completar la transacción y el corazón de Catalina no podía calmarse; era tan grande la alegría que la embargaba que no podía ocultar su emoción. Después de tanto tiempo de sufrimiento, se abría una ventanita de esperanza y la única posibilidad de buscar a su hija estaba cada vez más cerca.

Luego de más de una hora, junto a los compradores, finalizaron la operación y salieron las dos, más felices que antes, llevando en la cartera las liras que pronto se transformarían en un pase a la felicidad.

Catalina no podía pronunciar una sola palabra. Temblaba de la cabeza a los pies mientras su tía guardaba silencio, pensativa. A pesar de tanta emoción, no dejaba de sentir temores por tener que enfrentarse a una situación incierta. Nada estaba previsto para su próximo viaje; todo estaba librado a lo que se encontraran al llegar a Argentina. El traslado a un país desconocido para ellas, donde se hablaba otro idioma, era una verdadera aventura, pero que bien valía la pena encarar. Aunque sabía que estarían rodeadas por la diáspora italiana, semejante andanza no dejaba de ser inquietante. Raffaella dejó sus temores de lado, se detuvo y abrazó a su sobrina con todo cariño, diciéndole:

—Vamos, Catalina querida. Deja de temblar y sonríe un poco, que nuestros planes están a punto de concretarse.

—Ay… Sí, tía. Perdóname… Estoy nerviosa, pero muy feliz —y en medio de lágrimas de emoción, dijo—: No sé cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Déjate de tonterías que no tienes nada que agradecerme. Si tú eres la hija que yo no tuve…

—Gracias, para mí eres como una madre.

—Bueno, bueno, dejémonos de tanta melancolía y caminemos más rápido antes de que se largue a llover nuevamente. Cuando lleguemos a casa, empezaremos a embalar las pocas pertenencias que nos llevaremos y, en cuanto al resto de cosas, tenemos un mes por delante para tratar de vender la mayor cantidad; así reunimos más dinero para subsistir en Buenos Aires.

Al día siguiente se levantaron temprano y comenzaron con la tarea planeada. Mediando la mañana, cuando acababan de darse un descanso para tomar un café, escucharon golpear a la puerta.

Catalina acudió a abrir y la sorpresa fue tan grande que no pudo evitar su exclamación:

—¡Hermanita! ¿Qué haces aquí? —expresó gritando Catalina, mientras corría a abrir el portón de rejas. Los dos metros que las separaban fueron interminables. Los ojos de ambas se llenaron de alegría. Sonrieron ampliamente y se abrazaron cálidamente. Sus lágrimas se mezclaron y el abrazo parecía no terminar nunca. La felicidad de estar nuevamente juntas era palpable.

—Catalina, hermana querida… Tú no sabes… —Fue lo único que dijo la chica llorando mientras se echaba nuevamente a sus brazos.

—No me asustes, chiquita. ¿Qué es lo que está pasando?

—Los abuelos… —contestó y continuaba llorando.

—¿Qué pasa con ellos? Dime…

—Están muertos los dos —dijo crudamente Sofía.

—¿Qué les pasó? Cuéntame, por favor. —preguntó Catalina, desesperada, apretándola contra su pecho.

—Estaban arreglando el jardín de la casa y en un momento se derrumbó sobre ellos la tapia que dividía los terrenos con el vecino.

—Pero… ¿Cómo?

—La tapia era muy alta y antigua. Resistió muchas lluvias torrenciales, pero la última tormenta fuerte de viento y agua la debilitó y se cayó.

—No puedo creer lo que me cuentas. Pero… dime cómo fue todo.

—Al abuelo lo aplastó por completo porque estaba más cerca y murió en el acto, y la abuela estaba muy golpeada en la cabeza por los escombros que cayeron sobre ella y solo sobrevivió unas horas más.

—Es muy triste todo lo que me cuentas, Sofi querida, pero aquí estamos juntas para enfrentarlo todo. —Y dicho esto se abrazaron, se desahogaron por la pérdida de los únicos familiares que tenían, ya que sus tíos y primos no se habían comunicado nunca desde que se fueran a vivir a España. A partir de entonces solo contaban con la tía Raffaella, que, alarmada al escucharlas llorar, se hizo presente y se unió a ellas en el dolor.

Pasado ese momento tan triste, se ubicaron en la cocina a conversar y le contaron a Sofía de los planes que tenían. La chica las escuchó y volvió a angustiarse; sin decir nada se apartó para llorar porque entendía que pronto se quedaría sola nuevamente en este mundo y eso la desesperaba. Catalina fue tras ella y trató de calmarla, pero no pudo lograrlo. En ese momento se presentó Raffaella, la abrazó y le dijo:

—No sé qué has entendido, chiquita, pero quiero decirte que estás incluida en nuestro proyecto. Mañana mismo nos ocuparemos de tu boleto de embarque. Si estás de acuerdo, seremos tres las que llevemos adelante esta odisea. ¿Qué me dices?

—Yo no quiero ser una molestia, pero… Gracias, tía, de corazón, muchas gracias… —contestó abrazándose a las dos—. Les juro que no seré un estorbo. Trabajaré en lo que sea para colaborar en todo y ayudaré hasta el cansancio a buscar a tu hijita, hermana querida.

—Juntas seremos un trío invencible, ya lo verán —dijo la mayor de las tres, mientras las abrazaba, desplegando todo su instinto de protección.

Los días pasaron más rápido de lo pensado y el momento de viajar a Génova había llegado. Con mucha ilusión y entusiasmo, partieron las tres hacia el puerto de esa ciudad, donde muchas

familias estaban reunidas para decir adiós a sus seres queridos. Este lugar era emblemático y crucial para tantos inmigrantes que, al igual que ellas, partían en busca de una nueva vida en América y se transformaba eso en el punto de partida hacia un futuro mejor.

Así, llevando consigo solo lo que podían cargar, se enfrentaron a un viaje largo y difícil a través del Atlántico, para llegar a un lugar desconocido.

Una vez embarcadas, vivieron con mucha ansiedad el tiempo que duró el viaje. Tuvieron días tranquilos y otros en que las tormentas alteraron a todos los pasajeros, pero con paciencia lograron sobrellevar todos los inconvenientes hasta llegar a destino.

El sol radiante de la mañana despertó desde temprano a todos los viajeros. Al salir a la cubierta, ya se divisaba la costa y la emoción que generaba la ilusión de llegar a tierra firme era increíble. Pero para Catalina esa emoción tenía un plus que era la posible cercanía a su hijita. No tenía la menor idea ni siquiera por dónde empezar a buscarla, pero la convicción de que Alessandro, su madre y ella estaban radicados en Buenos Aires le daba las fuerzas para ir contra todo lo que se cruce en su camino.

Primero bajó del barco Raffaella, y tras ella, lo hicieron Catalina y Sofía, aferrándose a la mujer como si fuesen dos chiquillas. La incertidumbre fue mutando a recelo y temor, pero la tía se imponía demostrando seguridad; ella se había ocupado de que les asignaran un lugar en el Hotel de los Inmigrantes y al menos por unos días sabían dónde hospedarse. Caminaron muy poco y pronto estuvieron en ese lugar. Dejaron sus cosas y salieron las tres a conocer los alrededores, tratando además de conseguir rápidamente algún trabajo.

Cada paso que daba Catalina lo hacía pensando en Alma. A pesar de no saber dónde estaba su pequeña, su instinto de madre la hacía sentirla cercana y eso alegraba un poco su corazón, dándole fuerzas para encarar su búsqueda, pero al decidir por dónde empezar, se abatía por no encontrar el modo y así pasaba otro día sin intentarlo.

Por las noches, al acostarse, dormía muy poco pensando en su hija y en la manera de encontrarla. Solo lograba dormirse luego de muchas oraciones.

Una mañana, se despertó muy alterada por un sueño que había tenido y, mientras hacían cola para higienizarse, su tía le preguntó:

—¿Qué te pasa, Catalina? Tienes una cara…

—Es que dormí muy mal. Me desperté porque tuve un sueño feo y, para colmo, no puedo recordarlo bien.

—Bueno, pero si era un mal sueño, es mejor no recordarlo.

—Es que… en ese sueño estaba Alessandro.

—¿Alessandro? ¿Y la niña también? —preguntó la tía con premura.

—No… solo recuerdo el rostro de él rodeado de algo blanco, como si fuera un polvo, no sé… —contestó con tristeza.

Raffaella la miró con compasión; imaginaba lo duro que debía ser para su sobrina haber vivido la tortura a la que la expuso su padre. Solo atinó a abrazarla y consolarla.

Salieron a la calle sin rumbo. Catalina caminó junto a su tía y Sofía sin tener conciencia de lo que hacía; su cabeza estaba en ese sueño que la tenía tan mal. En un momento se detuvo de repente y gritó sin pensarlo:

—¡Tía, tía!

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer muy asustada por la reacción de su sobrina.

—Recordé que Alessandro en otros tiempos trabajaba en un molino harinero y asocio con eso a esa nube de polvo blanco que lo rodeaba en el sueño.

—Y… ¿Eso qué puede significar? No entiendo.

—Eso puede significar que haya vuelto a su antiguo trabajo —contestó con un atisbo de esperanza.

—No te ilusiones tanto, Catalina, pero tal vez esa puede ser la punta del ovillo.

—Sí, sí.

—Y… ¿Cómo se llamaba ese molino donde trabajaba Alessandro?

—No lo sé —contestó cabizbaja, Catalina.

La tía suspiró pensativa y luego la alentó:

—Tranquila, comenzaremos por averiguar los nombres de los molinos harineros y luego los recorreremos a todos. Tampoco deben ser tantos.

—Gracias por tu ayuda, tía. Ya mismo saldremos en busca de alguien que nos guíe para saber cómo podremos llevar adelante esa búsqueda.

—No será fácil que la gente nos entienda —dijo la tía.

—Lo intentaremos, yo un poco me defiendo —contestó Catalina mientras miraba a su hermana y le preguntaba—: ¿Y tú de qué te ríes?

—Discúlpame, pero me da mucha risa cuando tratas de intentar hablar en castellano y haces semejante mezcla de idiomas.

—No te rías, yo algo aprendí con las pocas lecciones que me dio Alessandro allá en Milán.

La chica no contestó nada por respeto al recuerdo que mencionaba su hermana mayor, pero en realidad era muy gracioso el intento.

Caminaron casi todo el día por los alrededores, haciendo muchas averiguaciones, y al atardecer regresaron al hotel, comieron algo y se fueron a descansar.

Como no podía dormir, Catalina comenzó a repasar todo lo que habían averiguado y recordó que él le había contado que vivía y trabajaba por la zona del puerto. De ese modo, sus deducciones la llevaron a la conclusión de que el sitio donde había trabajado el muchacho sería en Molinos Río de la Plata, ya que era el único que estaba situado cerca del puerto. Ese dato la tranquilizó; al menos tenía claro por dónde debía comenzar su búsqueda. Eso la llenó de emoción y esperanzas e intentó dormir para reponer fuerzas; la esperaba un día muy agitado.

Capítulo 23

El distanciamiento con Alicia había provocado en Alessandro una inexplicable desazón. Por momentos extrañaba su compañía y le daba pena que todo hubiese terminado de esa manera, y le dejó en su corazón un vacío considerable, pero a la vez se sentía tranquilo porque sabía que antes de tomar la decisión de llevarla a conocer a su madre y a Alma, lo había pensado mucho. Reconocía que lo había hecho porque se sentía preparado para intentar olvidar el pasado, pero a pesar de todo, no había funcionado.

Al pensar en lo ocurrido, tenía la seguridad de que él había intentado ser cauto y nunca le dio falsas promesas; por el contrario, compartió con total sinceridad con ella esa postura. En un primer momento, la chica pareció aceptarlo, pero ante la primera oportunidad, quiso recibir de su boca la confirmación de ese amor y eso lo puso en alerta, y prefirió la separación antes que crearle erróneas expectativas.

A partir de entonces no volvió a salir por las noches; su ánimo estaba invadido por la confusión y prefería tratar de aclarar su mente antes de hacerlo.

Por su parte, Alicia no se conformaba con haberlo perdido. Ese hombre le interesaba mucho, aunque no la convencía demasiado la situación de que él se hubiese hecho cargo de una niña que en

realidad no era su hija. Si bien cuando conoció la historia, le conmovió saber de su nobleza, con el tiempo y en conversaciones con sus amigas, se convenció de que Alma siempre sería un obstáculo entre ellos, porque Alessandro amaba a esa niña y siempre la priorizaría.

Alicia sentía mucha confusión. Ella se había ilusionado con Alessandro, ya que su entorno la presionaba por su edad para que se comprometiera con alguien y sentía que él era la persona indicada. No tardó en convencerse de que debía hacer algo para recuperar su amor y trató de encontrar ayuda para eso en su mejor amiga y confidente.

—Mariela, debo planear algo para conquistar nuevamente a Alessandro porque de lo contrario lo perderé para siempre.

—No sabía que ese obrero italiano fuese tan importante para ti —contestó la chica sin rodeos.

—Sí, es importante… Mira… Es buena persona, es bastante buen mozo y muy trabajador. Sé que puede agradarle a mi familia. Ellos a esta altura ya no tienen tantas pretensiones, porque dicen que ya estoy para vestir santos.

—Ah, bueno… En eso no creas que están tan equivocados —rio Mariela.

—Eres una tonta —contestó e inmediatamente preguntó—: ¿Y qué me dices de ti?

—Ah, mi familia sabe que no deben fastidiarme con eso. Yo no nací para estar atada a un hombre y a un hogar con niños. Quiero ser libre siempre como un pájaro.

—Eso piensas tú, pero yo sí quiero tener hijos.

—¿Ajenos? —preguntó con ironía.

—No, tonta. Ese es un tema aparte.

—Mira, amiga, yo no sé cómo podré ayudarte, pero desde ya cuenta conmigo —y agregó—: Pero no te olvides de lo que te dije sobre esa niña.

—Recuerdo cada una de tus palabras y reconozco que tienes razón, pero lo que pasa es que él la adora y eso es algo que nunca va a cambiar.

—Mira, tú ocúpate de enamorarlo nuevamente, luego lo vuelves loco con las herramientas amorosas que todas tenemos y, por la niña, no te preocupes, ya pensaré en la manera de que te deshagas de ella.

—Estás loca, Mariela. ¿Qué dices?

—Ay… No pienses locuras, que no soy tan desalmada —rio la chica ante la cara de susto de Alicia y aclaró—: En Buenos Aires hay muchos institutos que la podrán recibir.

—Decididamente, tú estás loca. Alessandro jamás internaría a esa niña y tampoco la señora Sabina. ¿No entiendes que ellos la adoran?

—Sí, lo entiendo, así como también adoran a su madre, aunque no sepan dónde está.

—No seas cruel; me duele mucho lo que me dices.

—Es que deseo que reacciones y entiendas que yo te quiero ayudar, pero que debes deshacerte de esa niña.

Alicia quedó muy pensativa; si bien al principio eso le parecía una locura, en ese momento comenzó a contemplarlo como una opción, aunque sabía que lo primero era reconquistar al padre y para eso llevaría a cabo un plan:

—Mañana mismo me llegaré hasta donde trabaja Alessandro en el horario de salida, lo abrazaré y lo besaré delante de sus compañeros, de un modo que no podrá rechazarme. Luego nos iremos juntos y le prometeré no insistir en reclamarle declaraciones de amor.

—Esa es muy buena idea. Su caballerosidad no le permitirá despreciarte ante los demás. Bien, amiga. Estás empezando a pensar con esa cabecita loca, como a mí me gusta —rieron juntas.

—Quédate tranquila, que pronto seré nuevamente la novia oficial de Alessandro Malatesta. ¡Como que me llamo Alicia! —dijo estirando su mano para sellar el desafío.

—Bueno, bueno, pero ya que estás tan decidida… ¿Tienes idea de cómo harás para encararlo con el tema de la niña?

—Ay, Mariela, mejor no pienso porque eso me preocupa, pero de alguna manera haré coraje y lo encararé.

—Ah… Bueno, así me gusta, que seas tan dispuesta, pero ten en cuenta que no será una tarea fácil.

—Será más fácil de lo que tú te imaginas porque yo tengo un as bajo mi manga.

—Ah… Vaya, vaya… Ahora me lo cuentas todo; si no, de acá no te dejo mover.

—Claro que te lo contaré.

—Bueno, pero apúrate, que me muero de intriga.

—Mira, una tarde quedamos de encontrarnos con Alessandro y al llegar al lugar lo noté muy preocupado. Le pregunté varias veces qué era lo que tenía en ese estado y, luego de tanto insistir, me contó que cada día lo intranquilizaba más el tema de la documentación de la niña.

—Pero cómo… ¿No es que ella lleva su apellido por voluntad de su madre?

—Así es, pero resulta que cuando ellos estaban haciendo ese trámite, la chica desapareció y no pudieron terminarlo. Entonces él decidió viajar a Argentina con Alma, denunció a la mamá como desaparecida y eso significaba esperar por lo menos cinco años para la confirmación de que ella era una NN.

—Y… entonces, ¿cómo hizo?

—Insistió y rogó tanto, hasta que encontró alguien que se apiadó de su situación y le arregló los papeles, pero de manera, digamos… no del todo muy legal.

—Ah… Pero mira qué linda noticia me das. Con eso se me está ocurriendo algo increíble.

—¿Qué es lo que se te ocurre, Mariela?

—Tranquila, ya lo sabrás en su momento. Confía en mí.

—Gracias, amiga. No sé qué haría sin ti, pero dime ya qué es eso tan ingenioso que se te ocurrió.

—Puedes ir a la policía y reclamar a la niña como si fueras su verdadera madre, esa tal…

—Catalina —interrumpió Alicia y continuó—: Pero no imagino cómo me puedo hacer pasar por ella si no tengo su documento.

—¿Eres tonta, mi querida? —preguntó Mariela con malicia y se contestó—: Sí, eres muy tonta. Mira, mejor yo puedo presentarme allí y decir que soy Catalina, que estuve perdida por ahí, sin memoria y que al recuperarla me encontré sin documentos y sin mi hijita.

—¿Y… cómo seguirá la cosa?

—Tranquila, amiga. Les diré además que averigüé y que mi niña la tiene Alessandro y les doy su dirección. Ellos irán inmediatamente

y se la quitarán. Los demás detalles luego se irán viendo, pero lo más importante es que te liberarás de la niña.

—Ese plan es una locura.

—Pero es perfecto. ¿No me digas que no?

—Es muy perverso y arriesgado.

—¿No te animas a llevarlo adelante, cobarde? Si al final de cuentas seré yo la que tenga que enfrentar a la justicia y para eso no tengo ningún problema.

Mariela era una joven muy alocada y extrovertida, de figura y rostro agradables, que caminaba moviéndose exageradamente, con su morena cabellera al viento, seduciendo a cada paso con su actitud. Pero cuando se lo proponía, su cara podía ser muy angelical, y engañaba a más de uno con eso, y el juez no sería la excepción.

—No sé, amiga… —expresó Alicia preocupada.

—¿Qué es lo que no sabes?

—No sé qué decirte. Me da mucha pena por Alma.

—Déjate de tonterías. Cuando me la entreguen, yo misma la llevaré a algún instituto donde le darán una buena educación y la cobijarán hasta su mayoría de edad —dijo fríamente y, dándole unas palmadas, finalizó—: Después de todo, tú no tienes por qué hacerte cargo de la hija de una mujer que seguramente aún anda rondando por el corazón de tu amado y que vaya uno a saber qué pasaría si volviera.

—¡Tienes razón! —contestó Alicia, movida por los celos—. Pero seguramente él irá preso por quitársela.

—Y… ¿Para qué tienes a tu padre, que es el mejor abogado de Buenos Aires? Mira… Tú debes convencerlo de que Alessandro es inocente y verás que él hará todo para devolverle la libertad y la paz

a ti. Es más… Se me acaba de ocurrir que es allí en la cárcel donde puedes reconquistarlo.

—Tienes razón. En ese lugar todas las personas están muy vulnerables.

—Bien, amiga —contestó Mariela—. Veo que vas entendiendo todo.

—Así es. Mañana mismo comenzará nuestro plan y en unos días más todo estará en marcha.

—Mira, Alicia, deja todo en mis manos. Yo te prometo que esta Navidad la pasarás con tu novio, sin el estorbo de esa niña y haciendo los primeros planes de casamiento para el año que viene.

—Gracias, Mariela querida. Nunca me hubiera atrevido a tanto si no fuera por tu entusiasmo.

—No me agradezcas, vamos, ponte en marcha y comienza a pensar cómo abordar a tu padre. Más adelante me pagarás el favor —rio con ironía.

Se abrazaron muy satisfechas, cerrando así el pacto tan siniestro que acababan de urdir y que intentarían llevar a cabo a partir de ese momento.

Capítulo 24

En el Hotel de los Inmigrantes todo era quietud y silencio por la madrugada. Las almas que allí pernoctaban se encontraban descansando después de un día agitado; dormían y soñaban seguramente con la construcción de un futuro lleno de ilusiones, donde cada momento sería una oportunidad para crecer y prosperar.

Para Catalina todo era muy distinto; ella soñaba despierta y en su pensamiento solo rondaba el deseo de recuperar a su hija. Esa noche, más que nunca, la ansiedad la había dominado, y pensaba en todo aquello que le depararía el destino al día siguiente.

La claridad comenzaba a filtrarse por la ventana. Así, supo que estaba amaneciendo; había perdido la noción del tiempo porque llevaba toda la noche despierta. Su tía y su hermana dormían plácidamente y verlas así aumentaba su nerviosismo, de modo que en cuanto el sol asomó con sus primeros rayos, decidió levantarse. Buscó entre las pocas prendas que había podido traer las más lindas, se dirigió hasta el baño y agradeció no tener que hacer cola porque era demasiado temprano. Se higienizó y se vistió con mucho entusiasmo, esperando ansiosa poder salir a la calle en busca del molino harinero donde podría llegar a encontrar a Alessandro.

Cuando el reloj marcaba las siete, no aguantó más y despertó a sus compañeras de aventura. Pasado un rato, salieron las tres del

hotel a caminar por esas calles de la zona, pero esta vez con la dirección exacta del molino harinero Río de la Plata. Catalina, con su corazón agitado, era quien llevaba ese papel, apretado en su puño, como un tesoro divino que tal vez podría devolverle la felicidad.

Luego de andar varias cuadras, llegaron hasta el Dique III de Puerto Madero, donde se encontraron frente a una estructura gigante de cemento, que les anunciaba que estaban en el lugar de destino.

Buscaron la puerta de entrada a las oficinas y fue Catalina la que hizo coraje y golpeó. Sus piernas ya no podían sostenerla por la forma en que temblaban. Respiró hondo y trató de serenarse mientras rogaba a todos los santos conseguir lo que buscaba. De pronto la pesada puerta se abrió y un señor alto de grandes bigotes la interpeló:

—Buenos días, señorita. ¿Qué desea?

Catalina intentó hablar y no le salieron las palabras; su nerviosismo la traicionó y se dio vuelta acudiendo a la ayuda de su tía, quien inmediatamente se acercó y respondió por ella:

—Venimos de Italia. Discúlpeme si no me hago entender.

—Ya me di cuenta, señora. Digo, por el idioma, pero no se preocupe que entiendo bastante el italiano —y ya algo impaciente, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarlas?

—Mire, nosotras buscamos a un joven que trabaja aquí. Traemos un recado para él desde Milán.

Ante esta conversación, Catalina se sentía desfallecer; la emoción la había desbordado. Igualmente intervino y agregó como pudo:

—Señor, le pido, por favor, que nos ayude a ubicarlo. Eso es muy importante para mi vida. Si me da un momento, le explico mi

situación.

El hombre se sintió algo acorralado por esas mujeres que se mostraban tan ansiosas por dar con ese joven, de modo que trató de desembarazarse de ellas lo más rápido posible y les dijo en un tono algo cortante:

—Aquí trabajan más de dos mil empleados y se pueden imaginar que no será fácil ubicarlo.

—Ay, señor, yo entiendo, pero le ruego que haga un esfuerzo. Usted búsquelo tranquilo que nosotras lo esperamos acá afuera el tiempo que sea necesario —y antes de dejarlo reaccionar, Catalina finalizó—: Se llama Alessandro Malatesta.

—No, no. De ninguna manera puedo buscarlo ahora —contestó fríamente el señor de bigote grande—. Apuntaré su nombre y apellido y lo pasaré a la secretaria de la planta para que, cuando ella disponga de tiempo, lo busque en el listado de empleados de cada sector.

—Gracias, señor —se apuró a contestar Raffaella, mientras Catalina preguntaba:

—Y… ¿A qué hora podrá saber decirnos dónde ubicarlo?

—Señorita, por favor, comprenda usted. Le diría que se den una vuelta por acá la semana próxima.

—¿Cómo que la semana próxima? Yo necesito dar con él urgentemente.

—Lo lamento, señorita, pero si desea tener novedades, lléguese dentro de una semana. Buenos días, discúlpeme, pero debo seguir con mis cosas —e inmediatamente cerró la puerta.

Catalina se dejó caer sobre una tapia baja que rodeaba la entrada al edificio; la desilusión había invadido todo su ser. Sentía

que esa esperanza de tener en sus brazos a su hijita se alejaba cada vez más. Su hermana se acercó y acarició su rostro con ternura, secándole las lágrimas mientras su tía trataba de alentarla:

—Vamos, chiquita, que estamos muy cerca. Solo debemos esperar una semana y sabremos qué pasa.

—Tía, a ti te parece fácil, pero… ¿Cómo hago yo para esperar una semana con esta incertidumbre? No podré vivir con eso en mi mente.

—Vivirás como has podido vivir hasta ahora. Piensa que una semana pasa rápido y tal vez después puedas encontrarte con Alma, abrazarla y darle todos los besos que tienes guardados en tu corazón.

—Claro, la tía tiene razón, hermana. Tendrás que tener paciencia; son solo unos días más —fueron las palabras de Sofía, que la apretaba fuerte contra ella.

De ese modo Catalina comprendió que no había otra salida y que debía esperar lo convenido, manteniendo viva la esperanza que traía hasta entonces. El amor por su hija le daría la fuerza necesaria para llegar hasta ese momento con el mejor ánimo. Además, no podía negar que todo lo que había vivido con Alessandro la hacía pensar que tal vez podrían retomar ese romance; por su parte, el sentimiento estaba intacto y, a pesar de que la realidad le decía que él podría haberla olvidado, la posibilidad de que aún la amara no estaba perdida.

En esos días que faltaban para saber si darían con Alessandro, se dedicaron a buscar un lugar modesto y digno para vivir y además un trabajo cada una. Se ubicaron en una pensión que alojaba a muchos inmigrantes de todas las nacionalidades. Catalina consiguió ser

empleada en la panadería de un matrimonio italiano, Sofía como niñera del hijo de la dueña de la pensión y Raffaella, que era enfermera y con su antecedente de haber estado en la guerra con las tropas italianas, consiguió fácilmente ubicarse en el Hospital Italiano.

Así, la vida en Argentina comenzaba a acomodarse para esas tres mujeres valientes que se habían aventurado a dejarlo todo y empezar de nuevo, tan lejos de su terruño. El motivo muy bien valía la pena de hacerlo; solo faltaba coronar la hazaña con la buena noticia de haber encontrado a Alessandro y llegar así a la pequeña Alma, y para saber si eso era posible, solo faltaban unas pocas horas.

Las tres se encargaron de arreglar en sus trabajos para tener libre el lunes, que sería el día que volverían al molino harinero. Ese domingo parecía interminable y Catalina volvió a pasar una noche completa sin dormir.

Por la mañana temprano, se prepararon y volvieron a caminar las cuadras que las separaban del Dique III de Puerto Madero. Nuevamente, el gigante de cemento las deslumbró con su imponencia y, por segunda vez, se hicieron presentes ante la puerta negra que no dudaron en golpear insistentemente.

Otra vez el señor de bigotes grandes fue quien les abrió y, al verlas, suspiró algo fastidiado. Luego de saludarlas, les dijo:

—Ustedes otra vez acá. Bueno, van a tener que esperar que consulte si hay alguna novedad.

—Por favor, señor. Acá estaremos esperándolo el tiempo que haga falta —contestó Catalina muy nerviosa.

—Es que tendrá que ser así porque no sé cuánto vaya a demorarme —dijo y cerró la puerta.

Raffaella y Sofía rodearon a Catalina y trataron de calmarla porque se la veía a punto de desmayarse. Una la abanicaba mientras la otra la acompañaba hasta una canilla para que tomara un poco de agua. Así pasaron casi una hora, ansiosas, expectantes y sintiendo cada vez más los efectos del calor de ese diciembre. De pronto la gran puerta se abrió y apareció el mismo señor trayendo una planilla en la mano. Catalina se puso de pie e inmediatamente preguntó:

—Y, señor, ¿él trabaja acá?

—Sí, efectivamente —contestó mientras leía—, el señor Alessandro Malatesta, proveniente de Milán, Italia, trabaja en esta empresa en el sector de molturación de granos.

Catalina, al escuchar eso, se tomó del brazo de su tía porque no podía tenerse en pie ni pronunciar una sola palabra. Era muy fuerte saber que por fin estaban muy cerca de encontrar a la niña. Raffaella volvió a hablar por ella:

—Gracias, señor. ¿Nos trajo su dirección?

—No, señora. Es reglamento de la empresa no dar los datos del personal a nadie. Confórmese con lo que pude informarles. —Y dicho esto, amagó a retirarse.

—Espere, señor, por favor. Se lo ruego, ayúdenos. De eso depende que encontremos a la hija de mi sobrina.

—Mire, señora. A mí no me comprometa con problemas de familia. Yo ya les di ese dato; ahora arreglen sus asuntos ustedes.

Raffaella reaccionó con desesperación y se atrevió a tomar al señor del brazo cuando se retiraba. De esa manera lo detuvo y le rogó:

—Por amor de Dios, tenga piedad de una pobre mujer que ha perdido a su hijita; díganos a qué hora sale y por qué puerta; después no lo molestaremos más.

El hombre miró a Catalina, pero esta vez con compasión, luego se fijó en la planilla y le dijo:

—Alessandro Malatesta sale a las diecisiete horas por la puerta de la calle de atrás. Allí pregunte a cualquiera por el sector de molienda. Deberá estar atenta porque son muchos los empleados que salen a esa hora y todos visten la misma ropa.

—Gracias, señor. Toda la vida lo recordaré con mis mejores deseos de buenaventura —pudo decir Catalina llorando de emoción.

—Les deseo mucha suerte.

—Gracias, nuevamente.

Con el alma llena de renovadas esperanzas se encaminaron las tres mujeres, decididas a esperar las horas que faltaban para la salida de los obreros del sector de molienda.

Capítulo 25

La jornada laboral en Molinos Río de la Plata había llegado a su fin. El timbre que anunciaba la salida sonó fuerte y penetrante en el galpón de la molienda. De a poco se fue deteniendo el ruido que producía la fricción de hierros, proveniente de los grandes carros que transportaban granos; los obreros se alistaron rápidamente y pronto se amontonaron junto a la puerta como cada día, para retirarse de allí lo antes posible.

Entretanto, Catalina, que estaba apoyada contra la pared de ladrillos desgastados, se sobresaltó con el murmullo y, al ver aquello que en un segundo se transformó en una multitud abarrotada, estiró su mirada y comenzó a escrutar ansiosa la marea de trabajadores que emergían como hormigas gigantes de las puertas metálicas. Eufórica, les dijo a su tía y a su hermana:

—Vamos, vamos, que están saliendo. Corramos hacia ellos.

—Vamos, pero… tenía razón ese señor. ¿Cómo vas a reconocer a Alessandro, si todos se parecen tanto? Para colmo, nosotras no podemos ayudarte porque nunca vimos su cara.

—No sé, tía, yo no lo veo —contestó con desesperación mientras se mezclaba de manera audaz entre ellos. Caminó muy ligero detrás de un joven hasta que lo pudo ver de frente y supo que no era Alessandro.

La muchedumbre se extendía por la calle; esos hombres con sus overoles se veían cansados y continuaban a los empujones, apresurados por alcanzar a tiempo el transporte que los llevara a sus hogares.

Los rostros se confundían, las facciones se borraban, la ansiedad crecía en el pecho de Catalina y su corazón latía con más fuerza. De repente, una figura emergió de la multitud y ella fijó su mirada en esa presencia masculina que se iba acercando. Se ilusionó, pero algo no encajaba; su cabello parecía muy despeinado y eso no era lo habitual en Alessandro. Ella frunció el ceño y su mente luchaba por reconocerlo a medida que lo tenía más cerca. Por un momento la duda la invadió, pero luego, cuando lo tenía solo a unos metros, pudo comprobar que no era él y se sintió perdida en una maraña de incertidumbre, porque ya casi todos se habían ido.

Ese día, luego de tanta espera, no pudo encontrarlo, pero él sí estuvo entre los hombres de las primeras filas que salieron; rápidamente se esfumó entre la multitud porque ignoraba la presencia de ella.

Se quedaron allí hasta que se fue el último de los trabajadores. No podían creer que, luego de una espera tan desgarradora, se les escabullera así entre los dedos.

Desbastada y sintiendo el peso del fracaso ante tanta ilusión frustrada, regresaron al lugar donde se alojaban, con el propósito de volver el día siguiente en el horario de salida. Catalina no bajaría los brazos hasta no encontrarlo y llegar así a recuperar a su hija.

Por su parte, Alessandro llegó a su casa caminando como lo hacía todos los días. En la puerta estaban Sabina y Alma esperándolo. La niña corrió a sus brazos y se saludaron con cariño.

Entró, se higienizó y se sentó a merendar con mucho apetito. En ese momento golpearon la puerta con insistencia. Cuando su madre abrió, se encontró con un oficial de policía.

—Buenas tardes, oficial. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Buenas tardes. Buscamos al señor Alessandro Malatesta.

—Es mi hijo, ya lo llamo —contestó sorprendida.

En ese momento se acercó Alessandro, saludó y luego preguntó para qué lo buscaban. El policía contestó fríamente:

—Está usted detenido. Tiene que acompañarnos.

—¿Detenido? ¿Por qué?

—Por apropiación de persona.

—¿Cómo que apropiación de persona? —preguntó Alessandro, presintiendo lo peor, pero sin llegar a entender demasiado y mientras el corazón se le salía del pecho.

—No me pregunte nada más y apúrese. No me haga perder la paciencia. Ah… y debe traer también a la niña.

—Mire… yo voy donde usted quiera, pero dígame, por favor… ¿Por qué tengo que llevar a Alma?

—No lo haga más difícil, señor. No me obligue a tomarlos por la fuerza.

—Yo voy a obedecer porque no he hecho nada malo, pero necesito saber qué pasará con la niña.

—Prepárese para entregarla porque su madre la reclama.

—¿Su madre? ¿Apareció Catalina? ¿Cómo?

—Basta, Malatesta… ¿Viene por su voluntad o me obliga a esposarlo?

—No, no. Estoy a su disposición; solo déjeme buscar a Alma.

—Usted no se mueve de acá. Que la traiga la señora —dijo el oficial señalando a Sabina.

Alessandro miró a su madre y con un gesto relajado quiso tranquilizarla. La mujer obedeció llorando y muy asustada trajo a la pequeña junto con ese documento que lo acreditaba como padre. Así partieron Alessandro y Alma con el policía, rumbo a la presencia del juez que los estaba aguardando.

A pesar de saber que estaba detenido, Alessandro sentía un enorme alivio de pensar que Catalina estaba con vida, ya que la teoría más fuerte de su desaparición era para él la de algún accidente fatal.

"Catalina… ¿Cómo es eso de que me denunciaste? Por lo visto conseguiste mi dirección y… ¿Por qué no viniste a buscarnos? No entiendo nada. Ahora sé que nos abandonaste".

Cuando estuvieron frente a la comisaría, Alessandro se detuvo y, antes de entrar, se preparó mentalmente para enfrentarse a Catalina, pero no fue así. Solo estaban en la sala el juez y la asistente social, que tomó de la mano a la pequeña y con una muñequita la distrajo llevándosela. Lo hicieron sentar y procedieron a leerle sus cargos:

—Señor Malatesta, la señora Catalina Vannicelli se hizo presente en el día de la fecha en esta institución e inició el reclamo de su hija Alma. Adujo que usted le sustrajo a la niña y con algún artilugio logró inscribirla con su apellido y traerla de Italia a Argentina.

—No es así, déjeme expli…

—¡Si-len-cio! —pidió el juez; luego agregó—: Resérvese las explicaciones para dárselas a su abogado. Ahora llévenselo.

—Exijo ver a esa mentirosa —gritaba Alessandro mientras era esposado y llevado a la celda.

—¡SI-LEN-CIO! —ordenó nuevamente el juez, pero ya indignado.

Recluido y en silencio, Alessandro caminaba en esos pocos metros cuadrados llorando de impotencia, sin poder creer lo que le estaba sucediendo. No podía dejar de pensar en la traición de Catalina.

"Resultaste ser una maldita traidora. ¡Mentirosa! ¿Cómo pudiste hacerme esto? No entiendo por qué nos arrancas de este modo a Alma, si yo nunca te la hubiera negado. ¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Pobre mi *mamma*! No estará entendiendo nada. ¿Cómo se las arreglará para seguir adelante de ahora en más? ¡Cuánto va a extrañar a Alma!".

La situación era inexplicable y la desesperación e impotencia de estar encerrado y no poder hacer nada lo carcomía y no lo dejaba tranquilizarse. Como pudo, pasó la noche y al día siguiente recibió la visita de un abogado.

El hombre se presentó como el padre de Alicia y le ofreció sus servicios gratuitamente a pedido de su hija, pero no supo explicarle cómo era que ella se había enterado de su detención.

Esposado y con el alma envenenada por tanta injusticia, se sentó frente al letrado, quien escuchó atentamente toda su historia. Tomó debida nota de cada detalle, le explicó algo sobre los cargos que le imputaban y, con mucha confianza en su trabajo, le dijo:

—Quédese tranquilo. Ahora esa niña volverá con su madre y estará bien. Yo me ocuparé de demostrar que usted nunca se apropió de ella y que se hizo cargo de la pequeña porque su madre había desaparecido. Según los dichos de mi hija, usted es un

hombre de honor y, como creo en ella, pondré todos mis conocimientos y artilugios para lograr su libertad cuanto antes.

—Gracias, doctor Álvarez… Pero… Yo no sé cómo podré pagarle sus atenciones. Recuerde que, si sigo aquí unos días más, seguramente me quedaré sin trabajo.

—No se preocupe por eso, ya le he dicho que esto será gratuito. Mis servicios son muy costosos, pero yo lo hago porque me lo pidió mi hija, que según parece está muy enamorada de usted.

—Mire, señor… Yo…

—No me explique nada; de eso luego hablaremos.

—Gracias… Y discúlpeme… ¿Qué pasará con mi madre?

—Por su madre, no se haga problema, que Alicia se encargará de hacerle compañía.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Le mando un saludo especial a ella y, por favor, me le dan un gran beso a mi *mamma*.

—Olvídese, yo me encargo de su recado. Cuídese mucho.

Esa noche pudo dormir. A pesar de que su mente no paraba de pensar y se llenaba de preguntas para las que no tenía respuesta, logró conciliar el sueño. Por la mañana, en cuanto se acercó un guardia, trató de averiguar qué había pasado con Alma, pero el hombre contestó que desconocía totalmente el destino de la niña. Para eso debió esperar la próxima visita de su abogado.

—Hola, doctor, ¿cómo está?

—Bien, gracias y espero que usted también —contestó el hombre con semblante de aflicción por las novedades que tenía para él.

—Cuénteme qué averiguó. ¿La niña ya está con su madre?

—Mire, eso no es tan sencillo como parece y debe tomar las cosas con calma.

—Hable, doctor, por favor.

—La niña está bien, pero ha sido llevada a una institución, donde la cuidarán hasta tanto se resuelva el caso.

—No, no. Mi chiquita en uno de esos lugares, no.

—Esos institutos están para eso.

—No dejan de ser como una cárcel. Mucha disciplina, encierro, malos tratos y nada de cariño.

—Tampoco será tanto como usted dice. Agradezcamos que al menos esté cuidada.

—Roguemos para que ella esté bien y no sufra demasiado por extrañarnos a mí y a mi madre.

—Así es, por eso trataremos de que todo se arregle lo antes posible.

El abogado se fue y Alessandro quedó muy abatido. Le costaba creer lo que estaba viviendo; de solo pensarlo se llenaba de enojo contra Catalina y así de ese modo continuaron sus días en ese lugar.

Capítulo 26

El juez acababa de llegar a la sala y, sumido en el más profundo silencio, ocupó su lugar. Resolver este caso lo tenía muy preocupado, ya que se trataba del destino de una niña que, según lo que había llegado a sus oídos, no hacía otra cosa más que llorar pidiendo por su papá y su abuela. Por otro lado, no podía dejar de pensar en el sentido relato de una madre que juraba haber sido engañada para que le quitaran a su hijita; incluso aseguraba que Malatesta le había sustraído su propio documento.

La mirada del letrado estaba clavada en un punto fijo, un punto lejano que no permitía distraerlo de su concentración. Su veredicto debía ser justo, por el bien de la niña, y esa no era tarea sencilla. Al entrar había observado a la madre, sentada, mostrándose compungida; esperaba un resultado, y eso llevó su pensamiento a volar.

"Pobre mujer, no quiero pensar lo que debe haber sufrido cuando volvió a la casa, la encontró vacía y comprobó además que ellos habían desaparecido llevándose a la pequeña. Y la niña también debe haber sufrido, a pesar de ser tan pequeña. ¿Qué te pasa, Heraldo Mainardi? ¿Por qué estás tan sensible con este caso?", se preguntó, afligido.

Revisó una vez más detenidamente la documentación de Alma, analizó cada palabra y se convenció de que efectivamente no estaba todo claro como debía ser. Llevaría varios meses más iniciar una investigación sobre los hechos de aquel momento en que Alessandro Malatesta había ingresado a Argentina con la hija de una mujer que él aducía que había desaparecido, pero que antes de ausentarse, había aceptado que él le diera su apellido. Lo que él más anhelaba era ser más justo que nunca y que la pequeña fuese feliz. Siempre que había un niño de por medio, le costaba mucho desarrollar su tarea de justiciero.

Prefirió indagarlos él mismo, pero por separado, y dejar que se vean las caras solo el día del veredicto. Hizo pasar a la supuesta Catalina y le indicó que se sentara; luego le dijo:

—Señora Catalina Vannicelli, quiero que me relate los hechos con todos los detalles. Comience, que la escucho.

—Bueno… Cuando yo llegué a la vida de Alessandro, ya tenía a mi pequeña, producto de otra relación. Al principio a él le costó aceptarla, pero luego de un tiempo no tuvo otra alternativa más que hacerlo, porque si no, sabía que me perdería.

—Perdón, perdón. O sea que el señor Malatesta no era gustoso de convivir con la niña. Entonces dígame… ¿Por qué él eligió quedarse con la chiquita y ahora la reclama tanto? ¿Me lo puede explicar, por favor?

—Sí, su señoría. Él hace eso tan solo por vengarse de mí.

—¿Por qué vengarse?

—Porque él está convencido de que yo lo engañé con su mejor amigo —mintió con descaro la mujer.

—Continúe con su relato, por favor.

—Le explico lo que ocurrió el día que él se apropió de mi hija. Yo tenía que ausentarme durante todo el día porque operaban a un familiar mío y debía cuidarlo. Él y su madre se comprometieron a cuidar a mi niña.

—Prosiga sin interrupciones, por favor.

—Me fui de la casa por la mañana muy temprano y mi hija quedó, como le dije, al cuidado de ellos; cuando volví entrada la noche, noté algo muy raro; las luces estaban todas apagadas. Abrí la puerta y, al encenderlas, el desasosiego se apoderó de mí. Allí no había nada. Me asusté y comencé a gritar llamándolos, pero nadie contestó, solo el eco de mi voz recibí por respuesta —dijo mostrándose muy acongojada, simulando tener el llanto a flor de piel.

—Continúe —ordenó el juez, a pesar de todo.

—Salí corriendo a la calle, gritando. Alguien me detuvo y me contó que había visto una mudanza en la casa y que ellos habían salido con Alma en brazos —respiró profundamente y finalizó llorosa —: Usted se puede imaginar lo que sentí al no encontrar a mi hija.

—Está bien, señora. Ya es suficiente. Puede retirarse.

Luego de ese episodio, el juez se retiró y regresó al día siguiente para entrevistar al muchacho, escuchar la otra parte de la historia y poder así resolver el caso.

Se abrió una puerta y apareció Alessandro, esposado, con un guardia de cada lado.

—Buenos días, señor Malatesta. Tome asiento y vayamos a lo que nos interesa.

—Buenos días, señor juez.

—Lo escucho —respondió el letrado de una manera cortante.

—Hace unos años mi madre conoció a Catalina en un viaje, estando embarazada, y como la vio desesperada, le ofreció su amistad, su casa y toda su ayuda. Nació Alma y luego llegué yo desde Argentina. Después de un tiempo nos enamoramos y planeamos venirnos los cuatro a radicarnos acá. Por voluntad de ella, la niña lleva mi apellido.

—Continúe.

—Una mañana, Catalina salió a hacer las compras y nunca regresó. Luego de esperarla inútilmente más de un año, con mi madre nos vinimos a Buenos Aires, trayéndonos a la niña que había quedado a nuestro cargo —mirándolo fijo, finalizó—: Para mí, Alma es como mi hija, pero ella es su madre y no voy a oponerme a entregársela.

—Está bien, pero con eso no resolvemos el problema. La cuestión es grave. El motivo de su detención y lo que yo debo sentenciar es porque la señora dice que usted se robó a la niña y también al documento de ella.

—No, no es así. No entiendo por qué dice eso. Le juro que la desconozco.

—Llévenselo —ordenó el juez a los guardias que permanecían parados a un costado.

Alessandro obedeció llorando de impotencia. Se retiraron de inmediato. Sus pasos se volvieron pesados y la desesperanza se apoderó de todo su ser al intuir la mala voluntad del juez.

Luego de escuchar a las dos partes, en versiones totalmente distintas, el juez se ocupó de ordenar todas las averiguaciones necesarias para poder entender lo sucedido, basándose en pruebas y no en dichos. Solicitó copia de toda la documentación que había

quedado en los archivos allá en Milán, tanto la de Alma como la de los mayores.

La distancia y la burocracia hicieron que la investigación se demorara casi tres meses, tiempo en el que Alessandro permaneció en la cárcel y Alma internada en un instituto de menores.

La situación del muchacho se tornaba cada día más insostenible, ya que, al saber que era inocente, no podía soportar más las situaciones vividas injustamente en ese lugar y comenzó a reaccionar mal ante cualquier provocación que esos hombres ejercían sobre él.

Por otra parte, los días de Alma eran monótonos y muy tristes. Ella era una de las más pequeñas de tantos niños abandonados en el lugar y recibía poca dedicación de parte de las mujeres que estaban a cargo de ellos. Eran mujeres duras, de modales rígidos, que imponían disciplina a fuerza de gritos y castigos y que se molestaban mucho ante el llanto permanente de una pequeña.

Una tarde, ante un descuido, Alma salió de la sala donde estaban todos los niños merendando y comenzó a correr por los pasillos, reclamando a su papá. Una de las guardianas, ya mayor, la escuchó y la siguió. Como le costaba caminar, no podía alcanzarla, pero sí la seguía viendo. Desorientada pero firme en su carrera, Alma tomó un camino que estaba rodeado de árboles y en un momento desapareció entre ellos.

La mujer fue rápidamente a contar lo que había pasado y todo el instituto comenzó a buscarla. La señora directora fue la que la encontró, detrás de un arbusto, temblando y llorando, rogando por volver a su casa. La mujer la tomó de un brazo y la zamarreó, diciéndole:

—Mocosa malcriada, ya vas a ver lo que te espera. ¿Adónde creías que ibas a ir? Dime… ¿Adónde ibas?

—A mi casa —contestó la pequeña con timidez, mientras se tomaba la cabeza con ambas manos, protegiéndose de los coscorrones que le propinaba la mujer.

—Vamos, camina. Esta noche dormirás en la sala donde van los que desobedecen.

—No, no. Ahí no.

—Claro que sí. Será para que aprendas y no repitas la gracia de hoy.

Así, la vida se encargaba de repetir el destino de su madre; el del encierro. Como una copia fiel, apoyó su rostro, inundado de lágrimas, a esos fríos barrotes que le marcaban el camino de la sumisión y la obediencia.

Los meses pasaron y las pruebas llegaron desde Milán a manos del juez, quien estuvo hasta altas horas de la noche analizándolas una por una detenidamente. Luego se retiró a descansar para poder estar al día siguiente, muy puntual, en el recinto donde se enfrentarían Catalina y Alessandro para escuchar el esperado veredicto.

Capítulo 27

Para Alessandro, se hizo eterno el tiempo de espera de la sentencia. Cada mañana al despertar, marcaba una cruz en el desgastado almanaque que alguien había dejado en la pared. La espera se había hecho agónica e interminable.

Su estadía en la cárcel era insostenible y su cabeza estaba a punto de estallar. Tantas horas encerrado y con esos pensamientos dándole vueltas lo estaban enloqueciendo; perdió mucho peso, ya casi no dormía y su carácter se había vuelto totalmente hosco.

Los sentimientos dolorosos se fueron acumulando. El dolor por estar lejos de su madre, el saber a Alma en manos de desconocidos y la ansiedad por que llegue el veredicto lo tenían muy angustiado. A todo eso se sumaba la desilusión y el tormento de saber que Catalina, la mujer que tanto había amado, era una mentirosa que solo quería verlo acabado. Más pensaba y menos podía entender su proceder y en silencio se preguntaba muy a menudo:

"¿Por qué me haces esto, maldita mujer? ¿Por qué mientes de esa manera? Si yo solo te di amor y, al igual que mi madre, todo el apoyo que siempre necesitaste. ¿Por qué lo has hecho?".

Al no encontrar respuesta, se tomaba la cabeza y terminaba envuelto en un llanto cargado de rabia e indignación.

El día anhelado, pero a la vez tan temido, había llegado. Trazó la última cruz apretando con fuerza el lápiz, sabiendo que, si el fallo era en su contra, habría muchos más calendarios en su pared.

Se preparó y aguardó muy nervioso a que lo buscaran para ir al juzgado. Llegaron al recinto y lo hicieron sentar en la primera fila, del lado derecho, junto a su abogado, el reemplazo del padre de Alicia, que se encontraba de viaje. Miró hacia la izquierda y vio a varias personas que le hicieron pensar que era la gente que acompañaría a su enemiga, pero ella no estaba.

Volvió a mirar y una mujer joven que estaba en el lugar llamó su atención por la insistencia con que lo miraba. La observó sin correr su vista y ella, muy molesta, agachó la cabeza. Pensativo, desvió su mirada hacia la puerta y a partir de ese momento sus ojos quedaron fijos, esperando ver entrar a Catalina, pero ella nunca llegó.

Unos minutos más tarde se hizo presente el juez y se sentó en el estrado. Allí, desde lo alto, levantó la vista y ordenó:

—Silencio en la sala.

El letrado comenzó a hablar y en su discurso se dirigía a Catalina Vannicelli mirando a alguien. Alessandro, que sabía muy bien que ella no había entrado, se sorprendió. Observó que le hablaba a esa mujer de la primera fila, que no era Catalina. Sin pensarlo demasiado, interrumpió diciendo:

—Ella no es Catalina Vannicelli, le juro que no es, señor juez.

—¡Si-len-cio!

—Discúlpeme, pero hay una equivocación. A esa mujer no la conozco —insistió Alessandro indignado.

—Le ordeno si-len-cio. De lo contrario, tendré que hacerlo sacar de la sala.

El abogado, que tampoco entendía demasiado, lo contuvo como pudo y lo obligó a hacer silencio. El juez continuó hablando y pidió que la supuesta Catalina pase al frente. La mujer así lo hizo y dio su versión de los hechos casi de memoria, tal cual lo había hecho anteriormente.

Alessandro no pudo aguantar y gritó su verdad sin miramientos, señalando a la mujer que estaba declarando como una impostora. El juez, inmediatamente, ordenó que lo retiren del recinto.

Los guardias forcejearon con un hombre indignado que luchaba inútilmente por hacerse escuchar y, así, a los tirones, lo llevaron nuevamente a su celda.

El juez esperó que volviera la tranquilidad al lugar y prosiguió, diciendo:

—Ante la magnitud de lo acontecido con el señor Malatesta, y habiendo escuchado su versión anteriormente, me veo en la obligación de dictar mi sentencia en su ausencia. El doctor Orona, en representación del doctor Álvarez, quien lo acompañó hasta este momento, continuará aquí y estará presente ante el dictamen jurídico que expediré a continuación, al igual que el doctor que acompaña a la señora Vannicelli.

Dicho esto, procedió a leer unas cuantas páginas que conformaban su decisión. Todos estaban atentos al veredicto y en un momento el juez Heraldo Mainardi se expresó:

—En nombre de la Ley, este tribunal de la provincia de Buenos Aires resuelve el expediente número 43985, en el cual la señora Catalina Vannicelli denuncia al señor Alessandro Malatesta, ambos de nacionalidad italiana, por haberle sustraído su hija y habérsela traído a Buenos Aires. Denunció además haberle sustraído sus

documentos y los de su hija. Habiendo escuchado la declaración de ambas partes, y habiendo analizado la legislación aplicable y evaluado las pruebas presentadas, procedo a dictar mi fallo sobre los hechos.

»Este tribunal ha encontrado al señor Alessandro Malatesta culpable de los cargos dictados en su contra y establece para él una pena de diez años de prisión.

»Este tribunal decide también que la señora Catalina Vannicelli tendrá todos los derechos sobre su hija Alma y podrá retirarla cuando quiera del instituto donde se encuentra en guarda.

La mujer que usurpó la identidad de Catalina sonrió y festejó el resultado con aplausos y agradecimiento al juez, mientras se iban retirando los presentes. Luego salió a la calle y caminó un par de cuadras hasta encontrarse con su amiga Alicia, que la estaba esperando ansiosa allí desde temprano. Mariela, al verla, levantó los brazos y muy contenta le dijo:

—Ya está, amiga. Solo tendrás que esperar que tu padre apele la sentencia que recibió Alessandro.

—Dime… ¿Qué pena le dieron?

—Diez años —dijo, sonriendo, la impostora mujer—; pero sabes muy bien que eso tu padre lo solucionará pronto.

—No estoy tan segura —contestó Alicia algo compungida y preguntó—: ¿Y la niña? ¿Qué pasará con ella?

—Esa niña ya no será un obstáculo entre ustedes, porque permanecerá en el instituto donde está hasta que sea mayor, ya que su supuesta madre jamás irá a buscarla —rio con sarcasmo.

—Amiga… ¿Qué dices? Me asustas.

—¿Qué pasa que ahora te echas para atrás? Mira que yo arriesgué mucho con lo que hice. No te olvides de que falta tu parte del plan.

—No me echo atrás y te recuerdo que yo aún no he ido a visitar a Alessandro, porque tú pensaste que este era el mejor momento para hacerlo, pero mañana mismo solicitaré el permiso.

—Claro que sí. Es ahora cuando él más necesita contención y ahí estarás tú. Además, estará agradecido a ti porque has acompañado a su madre. Seguramente debe estar esperando tu visita.

—Pronto te daré noticias al respecto.

—Me encantará oír que me digas que están juntos. El mes que viene yo me radicaré definitivamente en Uruguay, pero mantendremos contacto por cartas y, si necesitas, te daré instructivos de cómo podrás usar este tiempo para enloquecerlo. Además, tu familia tiene dinero y tu padre es un buen abogado; seguramente saldrá en poco tiempo.

—No sé qué decirte. Estoy un poco asustada.

—Eres una tonta —y mirándola con aires de superioridad, le ordenó—: Mañana mismo, cuando vayas a visitarlo, te conmueves por la injusticia sufrida y lo consuelas por la gran confusión que debe haber en su cabeza.

—Tú sí que eres astuta, querida amiga.

—Soy práctica. Siempre que quiero algo, hago cualquier cosa por conseguirlo y hoy lo hice por ti.

—Gracias, muchas gracias.

—No me des las gracias… ¿O acaso te has creído que yo voy a arriesgar tanto por nada?

—¿Qué me dices? No te entiendo.

—No te hagas la tonta.

—Sé clara. ¿De qué me hablas?

—De dinero te hablo y tu familia tiene mucho. ¿Entiendes ahora?

—No puedo creer lo que pretendes.

—Mira, por ser mi amiga, me conformaré con una cifra pequeña, así continúa nuestra amistad. Elige tú la suma y yo aceptaré —propuso Mariela con descaro y dejó pensativa a Alicia, que luego de unos segundos, respondió:

—Tienes razón, te lo mereces. Luego acordaremos un monto y mañana mismo se lo pediré a mi padre y te lo daré. Luego de eso acá no ha pasado nada y amigas como siempre. Todo sea por recuperar a Alessandro y sin su querida hijita.

—Así se habla, amiga. —Y se abrazaron sellando un pacto entre ellas.

Entre tanto, Alessandro estaba nuevamente encerrado en su celda, desconsolado por tanta injusticia vivida y con la terrible confusión de no poder comprender quién sería la impostora, ni por qué lo habría hecho. A menudo pensaba:

"En manos de quién estarás, mi chiquita. ¿Por qué esa mujer querría llevarte con ella? ¿Estará Catalina detrás de todo esto? ¿Pero… por qué?".

Ese pensamiento lo desesperaba y, a cada guardia que se le acercaba, le contaba de la desazón que sentía por su suerte, pidiéndole ayuda. Ninguno de ellos respondió a sus ruegos; por el contrario, le exigieron con rigor asumir su condena y llevarla adelante respetando cada una de las reglas impuestas en el lugar.

Luego de unos días de analizar lo sucedido y llorar de impotencia, comenzó a resignarse a su suerte y llevar adelante la

vida de presidiario.

Al domingo siguiente, en horas de la tarde, mientras sus compañeros compartían un rato con los familiares, él se encontraba recluido en su celda porque nadie lo visitaba. En un momento se acercó un guardia y le dijo:

—Tú, muchacho, levántate de ahí. Tienes una visita.

—¿Una visita para mí? ¿Está seguro?

—Sí. Ve rápido, no vaya a ser que esa linda chica se canse de esperarte y se vaya.

—Pero… ¿Quién es esa chica?

—Basta de preguntas, que no soy tu empleado —contestó el hombre mientras abría la celda y luego lo seguía por el largo pasillo que los llevaría hasta el comedor.

Alessandro no sabía qué pensar. No tenía la menor idea de quién podría ser esa mujer que lo estaba visitando. "Menos mal que dijo una chica y no es usted, *mamma*. La extraño mucho, pero no quiero que me vea en este lugar. ¿Y si fuera Catalina? Sería una locura que te aparecieras por acá. No sé qué haré si te veo".

Al decir eso, agachó la cabeza y clavó su mirada en las esposas que atrapaban sus manos, apretó sus dientes y se preguntó: "¿Qué puedo hacer yo?… Pero… ¿Qué estoy diciendo?… Si aquella mujer no era Catalina. Dios mío, me estoy volviendo loco con este encierro".

Capítulo 28

Los pasos de Alessandro se volvieron pesados mientras avanzaba rumbo al encuentro con aquella mujer que había ido a visitarlo. La incertidumbre lo llevaba, sin darse cuenta, a arrastrar los pies, bajar la cabeza y tener la mirada fija en el piso, pensativo.

Cruzó al segundo pasillo y miró por el gran ventanal hacia el comedor. Vio a lo lejos a una dama de una figura familiar sentada a una mesa. No pudo saber quién era porque estaba de espaldas y además sus ojos se habían cargado de lágrimas provocadas por la humillación de presentarse ante alguien en ese estado y eso no le permitía tener una clara visión. Pero la intriga llegó a su fin cuando se acercó y supo que la mujer que lo visitaba era su antigua novia.

Sintió un raro vacío, ya que, en lo más íntimo de su ser, había sentido la utópica ilusión de que se tratara de Catalina. Inmediatamente se recompuso y saludó a Alicia con una sonrisa y hasta se alegró de verla.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Y… ¿Cómo crees que se puede estar en este lugar? —contestó él con otra pregunta.

—Discúlpame, soy una tonta, debí imaginarme y no preguntarte eso.

—No, por favor. Discúlpame tú por ser tan hosco, pero es que esta situación está cambiando mi carácter. Siento que ya no soy yo, porque te habrá dicho tu padre que soy totalmente inocente; mejor dicho, soy víctima de una mujer malvada que ni siquiera conozco. A propósito de eso, dile que estoy muy agradecido por sus molestias. Sé que hizo lo imposible, pero las mentiras de esa malvada fueron más creíbles que mi relato.

—Sí, conozco toda tu verdad, por eso estoy aquí para apoyarte.

—Me emociona tu actitud, Alicia. Después de haber sido yo quien decidiera acabar con lo nuestro, me mandaste a tu padre, abogado, y ahora te tengo aquí, frente a mí; no lo puedo creer.

—Es que yo… Aún te amo como el primer día y estoy dispuesta a estar a tu lado si me lo permites hasta que cumplas con tu injusta condena —expresó Alicia, mientras estiraba su mano y la posaba suavemente en el rostro de Alessandro, quien se la apretó fuerte y la corrió hasta sus labios, besándola; luego la miró a los ojos y le dijo:

—Creo que tú te mereces mucho más que esto.

—No digas eso, yo he sido muy feliz a tu lado.

Alessandro sintió un alivio indescriptible en su corazón y, sin dejar de mirarla, se atrevió a decir:

—Si por ahora te conformas con esto que soy, yo acepto tu propuesta y prometo que cuando salga te haré la mujer más feliz del mundo —finalizó, sin pensar demasiado en lo que prometía. Supo que, en un arrebato, había dicho lo que dictaba su corazón despechado.

Alicia nunca pensó que sería tan fácil recuperar la relación amorosa con Alessandro. A partir de entonces, solo faltaba conseguir la libertad para él y luego disfrutar de ese amor. Esa misma tarde, en

cuanto saliera de allí, volvería a pedirle a su padre que gestionara ese asunto.

Conversaron un rato más y el horario de visita llegó a su fin. Se despidieron con un cálido beso y él regresó a su celda, pero con otro ánimo.

Esa visita le había devuelto algo de esperanza para el futuro; sentía que aún tenía un apoyo en su vida. No se hizo demasiados planteos ni cuestionamientos; prefirió no pensar más. A partir de ese momento sintió que la espera sería más llevadera y que tendría la misma ilusión que los demás, contando los días para recibir visitas.

Alicia regresó puntualmente y él comenzó a extrañarla y desearla como antes. En cuanto pudo, solicitó el permiso para poder tener encuentros íntimos. Pasado el tiempo requerido y con todas las autorizaciones médicas y psicológicas presentadas por ambos, el día tan esperado llegó.

Luego de trasladarse al lugar destinado para eso, Alessandro esperaba muy ansioso la llegada de Alicia. Fue ella esta vez la que, acompañada por un guardia hasta el lugar asignado, caminó por esos largos pasillos con la humillación de saber que los demás estaban al tanto de qué se trataba su encuentro, pero valía la pena soportar las miradas. Cuando entró, corrieron el biombo y se abrazaron con desesperación. Él no esperó ni un segundo para desabrocharle el vestido, mientras le decía:

—Ven acá, chiquita, te deseo tanto…

—Despacio, Ale, que me haces mal con tus manos.

—Perdóname, es que me desespero por acariciarte toda —dijo mientras la tomaba de ambas nalgas y la acercaba a su cuerpo desnudo.

—Acaríciame cuanto quieras, pero no me hagas daño.

—Discúlpame. Me he vuelto un torpe.

Dicho esto, Alessandro trató de controlar sus deseos contenidos durante tanto tiempo. La fue llevando hacia el catre y se recostaron sin dejar de besarse con pasión.

Ella lo rodeó suavemente con sus piernas, esperando deseosa la penetración de ese miembro masculino tan erecto que tenía aún en su mano. Él estaba a punto de satisfacerla cuando de pronto todo decayó y no precisamente su ánimo.

Fue muy frustrante para Alessandro no poder concretar el hecho, pero Alicia simuló comprender la situación; después de todo, aceptaba que la emoción le habría jugado en contra a ese hombre que llevaba varios meses sin tener contacto con una mujer; lo que ella no sabía era todo lo que en realidad pasaba por esa cabeza.

Él se recostó a su lado mirando pensativo el techo renegrido por el moho y en partes descascarado. Sintió que ese entorno había colaborado para que eso sucediera. En ese instante vino a su mente Catalina y el amor se hizo presente. Por momentos recordó el placer vivido con ella y por otros su extraña desaparición. De pronto algo se cruzó por su mente. ¿Y si esa impostora era alguien mandada por Catalina? Inmediatamente se respondió: "Decididamente estás loco, Alessandro", y descartó la idea.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Alicia.

—En nada especial —mintió Alessandro.

—Quiero pedirte que no te preocupes por lo que pasó hoy. Es muy entendible. No es fácil estar en este lugar.

—Eso no es excusa, pero bueno… Siento mucha pena por lo sucedido.

—No te disculpes. Otra vez será.

—Yo no me atrevo a prometerte eso mientras esté en este lugar —contestó, preocupado.

—Déjate de tonterías. Ya verás que esto no se repite —rio ella, muy confiada.

—No sé qué decirte, pero por lo pronto, en las visitas de las próximas semanas, no lo intentaremos. Discúlpame nuevamente.

—Está bien, por mí no hay problema.

—Gracias por comprenderme.

Alicia continuó visitando a Alessandro periódicamente, mientras su padre se encargaba de gestionar su libertad, pero a pesar de ser muy bueno en lo suyo, este caso le estaba costando demasiado resolverlo, ya que había una menor de por medio.

Entretanto, en el instituto donde estaba alojada Alma, la directora conversaba con una de las celadoras:

—¿Cómo se explica usted que aún no hayan venido a buscar a esa niña…? Hace varios meses que el juez dictaminó que su madre podía venir por ella y esa mujer no se hace presente.

—La verdad… ¿Qué quiere que le diga? Es un caso muy raro el de esa niña que todavía hoy llora por su padre, pobrecita.

—Se puede ir olvidando de su padre. Él está preso y cuando cumpla su condena no podrá ni acercarse a ella, pero lo de su madre… Es inaudito, tiene resuelto todo a su favor y no viene por ella. ¡No lo entiendo! No sé por qué, pero me parece que estamos ante un abandono de persona.

—¿Usted cree eso, señora? —preguntó la celadora, horrorizada.

—Y… ¿Qué le parece?

—Pobre niña… Me da pena… Se la ve muy triste.

—Bueno, ya mandaré a alguien a hablar con el juez y voy a pedir la dirección de esa madre desalmada. Ya veremos qué excusa nos da.

Capítulo 29

De a poco se iban silenciando máquinas y apagando luces en Molinos Río de la Plata, marcando el final de una nueva jornada. De ese modo, un rugido penetrante se elevaba al cielo, liberando a los trabajadores de su tarea diaria. Era la sirena, la voz del reloj que marcaba el final del tiempo de trabajo y el comienzo del merecido descanso para cada uno de los obreros.

Habían pasado más de cuatro meses desde el día en que Catalina llegara con su tía y su hermana en busca de Alessandro y allí estaba aún ella, como cada tarde que le era posible, esperando verlo entre los miles de obreros abarrotados, pero la decepción aumentaba cada día al no encontrarlo. La constancia de Catalina era admirable. Todos los días que podía, a la misma hora, renovaba las esperanzas de ver a ese hombre que la llevaría hasta su hija y acudía al lugar. El motivo que la movía a llevar adelante esa tarea era su razón de vivir.

Hubo días que se paraba sobre el ala derecha, otros por la izquierda y algunos por el centro, pero siempre se iba con el mismo sabor amargo del fracaso, pensando en cómo encontrar fuerzas para volver al día siguiente.

Una tarde decidió llegar al lugar una hora antes y pidió hablar con el encargado, el mismo hombre que la recibiera la primera vez. Ese señor supo valorar su insistencia y esta vez la escuchó. Se

conmovió con su historia y le prometió hacerle llegar un mensaje a Alessandro para que al salir estuviera atento y la buscara.

Catalina aguardaba inquieta y expectante a que el hombre regresara con alguna novedad. Apretaba sus manos y movía los dedos tratando de calmarse, pero su corazón latía incesantemente mientras se repetía: "Alessandro, solo quiero recuperar a mi hija".

Luego de más de media hora, vio venir desde lejos al señor a paso lento, como queriendo demorar su llegada hasta ella. Al tenerla frente a frente, cuidó sus palabras para no herirla:

—Señora… Mire… Estuve averiguando y… el señor Malatesta… no trabaja más acá.

—¿Cómo que no trabaja más acá? —preguntó con desesperación, acercándose al hombre y tomándole el brazo.

—No, señora. Lamentablemente, hace unos meses que ha abandonado su trabajo. Y por lo que me dijeron, sin ninguna explicación.

—No lo puedo creer —contestó Catalina, llorando con desconsuelo, mientras el señor se acercaba a ella intentando consolarla, pero sin encontrar la manera de hacerlo.

La hizo entrar y sentarse, le trajo un vaso de agua y le ofreció quedarse allí hasta tanto se repusiera. Catalina no paraba de llorar y pronunció balbuceando:

—Nunca más podré encontrar a mi niña. Él era mi única esperanza de llegar a ella.

—Lo lamento muchísimo —expresó el hombre compungido.

En ese momento la mente de Catalina se iluminó, se puso de pie y dijo casi gritando:

—Su dirección. Usted me tiene que conseguir su dirección.

—Ya le he dicho que eso no me lo permiten las normas de la empresa.

—Eso era antes, cuando era un obrero del molino, pero ahora todo es distinto —y juntando sus dedos en señal de ruego, pidió—: Consígame la dirección, por favor. Le prometo que nadie se enterará jamás de esto.

—No puedo, señora. Entiéndame.

—Entienda usted que voy a morir de angustia si no encuentro a mi hija. Ella es la razón de mi vida y no pararé hasta encontrarla, pero está en sus manos que mi camino sea más fácil.

El hombre la escuchó y quedó sin palabras, muy conmovido. Luego la miró y, casi sonriendo, le dijo:

—Quédese acá y espéreme con paciencia que yo voy a ver qué puedo hacer por usted.

—Gracias, Dios y mi niña se lo agradecerán.

Luego de un largo rato, volvió el señor con una hoja de papel en la mano. Catalina saltó de su silla y, sin pensarlo, corrió emocionada hasta él y se la arrebató, lo que lo dejó sorprendido, pero él entendió su ansiedad. Instintivamente, se estiró y le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento; luego salió corriendo y solo se dio vuelta para gritarle un "Gracias".

El encargado del molino quedó sonriendo ante la actitud de esa mujer, que luego de su tenaz espera, había conseguido, gracias a su complicidad, que se abriera una puerta al posible encuentro con su hija. Él se consideraba de un desempeño intachable en su puesto, pero sentía una satisfacción especial por haber transgredido por primera vez las reglas del lugar. El motivo ameritaba hacerlo y no se arrepentiría jamás.

Catalina caminó rápidamente muchas cuadras, mientras iba averiguando cómo llegar a esa dirección que acababan de darle. Cuando estuvo a solo unos metros, pudo ver la numeración y en ese momento sintió que sus piernas ya no le respondían. Llegó frente a la puerta y respiró profundamente; detrás de ella encontraría la verdad a la incertidumbre que la venía carcomiendo desde hacía tanto tiempo. Temblando, golpeó con fuerza de manera insistente. Luego de un segundo, escuchó la conocida voz de Sabina que, desde adentro, dijo:

—Momento… Ya voy…

Al abrir la puerta y ver a Catalina, reaccionó de la peor manera posible. Sin pensarlo dos veces y sin mediar palabras, se acercó a ella y le dio una bofetada, y la dejó totalmente desconcertada. La muchacha se tomó la cara y preguntó muy sorprendida:

—¿Qué le pasa, Sabina? ¿Por qué me hace esto? ¿Dónde está mi hija?

—Sinvergüenza, estafadora. No era necesario mandar a otra mujer para tener a tu hija. Además, ¿por qué hacerlo meter preso a mi Alessandro? Dime por qué, maldita, y luego te vas de acá.

—No entiendo de qué me habla, Sabina. Explíqueme, por favor. Se lo ruego —pidió la muchacha juntando sus manos.

—Te haces la tonta y vienes acá buscando a Alma, a sabiendas de que hace meses que por tu culpa me la arrebataron y se la llevaron al instituto de menores. Encima que vienes a tomarme el pelo, si ahora ya la tendrás contigo. Embustera, eres una porquería.

—Le juro que no entiendo de qué me habla. Le ruego que me explique —exigió Catalina llorando muy alterada.

—A mí no me engañas. Mi hijo, por lo que me mandó a decir, piensa que tal vez tú eres inocente de todo, pero yo no soy tan tonta y sé bien lo que nos has hecho, pero no te das cuenta de que la que más debe haber sufrido es tu hija.

—¡Basta, Sabina! ¡Explíqueme todo, por favor! —rogó mientras la mujer cerraba la puerta en su cara.

En ese momento pensó en Alma y no soportó más tanta presión e incertidumbre, se sintió desfallecer y cayó desplomada sobre la vereda. Unos vecinos que estaban atentos, movilizados por los gritos, se acercaron a auxiliarla y enseguida volvió en sí. Luego de explicarles su situación y el malentendido con Sabina, ellos las tranquilizaron, escucharon los dos relatos, analizaron la cuestión y lograron que ambas se entendieran.

Tras una larga charla y de atar muchos cabos, ambas comprendieron lo sucedido y se fundieron en el tan merecido abrazo, un abrazo que les hablaba de mucho tiempo de incertidumbre, desencuentro y tragedias. A partir de ese momento se abocaron a la difícil tarea de encontrar a Alma y liberar a Alessandro. Para eso, lo primero que debían hacer era desenmascarar a la impostora que se hizo pasar por Catalina y a la que imaginaban que tenía a la niña en su poder.

Catalina y Sabina, sin saber cómo encarar la situación y en medio de tanta desazón, entrelazaron sus manos como hacía tiempo no lo hacían y se dijeron:

—Luchando juntas, podremos recuperar a mi hija y le juro que lograremos la libertad de Alessandro. No será fácil, pero yo soy muy fuerte y, luego de todo este tiempo, me he vuelto una experta

investigadora. Golpeé tantas puertas hasta llegar acá que no me amilano ante nada.

—Mira, querida, si no fuera por eso, seguiríamos equivocados.

—Téngame fe, Sabina. Muy pronto habremos resuelto esto. Muero por abrazar a mi hijita.

—¿Y a Alessandro no?

—Por supuesto que sí, pero no sé cómo estará su corazón.

—Mira, él tuvo una novia, pero eso no anduvo bien, no sé por qué. Luego de que él fuera preso, ella comenzó a visitarme seguido, pero hace un tiempo que ya no viene por acá —contestó la mujer de manera indiscreta.

—Bueno, acá lo importante es reunirnos con mi pequeña y liberar a Alessandro y, si él tiene el corazón ocupado, yo solo le deseo que sea feliz —agregó Catalina, tratando de disimular cuánto le había dolido el comentario de la mujer.

Sin más demoras, salieron las dos, rumbo al juzgado, muy esperanzadas, para tratar de aclarar la situación.

Capítulo 30

El silencio se había apoderado de aquel recinto, que volvía a juzgar a Alessandro Malatesta, nuevamente sin su presencia, porque en realidad lo que estaba en juego era la identidad de Catalina Vannicelli. Solo bajos murmullos venían desde el estrado. El ambiente era tenso en ese lugar tan sobrio y poco luminoso, de mobiliario sencillo pero funcional, donde cada rincón inspiraba respeto hacia los funcionarios y los asuntos tan importantes que allí se trataban. En ese lugar se resolvía el destino de los ciudadanos y por segunda vez estaba en juego el de Alessandro.

Ya hacía casi un mes que Catalina había declarado y mostrado su documentación al juez de turno, pero ese día quien diera el nuevo veredicto sería el mismo letrado que anteriormente había dictado la sentencia de prisión para él.

Catalina apretaba muy fuerte la mano de Sabina, que estaba a su lado, igual de nerviosa ante esos funcionarios que determinarían cómo seguirían sus vidas. No hacía otra cosa más que observar cada movimiento del juez y rezar a Dios por el resultado.

La tensión se había apoderado de esas dos mujeres que tanto estaban sufriendo. Solo esperaban escuchar el sonido del martillo que ordenaría silencio en la sala y daría lugar a la lectura de la sentencia.

El juez no se demoró porque tenía ante él los resultados de la investigación que había ordenado hacer en Milán y, sin rodeos, resolvió declarar a Alessandro inocente de los cargos recibidos anteriormente, ya que podía dar fe de que Catalina Vannicelli era la mujer allí presente y que ella misma había consentido que su hija llevara el apellido Malatesta. El letrado aclaró además haber determinado que la impostora sería detenida con urgencia, se le quitaría la tenencia de la menor, que creía en su poder, y se la restituiría de inmediato al instituto de menores para que su verdadera madre luego la retirara.

Al escuchar las palabras del juez, Catalina sintió que su cuerpo la abandonaba y se aferró a Sabina porque estaba a punto de desmayarse. Rápidamente la asistieron, le dieron un vaso de agua y se repuso. Igualmente, el juez en persona le pidió que tuviera paciencia, porque ellos debían seguir un protocolo señalado, y le aseguró que pronto se reuniría con su hijita.

Una vez que terminó el juicio, dos policías se hicieron presentes en el domicilio que había fijado la impostora. Golpearon varias veces la puerta y, al no recibir respuesta alguna, entraron forzándola. Se llevaron una gran sorpresa al encontrar el lugar totalmente vacío. Revisaron cada rincón sin dar con un solo indicio del destino de su moradora. Luego recorrieron las casas vecinas tratando inútilmente de obtener algún dato de ella.

La noticia fue notificada a Catalina, que de esa manera comenzaba a perder nuevamente el rastro de su hijita. Sabina trató de consolarla, pero todo lo que pudo decirle fue inútil. Gritos, golpes en la pared y llanto desesperado fue la respuesta de esa mujer a punto de enloquecer. Salió corriendo a la calle sin rumbo y Sabina

intentó ir detrás de ella, pero sus piernas no se lo permitieron, de modo que comenzó a gritarle:

—¡Catalina, espérame, por favor! Escúchame, hija, espérame y veremos adónde ir. ¡No me dejes sola, por favor!

—¿Adónde quiere que vayamos? —contestó luego de detenerse, conmovida por el ruego de la anciana.

—Escúchame, mañana le dan la libertad a Alessandro y él nos ayudará a pensar cómo buscar a tu hijita.

—Es que estoy cansada de correr detrás del destino y solo encontrar vacío —dijo sentada en el cordón de la vereda, envuelta en llanto.

Sabina le ayudó como pudo a levantarse y se abrazaron movidas por el gran dolor que sentían. En un momento, la mente de Catalina se aclaró y dijo deslizando en su voz un hilo de esperanza renovada:

—Sabina, ya sé. ¡El instituto donde estuvo Alma!

—¿Qué pasa con ese instituto?

—Allí iremos. En ese lugar pueden tener la dirección de esa maldita impostora. Ya mismo voy a ir a averiguar dónde queda e iré para allá.

—Iremos —dijo Sabina—. Si no me sueltas el brazo, estaré contigo en esto siempre.

—Gracias, Sabina. Usted es una verdadera madre para mí. Por supuesto que iremos juntas adonde sea.

Ambas mujeres se encontraban en la sala de entrada del instituto de menores, esperando que las atendieran. La ansiedad se había apoderado de ellas. De solo pensar que tal vez podrían darles algún indicio de esa mujer que se había llevado a Alma, se sentían muy nerviosas.

Luego de un tiempo interminable de espera, se hizo presente la directora en persona y, al escuchar el relato de la joven y los documentos probatorios, contestó de manera intrigante:

—Mire, señora Vannicelli. Vuelva a su asiento. Lo que tengo para decirle es algo que usted seguramente no esperaba escuchar.

—Estoy bien de pie. Continúe. ¡Dígame lo que sea, por favor! —contestó Catalina temblando, movida por la desesperación y temiendo lo peor.

—A su hija Alma nadie vino a retirarla.

—¿Cómo que nadie la retiró? Entonces ella…

—Sí, señora. Ella está acá con nosotros —la interrumpió la mujer.

Catalina buscó sentarse nuevamente y así controlar su emoción. Su corazón estaba rebosante de alegría por la noticia. En ese momento reaccionó y pidió verla con urgencia.

Desde lejos se distinguía la figura pequeña de su niña, caminando lentamente hacia ellas, de la mano de una celadora. Los ojos de Catalina se llenaron de lágrimas, en una mezcla de alegría y alivio. Intentó adelantarse y sintió la mano de Sabina que sabiamente la detuvo, diciéndole:

—Espera, hija. Piensa que ella no te conoce. Era tan solo una beba cuando dejó de verte y tienes que entender que le llevará un tiempo aprender a quererte.

—No me diga eso, por favor. Muero por apretarla entre mis brazos.

—Desgraciadamente, no deberías hacerlo, porque de esa manera solo lograrías asustarla.

—Tiene razón —contestó Catalina con mucho dolor, pero consciente de que esa era la realidad.

—Ten paciencia, querida, y déjame que sea yo quien la reciba. Lo principal es que ella está bien y se vendrá con nosotras. Luego, de a poco le iremos contando todo lo ocurrido.

—Sí, sí —aceptó la joven y pronto vio cómo Sabina y Alma se abrazaban con verdadero amor.

En su interior sintió muchos celos por ese emotivo encuentro, pero sabía que debía tener paciencia y darle a su hijita el tiempo necesario para sentir que ella era su madre, sin crearle demasiados conflictos. La miraba y no podía controlar sus emociones al ver que había crecido tanto. Se parecía mucho a esa pequeña que ella iba viendo cada noche en su imaginación, pero era aún mucho más hermosa. Le encantó ver en ella su mismo cabello ondulado, aunque más oscuro, y pronto se reconoció en cada rasgo de la pequeña.

Alma se acercó hacia donde estaba ella, pero con recelo, mirándola con ojos curiosos y algo tímidos, sin entender demasiado quién era. Continuó de la mano de Sabina, quien se agachó y le dijo:

—Saluda a la señora; ella es mi amiga y es tan buena que pronto la vas a querer mucho —a lo que la niña no contestó y se limitó a preguntar:

—Mi papá… Quiero ver a mi papá. ¿Dónde está?

—Mira, Alma, él está en un lugar del que mañana temprano saldrá y allí estaremos esperándolo tú, Catalina y yo. ¿Estás contenta?

—Sí, abuela, claro que sí. Te he dicho que lo extraño mucho. Pero… esta señora no hace falta que venga —dijo mirando a Catalina, sin saber de qué manera hería su corazón.

—Mira, Alma, escúchame bien. Catalina, que así se llama esta señora, es una persona muy allegada a nosotros y ella siempre

estará en nuestros momentos importantes.

—Como tú digas, abuelita. ¿Ahora nos vamos de acá?

—Sí, mi niña; toma mi mano y la de Catalina, así nos vamos cuanto antes a casa.

La niña tomó la mano de Sabina gustosa, miró a Catalina, que le regalaba su mejor sonrisa, y eso le dio la confianza suficiente para hacer lo mismo con ella. Así se las vio salir a las tres, rumbo a un nuevo destino que prometía ser más placentero. De pronto la niña se detuvo y, dirigiéndose a Catalina, le preguntó:

—Y tú… ¿Adónde vives?

—Yo… vivo… cerca de la casa de ustedes.

—Y… ¿Ahora vienes con nosotras?

—Sí, ella esta noche dormirá en casa para ir mañana temprano a buscar a tu padre —intervino Sabina.

Catalina, que desde hacía días se hospedaba en casa de Sabina, entendió que debía volver cuanto antes a vivir con su tía Raffaella y esperar allí el tiempo necesario para recuperar a su hija. Acompañaría a Sabina a esperar a Alessandro, a quien, por otro lado, se moría de ganas de ver, pero luego tomaría algo de distancia por Alma.

Continuaron caminando y, ante el fluido diálogo de la niña y su abuela, Catalina guardó silencio y eso la llevó a pensar:

"Alessandro querido, nunca dejé de pensar en ti. Mi corazón no conoció jamás a otro amor, pero sé que tú tuviste otra novia. ¿Qué sentirás al verme? Tal vez tampoco hayas logrado olvidarme, por eso tu noviazgo no funcionó. Bueno… Tendré que esperar hasta mañana para saberlo. Cuando volvamos a vernos, nuestros sentimientos

quedarán a flor de piel. No debería ilusionarme, pero no puedo evitarlo".

Un suspiro profundo la sacó de esos pensamientos y la volvió a la realidad, esa realidad que la hacía sentir tan afortunada al haber encontrado a su hija y dejaba avizorar un panorama lleno de esperanzas para esa familia que tantas injusticias había sufrido últimamente.

Miró con ternura esa manito que aprisionaba con la suya, mientras su corazón latía aceleradamente. Respiró hondo y contuvo sus deseos de detenerse, alzarla en sus brazos y estrecharla contra su pecho.

Capítulo 31

Alessandro estaba desde muy temprano en la carpintería de la cárcel, lugar donde llegaba cada vez que se le permitía, porque quería aprender el oficio y, además, el hecho de estar ocupado lo sacaba de los pensamientos negativos.

Se encontraba entre el tablero de trabajo y el tupi, fresando una pieza, cuando de pronto entró uno de los guardias y, dirigiéndose a él, le dijo:

—Malatesta, deje ya lo que está haciendo y preséntese en la oficina del comisario Ramírez.

—Sí, enseguida voy —contestó algo sorprendido.

Higienizó sus manos y se dirigió adonde lo reclamaban, muy intrigado por saber qué sería lo que necesitaba hablar con él, su superior. Al llegar, Ramírez le indicó que se sentara y lo escuchara atentamente.

—Tengo que comunicarle que el juez Mainardi cambió su sentencia y ha decidido que usted quedará en libertad.

—¿Es verdad lo que me está diciendo? —preguntó Alessandro, muy sorprendido y sin entender demasiado.

—Así es. Aquí mi asistente le informará todo lo referido a esa decisión. Ahora vaya y, luego de cenar, retírese a su celda y descanse tranquilo, que mañana temprano saldrá en libertad.

—Muchas gracias, señor.

—No me agradezca, que lo justo es justo.

Alessandro pasó por la oficina del ayudante del comisario y escuchó muy sorprendido el relato de lo acontecido. Supo en esa revelación que la impostora había desaparecido sin siquiera retirar a Alma del instituto, aquella mujer que sin piedad había mentido para mandarlo a la cárcel. Y lo más importante, se enteró de que la verdadera Catalina había aparecido y era totalmente inocente. La noticia lo dejó sin palabras y lo llenó de felicidad sin saber qué actitud tomar.

No durmió en toda la noche. Tenía mil preguntas en su mente para las que no encontró ninguna respuesta:

"¿Quién será esa mujer? ¿Por qué habrá mentido? ¿Dónde habrá estado Catalina todo este tiempo? ¿Habrá dejado de quererme? ¿Tendrá otro amor? Está en todo su derecho".

Ese pensamiento le hizo sentir una emoción especial y vino a su mente la relación amorosa que aún mantenía con Alicia, que, a pesar de no ser su gran amor, fue lo que lo ayudó a sobrellevar ese tiempo de encierro. Pensó en las dos mujeres y se sintió muy confundido; luego se calmó pensando que saldría en libertad y lo demás lo dejaba en segundo plano.

La mañana se presentaba calma y luminosa; la lluvia había cesado y el sol comenzaba a entibiar con el paso de las horas. Alessandro se preparó, tomó sus pocas pertenencias y se acercó al gran portón que pronto comenzó a correrse para enfrentarlo a la libertad, luego de más de seis meses de injusto encierro.

Miró al cielo y disfrutó de esa claridad especial que le ofrecía la calle. De pronto sintió una vocecita gritarle mientras corría a su

encuentro.

—Papá, papi.

—Alma, querida. ¡Qué ganas tenía de verte! —respondió él mientras la levantaba en sus brazos y la besaba con ternura.

Miró a su costado izquierdo y vio con gusto a su *mamma* querida y a Catalina que venían hacia él. Abrazó a su madre y lloraron juntos; se acercó a Catalina y se abrazaron también, pero en ese momento, vio en un rincón de la derecha a Alicia, mirándolos desde lejos, que respetaba su euforia y lo esperaba con paciencia.

Conmovido por su discreción, le pidió que se acercara y la presentó simplemente como "Alicia".

Sabina ya la conocía, pero no sabía que habían reanudado la relación. De todos modos, sintió que la muchacha estaba de más en esa ocasión y solo le hizo un gesto de poca simpatía. Cuando se saludaron con Catalina, ella la miró de arriba a abajo y le dispensó la mínima expresión de cortesía.

Alessandro se sintió muy incómodo por esto y trató de disimular; luego propuso ir todos para la casa y disfrutar de un almuerzo en familia después de tanto tiempo y así lo hicieron.

Al llegar, Alessandro y Alicia se sentaron apartados en la galería; mientras tanto, Catalina en la cocina le decía a Sabina:

—Yo me voy a ir a mi casa. Aún no he podido contarles las novedades a mi tía y a mi hermana —y mirando a la niña mientras jugaba, agregó—: Lo que más lamento es no poder llevarme a mi hija. Por más que insista, cuando quiero tomarla en brazos, ella me rechaza.

—Ten paciencia, hija. Ya te lo dije. Ve a tu casa, cuéntale las novedades a tu familia, pero luego regresa y quédate con nosotros;

de lo contrario, Alma no se acostumbrará nunca a ti. Ella pronto te querrá como su madre que eres; ya vas a ver.

—Usted tiene razón, pero me siento muy incómoda al ver a Alessandro con su novia. Yo no sabía de su existencia y en mi corazón conservaba mis ilusiones.

—No sé en qué momento volvieron a verse. Desconocía ese romance y, si tuviera que opinar, no lo aprobaría. Pienso que ella no es una chica para mi hijo.

—Bueno, pero lo importante es verlo feliz a él después de haber sufrido tanto.

—Ahí está la cosa. Yo no lo noto muy feliz. Desde que te vio no hace otra cosa más que mirarte. ¿No te has dado cuenta?

—La verdad, no sé; es que yo trato de no mirarlo demasiado. Cada vez que me encuentro con sus ojos, bajo la vista para que él no note mi incomodidad.

—Te entiendo, Cata querida. Mira, ahora en un rato almorzaremos y después te irás a tu casa, pero volverás lo antes posible.

—Bueno, lo haré todo por Alma. De todos modos, me gustaría que usted le preguntara a Alessandro qué opina sobre mi estadía acá.

—No tengo nada que preguntarle. Será así y no se discute y si a esa chica no le gusta, que no venga más. Me haría un gran favor.

—No hable así, Sabina. Ella tal vez sea un día su nuera.

—Yo te lo digo, eso no sucederá. Lo presiento.

Debieron interrumpir la conversación porque en ese momento entró Alicia pidiendo permiso para ir al baño. Al salir, Catalina vio que se le caía algo de la cartera. En un acto impensado, lejos de

avisarle, se apuró a recogerlo. Se trataba de un sobre y, sin saber por qué, lo guardó rápidamente entre sus ropas.

Terminaron de almorzar y Alicia se despidió. Alessandro salió con ella para acompañarla y, luego de dejar la cocina impecable, Catalina también se retiró.

En cuanto llegó a su casa, les contó a Sofía y a Raffaella todo lo acontecido. Las mujeres no podían creer que por fin se reencontrara con su hija y ellas también le aconsejaron tener paciencia hasta que la niña se acostumbre a su presencia. Se abrazaron las tres, celebrando la buena nueva, y luego Catalina se retiró a su habitación para poder ver qué contenía el sobre que había guardado. Lo tomó y lo miró de adelante y de atrás; el mismo contenía una carta que una mujer le escribía a Alicia. En principio estaba decidida a leerla, pero después de pensarlo una y otra vez, el deber ser pudo más; sintió que no podía hacerlo y se preguntó:

"¿Qué te pasa, Catalina? ¿Has perdido la cordura? ¿Dónde están tus principios? No está bien leer cartas ajenas; eso se llama violación de correspondencia".

Avergonzada de sí misma, guardó el sobre y la carta en su bolsillo y, luego de merendar con su tía y hermana, salió para la casa de Sabina.

En el camino de regreso, pensó en la manera de devolver lo que no le correspondía. Para tranquilizar su conciencia, debía hacerlo cuanto antes y sin que Alicia se entere de que estuvo en su poder.

Llegó a la casa y antes de entrar se detuvo confundida; no sabía si contarle o no a Alessandro de su hallazgo. Saludó sin decir ni una sola palabra de lo sucedido y, en cuanto tuvo la oportunidad, entró al dormitorio del muchacho y dejó el sobre encima de su mesa de

noche, debajo de su libro de turno. Pero la tentación fue muy grande; se volvió y comenzó a leer la carta, pero en cuanto lo hizo, sintió ruidos y rápidamente la dejó en el libro, para que él mismo la encontrara y se la diera a Alicia. Esa fue la manera que ella encontró de devolverla sin ser cuestionada.

Capítulo 32

Alessandro, su madre, Alma y Catalina se encontraban aún en la galería. El anochecer se presentaba muy agradable; con su cielo despejado y la luna iluminaban suavemente el entorno. El aire fresco traía el aroma de las flores, el sonido de los grillos y hasta el silbido de algún pájaro nocturno, y aportaba lo necesario para disfrutar de una noche especial.

La cena había terminado y ellos seguían allí, ante un presente que ninguno había imaginado hasta entonces. Todo hablaba de estar viviendo un momento perfecto.

Sabina saludó con el pretexto de llevar a la niña a su cama, ya que se había quedado dormida; la tomó en brazos y se retiró. Catalina hubiera querido ser ella quien lo hiciera, pero no se atrevió ni siquiera a insinuarlo. Solo se limitó a besar a la niña en la frente.

Quedaron solos con Alessandro en la galería disfrutando del rico café que había acompañado a la sobremesa.

La tranquilidad y la paz se avizoraban en esa casa. Solo los inquietaba saber quién habría sido la impostora y por qué habría hecho lo que hizo. Él ya estaba en libertad; ella había encontrado a su hija y haría de todo para que, de a poco y con amor, la niña la aceptara. A pesar de tener que soportar la presencia de Alicia en la

vida de ese hombre por el que aún latía su corazón, ella se sabía una mujer muy fuerte y aprendería a aceptarla.

Él la notó algo nerviosa y trató de distraerla invitándola a caminar. Salieron de la casa y se sentaron en la verja tomándose de las manos sin darse cuenta. Se miraron en medio de un silencio profundo y sus ojos hablaron por ellos, y recordaron un pasado que se acercaba cada vez más.

La oscuridad se había vuelto más profunda y el viento soplaba suavemente, acariciándolos, envolviéndolos en un ambiente mágico y romántico. De pronto, él rompió el silencio:

—¿Estás feliz de haber encontrado a tu hija?

—Muy feliz, aunque sufro mucho por su rechazo.

—Supongo lo que debes sentir, pero es lo más lógico. Alma creció a nuestro lado y era muy chiquita para contarle de tu existencia.

—Lo entiendo y estoy muy agradecida a ti y a tu madre por haberla cuidado tanto, pero tienes que entender mi angustia —y movida por el llanto, agregó—: No puedes imaginarte los deseos locos que tengo de abrazarla y besarla.

Alessandro se conmovió y se le acercó más para consolarla. La abrazó con ternura y secó sus lágrimas. Ella se desahogó en sus brazos. Sus cuerpos, que tenían memoria, se fundieron en el recuerdo de un tiempo de amor y felicidad. La respiración de ambos estaba acelerada y, en el momento en que él iba a besarla, se detuvo pensando en Alicia y sintió remordimientos por ella. De todos modos, se quedó extasiado con esos labios que tanto deseaba, mientras un cosquilleo invadía su estómago.

Ninguno de los dos dejaba de mirarse a los ojos y, en medio de esa magia, él se sinceró:

—Muero por besarte, pero no está bien que lo haga.

—Es que eso no puede ser porque tu corazón es de otra mujer —dijo Catalina muerta de celos.

—No sabes cuánto tiempo te esperé, pero un día me di cuenta de que nunca volverías, entonces busqué otro amor para intentar olvidarte, pero fue un error porque nunca pude lograrlo. Hoy me convencí de que es a ti a quien amo de verdad.

—Tal vez mi presencia te confundió; solo eso.

—No, de ninguna manera —aseguró el muchacho y preguntó—: ¿Qué voy a hacer? Te amo con todo mi ser. Además, me doy cuenta de que tú aún me amas. ¿Es así? Contéstame, por favor —preguntó muy ansioso.

—Deja las cosas como están —dijo intentando ser indiferente—. ¿Para qué quieres saberlo?

—Es verdad, no necesito que me confieses nada, lo noto en todo tu ser.

—¡Termina con eso! Las cosas se dieron así. Te debes a tu novia y ya —contestó Catalina, mostrándose algo fastidiada.

—Te prometo que hablaré cuanto antes con Alicia. Es más, mañana mismo la buscaré y seré sincero con ella. Quedaré libre para amarte si es que me aceptas.

—No prometas algo que será muy difícil para ti. ¿Acaso Alicia se merece tanto sufrimiento? —preguntó y buscó saber qué era lo que él sentía realmente por esa mujer.

—Nosotros tampoco nos merecíamos todo lo que nos pasó.

—Pero pasó. Dios sabrá por qué nuestras vidas se volvieron tan desgraciadas. Nunca podremos construir nada bueno sobre el dolor

de otra persona. Piénsalo bien —insinuó buscando la seguridad de su decisión.

—No tengo que pensarlo más. Juro que voy a conquistarte nuevamente; sé que lo voy a lograr y seremos muy felices.

—Vayamos adentro que estoy empezando a sentir un poco de frío —sugirió ella y desvió la conversación.

—Bueno, vayamos a descansar. Ha sido un día muy agitado para todos —aceptó él, la tomó del hombro y comprobó cómo temblaba completa.

Los sentimientos de Catalina estaban muy revolucionados. Sus emociones se entremezclaban en su corazón. Sentía una tremenda felicidad por haber encontrado a su hija y por saber que ese hombre aún la amaba, pero a pesar de eso, comprendía que el camino venidero no sería nada fácil. Trató de dormir, pero le costó mucho hacerlo.

Muy por el contrario, Alessandro se durmió en cuanto puso la cabeza en la almohada. Las vivencias de ese día agitado lo habían agotado, por lo que ni siquiera tocó el libro que aguardaba por él en la mesa de luz.

Por la mañana su despertador sonó temprano, pero se quedó quieto un rato más antes de levantarse. De pronto sintió unos pasos suaves que se acercaban cada vez más a su cama y su corazón comenzó a latir con fuerza, imaginándose a Catalina muy cerca. Estiró su mano, encendió el velador y vio la carita risueña de Alma que intentaba asustarlo.

—Hija… ¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó con desilusión.

—Me desperté y como la abuela está dormida, me vine un rato contigo.

—Bueno, pero yo ya me estoy levantando, así que dame un beso y vuelve a tu cama.

—Bueno, papi —contestó muy obediente, pero al irse se volvió, tomó el libro que estaba a su alcance y dijo—: Papi… me lo llevo.

—Si no sabes leer —rio el hombre.

—No importa. A mí me gusta mucho ver las letras y pasar sus hojas.

—Bueno, te lo presto solo para que te amigues con los libros, pero lo cuidas y me lo dejas luego en su lugar —ordenó y, al mirar el sitio del libro, observó un sobre que parecía contener una carta. Lo tomó y lo puso en el bolsillo del saco que estaba colgado en la silla.

La niña volvió a su cama y ensayaba la lectura mientras los demás empezaron a levantarse y comenzaron el día.

Desayunaron todos juntos y, antes de salir, Alessandro tomó el saco, pero no se lo puso. Igualmente, lo llevó colgado en su brazo porque el día se presentaba muy inestable.

Durante el viaje iba mirando el paisaje que le ofrecía el barrio y, entre tanto, pensaba cómo encararía la conversación con Alicia. Ensayó muchas formas de hacerlo, pero todas lo llevaban a imaginarse cómo rompería su corazón. Por momentos pensaba en todo el apoyo que había recibido de ella y de su padre, en sus peores vivencias, y se sentía un canalla por lo que estaba a punto de hacer. Comenzó a dudar y el sentimiento de culpa que lo invadía se volvía cada vez más fuerte. En ese momento se dio cuenta de que estaba llegando y un nudo cerró su garganta. Se levantó del asiento muy rápido, más confundido que nunca. Al salir, cayó al piso la carta

que llevaba en el bolsillo de su saco, pero no se dio cuenta. Continuó caminando lentamente, y demoraba de esa manera el encuentro con Alicia.

Hizo unos metros más y sintió que un señor tocó su hombro y le indicó lo que había perdido. Le agradeció y se volvió a recogerlo. Cuando lo tuvo al alcance de su mano, el sobre comenzó a rodar hasta hundirse en un pequeño charco de agua. En segundos el barro y la suciedad lo cubrieron casi por completo. Se miró las manos vacías y por primera vez sintió una extraña intriga por saber de qué trataría ese papel que tanto había insistido en hacerse presente, pero igualmente lo dejó.

Capítulo 33

Alessandro regresaba pensativo a su casa y vio que aquel sobre seguía allí, luchando por no hundirse del todo. Eso llamó su atención y, sin dudarlo, metió la mano en el barro, lo rescató, lo limpió y lo abrió. La sorpresa fue muy grande al ver que estaba vacío. Tanta intriga le había generado y ahí no había nada. Lo estrujó y lo volvió a tirar al agua.

Se encaminó nuevamente por donde venía, decidido a volver a su casa, y dentro de su pecho comenzó a sentir una rara sensación. La decisión de aplazar la ruptura con Alicia lo inquietaba bastante y en su inquietud volvía a aparecer una y otra vez en su mente aquel sobre. Se esforzó por entender lo que le estaba ocurriendo, pero no logró hacerlo.

Ese sentimiento extraño se sumaba al peso de no haber tenido el valor suficiente para decirle a esa mujer que su corazón seguía siendo de Catalina. No pudo confesarle la verdad, pero de todos modos lo había intentado.

—Hola, Alicia… ¿Cómo estás?

—Hola, mi amor, no pensé que vendrías a verme tan temprano.

—Es que no pude dormir y decidí venir cuanto antes porque necesito hablar urgentemente contigo.

—No me asustes. ¿De qué quieres hablarme?

—Quiero ser muy sincero contigo porque eso es lo que tú te mereces.

—Anda, habla, por favor —dijo la muchacha, alarmada por el gesto adusto que veía en él.

—Mira, ayer cuando salí de la cárcel… —Dijo eso y en ese momento fue interrumpido por unos gritos que provenían de la cocina.

Corrieron a ver qué pasaba y se encontraron con un cuadro muy trágico. El padre de Alicia estaba tirado en el suelo y su esposa de rodillas al lado, pidiendo auxilio con desesperación. El hombre había recibido una descarga eléctrica mientras cambiaba el foco de luz y su respiración era casi imperceptible. De inmediato trataron de reanimarlo; entre tanto, buscaron llevarlo con urgencia al hospital, donde los médicos lo dejaron internado.

Alessandro acompañó a Alicia en todo ese trance familiar hasta saber que su padre se estaba reponiendo. Por la tarde volvía a su casa, abatido por todo lo que había ocurrido y en especial con la decepción de no haber podido cumplir su promesa a Catalina. A pesar de estar tan angustiado, estaba convencido de que romper su noviazgo en esa situación era de una crueldad increíble y hasta sería de muy poco hombre haberlo hecho.

Al llegar y ver a Catalina, intentó mil maneras de explicarle lo sucedido, disculpándose, pero ella no quiso escucharlo. En cuanto lo vio llegar, adivinó en sus ojos que no había cumplido la promesa y, cuando él comenzó con rodeos para hablar, se negó rotundamente a oírlo. Lo dejó solo con sus explicaciones y se retiró a descansar junto a su hija y a Sabina, pidiéndole que ya no la molestara y que

intentara hablarle lo menos posible. Se volvió, lo miró con seriedad y le dijo:

—Mira, voy a proponerte algo que será muy sano para todos.

—Es que necesito explicarte lo que está ocurriendo. Yo…

—No quiero escucharte. Ya no creo en tus palabras, solo quiero que me escuches tú a mí —y luego de un largo suspiro se repuso y prosiguió—: Te propongo continuar como hemos vivido hasta ahora, cada cual en lo suyo para poder sobrellevar el tiempo que debamos compartir, hasta tanto logre que Alma adquiera confianza en mí. Ese día te juro que tomaré mis cosas, las de mi hija y nos iremos de aquí para siempre.

—No, por favor. No me hagas eso.

—Es lo mejor para todos —y mirándolo a los ojos, sentenció—: Esto no se discute. Así debe ser y ahora vete a buscar a tu noviecita.

—Te ruego que me escuches, por favor. Luego decide lo que harás.

—¡No! No tienes que explicarme nada. Elegiste quedarte con ella y lo respeto, por eso me apartaré en cuanto pueda.

Alessandro supo que era inútil insistir. Ella no quería escucharlo y él reconocía que la había defraudado. Se sentía un tonto cobarde por no haber dejado a Alicia y de ese modo había perdido al gran amor de su vida. Se desesperó al pensar que pronto ya no vería tampoco a Alma, pero al recordar el gran cariño que la niña sentía por él, tuvo la esperanza de poder seguir en contacto con ellas.

Muy decepcionado y enojado con su destino, se retiró a su dormitorio y se recostó. Todo lo vivido en el día daba vueltas por su cabeza y una terrible confusión envolvía su mente. Volvían a él tantos acontecimientos del pasado que lo abrumaban, pero lo único

que tenía claro era que Catalina era el gran amor de su vida. Se sentía en un verdadero callejón sin salida y aquella rara sensación volvió a instalársele en el pecho sin explicación. Inmediatamente se levantó muy inquieto y salió a la calle a caminar, sin rumbo, buscando calmar sus emociones.

Capítulo 34

Cada día, Alma compartía más horas con Catalina. Su abuela Sabina ya estaba muy mayor y no podía seguirla en sus locos juegos de correr y saltar, juegos que sí podía hacer con su madre.

Entre los tres trataron de contarle de la mejor manera posible todo lo que le había sucedido a su madre y el porqué de su anterior ausencia. La niña pareció comprenderlo porque a partir de entonces cambió su actitud hacia esa mujer que le había dado la vida y que tanto había hecho para encontrarla, lo cual hizo muy feliz a Catalina y su vínculo con ella se fue afianzando día a día.

—Catalina, mira qué lindo día hace. ¿Podríamos hacer un picnic en la plaza? —propuso la niña.

—Bueno, chiquita. Sabes que nunca puedo decirte que no. Además, es muy buena idea; es verdad que la mañana está preciosa. Mira, tú busca un mantel lindo mientras yo preparo jugo de naranjas y algo para comer.

—Sí, enseguida lo busco.

Tomaron la canasta y juntas caminaron hasta la plaza. Pusieron el mantel bajo la sombra de un gran jacarandá, cubriendo la tupida alfombra de flores amarillas que había debajo de él. Catalina desplegó trozos de tortas y algunas galletas, más el jugo, e invitó a la niña a sentarse. Lo hizo y cada vez se le acercaba más. De pronto

sacó de su bolsillo un dibujo que había hecho para ella y se lo dio. La muchacha lo tomó en sus manos que no paraban de temblar. Lo apreció y la felicitó por su habilidad, pero al ver que en la parte de abajo tenía algo escrito, "Mamá", Catalina murió de amor. Su emoción fue tan grande que no pudo evitar las lágrimas. Dejó el dibujo de lado y la abrazó muy fuerte, diciéndole:

—Gracias, hijita querida. No te imaginas cuánto te amo.

—Yo también te quiero mucho… ¿Puedo decirte mamá?

—Por supuesto, mi amor. No sabes lo feliz que me haces con eso. Dímelo, por favor, y repítelo mucho, mucho, siempre.

—Mamá, mamita. ¿Te gusta así?

Catalina no pudo contestarle, la estrechó nuevamente entre sus brazos y disfrutó de ese momento inolvidable, agradeciendo a Dios por haberle devuelto a su hijita.

Ese gran amor de madre e hija fue creciendo aún más y se hicieron inseparables, de modo que después de un tiempo, Catalina comenzó a pensar en irse con Alma a vivir a casa de su tía Raffaella. La niña aceptó gustosa, pero con la condición de volver a esa casa cada semana, los domingos cuando su padre estuviera allí. No fue difícil convencerla, ya que últimamente se sentía muy incómoda cada vez que Alicia llegaba de visitas.

El padre de esa muchacha se había repuesto de aquel accidente, pero igualmente Alessandro nunca tuvo valor para dejarla y se acostumbró a vivir así. No era su gran amor, pero sí era una buena chica que había estado a su lado en el momento en que todo era un infierno a su alrededor y eso él no podía olvidarlo.

Alessandro supo que Catalina estaba por irse a vivir a lo de su tía y no se opuso porque en realidad cada día le costaba más tenerla

tan cerca y soportar su indiferencia.

Una mañana, Catalina se levantó temprano y comenzó a preparar las valijas. Su hijita se mostraba un poco ansiosa por la situación; si bien se había encariñado también con las tías Raffaella y Sofía, le costaba separarse de Sabina y de Alessandro. Andaba rondando por ahí y no paraba de hacerle preguntas a su madre:

—¿Dónde dormiremos en aquella casa, mamá?

—La tía Raffaella preparó una habitación para nosotras dos.

—¿El domingo vamos a venir temprano?

—Sí, querida, quédate tranquila que verás muy seguido a tu papá y a tu abuelita.

—Qué lindo, mami. Te quiero. —Y la abrazó de atrás, a lo que Catalina respondió levantándola y haciéndola girar por el aire, mientras ella gritaba—: Ay… ay… que me mareo —rio.

—Bueno, entonces ve y prepara tus cosas. Ya eres una niña grande y puedes elegir qué llevarte y qué no.

La niña obedeció, pero cuando llegó a la habitación le pidió a su abuela que le ayudara con esa tarea.

Catalina continuaba con lo suyo; Alessandro se le acercó y, muy conmovido, le preguntó:

—¿Puedo pedirte algo?

—Sí, dime.

—Antes de que te vayas, ¿puedes dejarme que te explique lo que ocurrió aquella vez en casa de Alicia?

—¿Para qué? —contestó ella con otra pregunta y continuó—: Eso no cambiaría las cosas. Tú estás comprometido y, si continúas con ella, será porque la amas.

—No, no la amo.

—Entonces… ¿Qué haces a su lado?

—No sé; será porque soy un cobarde.

—Mira, Alessandro. Ese es un asunto que tienes que resolver tú y tu almohada y qué quieres que te diga, yo no te creo.

Alessandro quedó muy pensativo; aún retumbaban en su cabeza sus propias palabras: "No, no la amo". En un momento reaccionó y se preguntó: "¿Qué estoy haciendo? Yo estoy loco, no puedo dejar ir así al amor de mi vida".

Desplegando todo su poder de seducción, se acercó más a Catalina, le tomó las manos y le rogó:

—No te vayas, por favor.

—¿Qué dices? Tú estás loco —rio.

—Te pido que no te vayas, que te quedes conmigo y formemos la familia que un día soñamos. Te juro que esta vez sí le diré la verdad a Alicia y la arrancaré de nuestras vidas.

—Déjate de mentir, por favor. No me hagas las cosas más difíciles.

—Te ruego que no te vayas. Dame otra oportunidad.

Catalina lo apartó y se esforzó para cerrar la última valija, y lo dejó desesperado por haber comprendido un poco tarde que la había perdido para siempre.

Entretanto, en la habitación, Sabina colocaba en el bolso de Alma cada cosa que la niña le alcanzaba. En un momento tomó el libro que le había prestado su papá y dijo:

—Este no me lo llevo porque es de papi. Por favor… ¿Se lo podrías poner en su mesa de noche?

—Sí —contestó Sabina estirándose para agarrarlo, pero el libro se resbaló de sus manos y al caer saltó una hoja de adentro.

Sabina tomó esa hoja y quiso saber de qué se trataba. Era una carta dirigida a Alicia y ella sí se atrevió a leerla sin miramientos, ya que cada día le gustaba menos esa mujer para su hijo y le generó mucha curiosidad saber algo más de su vida. Mandó a la niña en busca de un vaso de agua y se dispuso a leer:

Querida amiga:

Quiero decirte que estás invitada a mi cumpleaños y que no puedes dejar de venir. Lamento que no puedas hacerlo con tu amorcito, pero es obvio que él nunca deberá verme, porque de lo contrario me reconocería como la mujer que se hizo pasar por Catalina y lo mandó a la cárcel. De todos modos, encontrarás entre mis amigos alguno que te haga divertir.

Todo lo ocurrido no fue muy grato, pero era necesario que sucediera de esa manera. No me arrepiento de nada y, de ser necesario, volvería a hacerlo, ya que sirvió para que tú vuelvas con él y te deshagas de esa niña, que se quedará por siempre en ese instituto esperando que la retiren. Ay, amiga, perdóname por las cosas que te digo, pero es que tú eres muy blandita. Si fuera por ti, todavía andarías llorando por los rincones por ese hombre, sin hacer nada.

No acepto de ninguna manera que rechaces mi invitación; solo avísame cuándo llegas y te estaré esperando. Pasaremos unos días hermosos y ni te cuento de lo que será mi fiesta de cumpleaños; pienso invertir mucho dinero y tiempo para que sea inolvidable.

Espero tu respuesta con mucha emoción, ya que te extraño mucho y quiero además que me cuentes con detalles cómo ocurrieron las cosas por allá. Me despido con un gran beso.

Mariela.

"¿Y esto?", se preguntó Sabina horrorizada; no podía creer lo que estaba leyendo. Rápidamente empezó a atar cabos y comenzó a entender cómo habían sucedido las cosas. Su reacción fue gritar mientras corría hacia donde estaban los demás.

—Mira, Alessandro, mira lo que acabo de encontrar —dijo mientras le entregaba temblando la carta a su hijo.

—¿Qué pasa, *mamma*? Por favor, tranquilícese.

—No puedo. Lee eso y sabrás quién es la maldita que nos hizo tanto daño.

A su lado estaba Catalina, que no entendía nada. Alessandro leyó en silencio mientras su tez iba palideciendo. A medida que avanzaba en la lectura, comprendía todo y crecía su rencor contra Alicia. Apretó el papel con fuerza desmedida, lo arrojó a un costado y salió corriendo a la calle en busca de una respuesta a tanto ensañamiento con su persona.

Catalina recogió la carta y también la leyó. Con todo su asombro, miró desconcertada a Sabina, que no paraba de llorar, y la ayudó a sentarse porque se sentía descompuesta. Ella la asistió y la tranquilizó, diciéndole que confiara en que todo saldría bien.

Las valijas quedaron a un costado, quietas, sin saber qué destino les depararía, mientras la niña, que no entendía nada, preguntaba:

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué llora la abuela?

—Está emocionada, nada más.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a ir o no?

—No sé, hijita. No lo sé.

Las dos mujeres trataron de tranquilizarse y así aguardaron expectantes el regreso de Alessandro que, casi al anochecer, llegó con la noticia de que había entregado a Alicia a la justicia y ella

misma había dado el paradero de su amiga Mariela. Se avecinaban muchos trámites legales, pero por fin el engaño llegaría a su fin y ellas tendrían su merecido.

Capítulo 35

UNOS AÑOS DESPUÉS

Sabina y Raffaella mostraban una alegría sin igual, ya que no se cansaban de repartir regalos. Sus maletas habían llegado cargadas de recuerdos de su amado Milán. Al unir sus nostalgias, habían decidido viajar juntas y disfrutar de volver a su tierra luego de tantos años, pero el amor por los suyos era tan fuerte que la felicidad de reencontrarse con ellos se les notaba en sus rostros.

—Tía Raffaella, me hace muy feliz que usted haya podido hacer este viaje —comentó Sofía, mientras recogía su enrulado cabello, mostrando así los tonos del sol al atardecer, que lucía en perfecta armonía con el verde de sus ojos. Con el paso de los años se había convertido en una mujer muy interesante y su segundo embarazo la convertía en una mamá joven y hermosa.

—Gracias, querida. La verdad es que pasé unos días inolvidables, pero te juro que tenía mucho miedo de no regresar a tiempo —contestó, mientras le acariciaba el vientre que ya estaba muy prominente.

—Aún faltan unos cuantos días para que nazca mi bebé —comentó en voz baja, poniendo su mano sobre la de su tía, destacando así más que nunca su innata ternura.

—Y sí, pero en estas cuestiones uno nunca sabe.

—Le digo la verdad, yo también temía que no llegara a tiempo. Ahora que la tengo al lado, no le voy a negar que me siento más segura.

—Gracias, mi chiquita. Ustedes son realmente mis hijas.

—Y usted es como nuestra madre —dijo Sofía, mientras se acercaba y la abrazaba con mucho cariño.

—Estoy muy feliz de que el doctor Arienti me haya elegido para acompañarlo en tu parto.

—¡Yo también! De todos modos, no aceptaría a mi lado a otra de sus enfermeras —rio feliz.

—Todo saldrá de maravillas, ya lo verás.

—Sí, estoy tranquila por eso, solo me preocupa un poco que esos días no pueda atender bien a Carlitos. Es chiquito aún para entender que tendrá un hermanito.

—O tal vez, hermanita —intervino risueña Raffaella—: No sé por qué, pero presiento que es una niña.

—Yo también, pero no quiero ilusionarme demasiado —y luego de pensar un segundo, agregó—: Qué lindo sería poder saber de antemano el sexo del bebé. ¿No es así?

—Sí, sería algo increíble, pero bueno… Para saber eso no tenemos otra manera más que esperar.

En ese momento entró Catalina con un vestido de fiesta en un brazo y el costurero en otro. Las vio tan emocionadas que se acercó a ellas, diciendo:

—Las quiero tanto. Son mis pilares. No sé qué hubiese sido de nosotras si no fuera por ti, tía Raffaella. Gracias, gracias por todo.

—Déjate de tonterías. No hay nada que agradecer; ya le dije también a tu hermana que ustedes son como mis hijas; además, tú

la tienes a Sabina de madre —expresó con algo de celos.

—Tía querida, no te me pongas celosa ahora, por favor. Quiero mucho a Sabina y le estaré eternamente agradecida por todo lo que hizo por mí, pero tú eres mi tía adorada y no hay nada que hacerle, aunque… Siempre flotará en el aire una duda que está clavada acá en mi corazón.

—Ah, no… Entre nosotras no debe haber ninguna sombra. ¿De qué se trata? —preguntó la mujer intrigada.

—Es algo que siempre quise preguntarte y no me atrevo a hacerlo.

—¿Qué quieres saber? Pregunta, no más.

—Es que es algo muy delicado y tengo miedo de que te enojes.

—Anda y pregunta; sea lo que sea. Siempre es mejor para todos aclarar las cuestiones.

—¿Qué hubieras hecho conmigo si me encontrabas aquel día en la estación de tren de Milán?

La mujer cambió su semblante y sintió que las fuerzas la abandonaban. Últimamente se había hecho ella misma esa pregunta muchas veces. Suspiró y se recuperó; luego, tratando de ser lo más sincera posible, contestó acongojada:

—Tengo que confesarte que cuando tu padre me pidió ayuda, sin dudarlo le contesté que contara conmigo porque era tal su odio e indignación, que temí lo peor. Hasta llegué a pensar de qué manera cumplir con su pedido, pero creo, y te diría que estoy segura, que al abrazarte y tenerte en mi casa te hubiese ayudado a planear algo para que pudiéramos conservar a tu hijita —contestó acongojada y algo avergonzada, escondiendo su rostro lloroso.

—Está bien, tía. No te me pongas así —le aclaró Catalina, mientras le secaba las lágrimas con su mano—. Perdóname por la pregunta, no quería incomodarte, solo que era algo que estaba cruzado en mi cabeza y fue bueno sacarlo.

—No me pidas perdón, chiquita. Sufrí mucho sin saber cuál había sido tu destino. Las quiero mucho —dijo y se fundieron las tres en un abrazo muy maternal.

La emoción las envolvió y disfrutaron de ese instante mágico que fue interrumpido por Alma, que entró muy nerviosa y se dirigió a su madre.

—Mamá… ¿Todavía no descosiste el ruedo de mi vestido?

—Lo haré enseguida, chiquita consentida —contestó Catalina y agregó—: ¡Cómo se nota que no tienes hermanos! No seas tan ansiosa, que faltan varios días para tu fiesta de quince años. Además… todavía no sabemos si es necesario modificar ese ruedo.

—No soy consentida y ya sé que hay tiempo, pero ni siquiera es necesario medírmelo porque estoy segura de que los zapatos de taco que me trajo la abuela Sabina de Milán son un poco más altos que los que yo iba a usar.

—Bueno, hijita —rio Catalina—, igualmente te lo vas a medir y quédate tranquila que, si es necesario, enseguida lo arreglaremos. Relájate y disfruta de esta hermosa etapa de tu vida que ya nunca volverá.

Pronto se unieron a la conversación Alessandro y Federico, el esposo de Sofía, que no descuidaba a Carlitos, que recién empezaba a caminar.

Hacía varios años que Sofía y Federico se habían conocido y desde ese entonces nunca se separaron. Con solo tres meses de

novios anunciaron su casamiento, lo que preocupó a todos, pero el tiempo demostró que esa fue una acertada decisión, y permanecían juntos. Se amaban mucho y los dos eran muy especiales; ambos conocían los fuertes golpes que a veces te da la vida y, al apoyarse el uno al otro, comenzaron un camino que los llevó a entender que el destino también tenía cosas lindas para regalar.

Alessandro se acercó a Catalina y la abrazó por el hombro; ella lo esquivó sin disimulo, apartándose un poco, a lo que él reaccionó:

—¿Qué pasa, querida?

—Sabes bien lo que me pasa.

—¿No me digas que aún estás enojada por lo que te conté?

—¡Sí! Estoy muy enojada, porque no entiendo qué es lo que tienes que ir a hacer a la cárcel el día que esa sinvergüenza salga en libertad.

—No sé cómo no puedes entenderme. Ya te conté que ella me mandó expresamente un mensaje con un guardia, diciéndome que era muy importante lo que tenía para contarme y, en realidad, eso me tiene muy intrigado.

—De esa mujer, a mí no me importa nada.

—Pero… piensa en mí. Me duele que desconfíes.

—Nunca he desconfiado de ti y ahora tampoco, pero me enoja que ella piense que en cuanto abre su boca, tú corres a su lado —y mirándolo a los ojos, agregó—: Yo soy de la idea de que no debes ir; ahora tú haz lo que quieras.

—Yo quiero ir tan solo para salir de dudas, pero si eso va a servir para que te enojes tanto, no iré.

—No, por favor, si es tu deseo ir, ve, pero recuerda lo que te adelanto: todo esto es una excusa, porque ella solo quiere verte.

—No creo que sea así, pero yo saldré de la duda y quiero que tú vengas conmigo.

—¿Tú estás loco?

—No. Estoy diciendo que, si vienes conmigo, saldremos de dudas y le demostraremos que no tiene nada que hacer en nuestras vidas.

—Yo no quiero verle la cara a esa mujer —contestó rotundamente, aunque comenzaba a contemplar la idea.

—Dime que vendrás conmigo, por favor —dijo mientras la abrazaba de atrás.

—Bueno, iré contigo, pero en cuanto veamos algo que no nos gusta, nos vendremos. ¿Te parece?

—Sí, me parece lo más correcto —finalizó, luego le dio un beso y volvió junto a Federico, que estaba aún en la galería, buscando la hora en el reloj que colgaba de su cinto por una brillante cadena de oro.

"Eres realmente un dandi, cuñado", pensó Alessandro y sintió satisfacción, porque además sabía que era muy buena persona y consideraba que Sofía se merecía ser muy feliz y estar bien.

Ese domingo, la reunión familiar fue muy especial; por fin volvían a estar todos juntos luego del placentero viaje de las abuelas. Disfrutaron de las exquisiteces que habían preparado, de un buen café y, por supuesto, de algún mate que daba vueltas a la ronda. Estuvieron riendo hasta el anochecer entre recuerdos y planes para el futuro y se despidieron sabiendo que esa alegría se repetiría cada vez que volvieran a reunirse.

El día designado para que saliera Alicia de la cárcel había llegado y la hora señalada se estaba acercando. Catalina y Alessandro se prepararon desde temprano para estar ahí y resolver ese asunto

cuanto antes. Él, a pesar de no demostrarlo, estaba algo inquieto. Cuanto más pensaba, no se podía imaginar qué sería eso tan importante que la reclusa tenía que contarle y se preguntaba: "¿El asunto tendrá algo que ver con la impostora? Esa todavía tiene un tiempo más de encierro. A pesar de que les dieron una condena ejemplificadora, todo parece poco para reparar el daño que nos hicieron".

Catalina se refugiaba detrás de Alessandro muy nerviosa, mientras esperaban a la salida del penal. De pronto se sintió el ruido de la pesada puerta que se abría y se la vio salir a Alicia. Esta se sorprendió mucho al verlo acompañado, pero igualmente se acercó a él y saludó:

—Buenos días. ¡Viniste!

—Hola. Sí, vinimos porque no nos explicamos para qué me mandaste a llamar, así que habla rápido porque no tenemos toda la mañana.

—Paciencia… Que lo que tengo para decirte te va a interesar y mucho.

—¡Habla ya! —ordenó algo alterado.

—Mira —dijo intrigante mientras miraba de reojo a Catalina—, al poco tiempo de estar en este lugar supe que estaba embarazada.

—¿Embarazada?

—Sí, así fue —contestó y continuó—: Llevé adelante ese embarazo y tuve un niño —y luego de una breve pausa, finalizó—: Un niño que es tu hijo.

—¿Qué dices? ¿Cómo es posible? Esto es una broma de mal gusto —dijo Alessandro mientras tomaba fuerte el brazo de Catalina que intentaba retirarse.

—Así es, Alessandro, tienes un hijo mío. Yo hasta entonces nunca había estado con otro hombre.

—¿Por qué no me dijiste nada antes? ¿Por qué me ocultaste esto?

Catalina, que no podía creer lo que escuchaba, se sentía muy incómoda e insistía en retirarse. Alessandro, que tampoco podía creerlo, estaba muy movilizado y le rogó de mil maneras que se quedara con él. Se tomó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está el niño? ¿Cómo está mi hijo?

—Está en el instituto de menores Amigos del Niño Jesús, porque mis padres no quisieron hacerse cargo de él y, te soy sincera, anímicamente yo no estoy en condiciones de tenerlo, así que, si tú lo quieres, búscalo; de lo contrario, se quedará allí hasta su mayoría de edad.

Alessandro quedó sin palabras y la miró con desprecio. Conmovido, salió rápido tras los pasos de Catalina, que muy confundida comenzó a retirarse del lugar caminando rápidamente. Pronto la alcanzó y, tomándola de los hombros, le imploró:

—No te enojes conmigo, por favor.

—Déjame, Alessandro. Esto es muy fuerte para mí —le pidió llorando.

—Yo nunca te engañé, te lo juro.

—Está bien, pero tienes que comprenderme. Jamás me esperaba esta noticia —dijo mientras continuaba caminando.

—Yo tampoco, mi amor. Compréndeme tú a mí. Me acabo de enterar de que tengo un hijo y, además, que está abandonado, encerrado en un lugar horrible.

Estas últimas palabras removieron todos los sentimientos en Catalina. Vinieron a su mente los días terribles vividos en aquel convento de clausura; también recordó el lugar donde estuvo alojada su hijita y el tiempo que Alessandro estuvo detenido siendo inocente. De pronto reaccionó impresionada al pensar cómo el destino los perseguía marcando puntos en común: el encierro y la injusticia.

Ese pensamiento la volvió más sensible a la situación. De pronto se detuvo, abrazó impetuosamente a Alessandro y rompió en llanto, desahogando en sus brazos tanto dolor contenido. Él la consoló y lloraron juntos.

Luego de un rato, más calmados, conversaron tranquilos y tomaron la única decisión posible que podrían haber tomado dos personas de bien como ellos. De allí mismo se dirigieron al instituto Amigos del Niño Jesús y, luego de constatar la presencia del niño en el lugar, hablaron con el director y le explicaron la situación. El hombre los escuchó atentamente y se dirigió a corroborar los dichos. Luego de un largo rato, regresó convencido de que lo que había escuchado era veraz. Alessandro lo increpó sin esperar ni un segundo más:

—Quiero hacerme cargo de mi hijo. ¿Qué debo hacer?

—Mire, señor Malatesta, si la madre está de acuerdo, no tendremos ningún problema en que usted se lo lleve, pero para eso debemos hacer los trámites necesarios —contestó el directivo.

—Dígame, por favor, si hace falta que yo ocupe los servicios de un abogado. Yo no sé qué derechos tengo como padre. ¿Cree usted que podré obtener su custodia?

—Tranquilícese, amigo. Estuve viendo la partida de nacimiento del niño y, por suerte, su madre lo asentó como hijo suyo. Eso simplifica todo el trámite. Déjelo en mis manos. Hoy mismo iré a hablar con el juez y mañana venga, que seguramente podré entregarle al niño —y mirándolo con satisfacción, agregó—: Nosotros estamos muy felices cuando alguno de nuestros niños puede reunirse con su familia y por eso lo haremos lo antes posible. Los saludo y los espero mañana mismo cerca del mediodía.

—Muchísimas gracias. Pero… ¡Qué loco es todo esto! Aún no sé cómo se llama.

—Él se llama Marcos Álvarez. Si usted quiere, haremos también lo necesario para cambiarle el apellido de su madre por el suyo.

—Por supuesto que sí —contestó Alessandro sin pensarlo ni un segundo, pero luego miró a Catalina y recibió de su parte una sonrisa aprobatoria. En ese momento supo que su hijo sería muy feliz porque, además de encontrar a su padre, tendría también a una gran madre.

—Disculpe mi atrevimiento —intervino Catalina algo intimidada—, ¿podríamos conocer a Marcos?

—Mire, señora. Por hoy solo podrán verlo de lejos. En este momento los niños están jugando en el patio. Vengan conmigo.

—¿Con quién está jugando en el patio? ¿Quién cuida a mi hijo? —preguntó preocupado el flamante padre.

—Está jugando con otros chiquitos. No se preocupe, acá tienen cuidadoras que se ocupan de ellos. Miren, Marcos es aquel niño que está primero en la fila sosteniendo una pelota. ¿Lo ven?

—Sí, sí. ¿Ese es mi hijo?

—Así es. Perdónenme, pero aún no puedo dejar que se acerquen a él. Si todo sale bien, mañana se los entregaré con todo gusto.

Alessandro lo observó durante un largo rato, siguiendo cada uno de sus movimientos. La emoción que sentía era indescriptible y sus sentimientos se fueron mezclando con otros inevitables, como la ansiedad y el miedo a no saber cómo seguirían sus vidas. Todo era muy reciente y sorpresivo. En su cabeza comenzaron a agolparse los pensamientos, pero había algo que sí tenía muy claro: él haría lo imposible por crear un buen vínculo con el niño y trataría de ser el mejor padre posible, como lo era con Alma.

Catalina se acercó a él y lo abrazó, conteniéndolo, mientras le decía:

—Tranquilo, mi amor. Todo estará bien. Esto no será fácil para ninguno de nosotros, pero estoy segura de que con amor sabremos llevarlo.

—Gracias, querida. No sé qué hubiera hecho si tú no me hubieras comprendido. Fue tan grande mi sorpresa con la noticia que no sabía qué hacer, pero ahí estabas tú para apoyarme y acompañarme. Gracias, nuevamente.

—No agradezcas más y vayamos a casa. Debemos prepararnos para mañana, que será un día muy importante para la familia. Vendremos puntualmente y nos llevaremos a Marcos con nosotros —sugirió sonriente.

Alessandro miró nuevamente hacia donde estaba su hijo y se despidió en silencio con la mirada, luego tomó a Catalina de la mano y caminó junto a ella sin percibir que también se había quebrado. Juntos regresaron con la emoción de lo que vivirían al día siguiente.

Alessandro y Catalina llegaron a la casa y reunieron a la familia para merendar. Luego de dar vueltas, él tomó coraje y les comunicó la inesperada noticia. Tanto Sabina como Alma quedaron impactadas con la novedad y actuaron de diferentes maneras. La mujer sintió mucha emoción y hasta llegó a hacer en su mente planes para su llegada, pero la chica lo tomó con fastidio. Era muy duro para ella pensar que un intruso llegaba para compartir el amor de sus padres. Con los ojos llenos de lágrimas y en total silencio, se retiró a su dormitorio y cerró la puerta. Alessandro atinó a ir detrás de ella, pero luego entendió que sería mejor dejarla sola para que procesara lo sucedido y se contuvo.

Sabina no supo esperar y se acercó a su nieta. Con mucha paciencia esperó que la chica mostrara disposición para escucharla y luego conversó con ella el tiempo necesario para que entendiera la situación. En ese encuentro hubo llanto, desahogo y emociones que se mezclaron con el gran amor que ambas se profesaban, situación a la que se sumó Catalina y así Alma se mostró por primera vez un tanto razonable:

—Ya quiero conocer a Marcos, mamá.

—Me alegro mucho de que hayas cambiado tu actitud y espero que se lo hagas saber a tu papá porque el pobre está muy angustiado por tu reacción. Él te quiere tanto…

—Sí, mami… Enseguida voy a hablar con él y le diré que está todo bien, que recibiré con gusto a mi hermano.

—Yo sabía que lo entenderías —comentó la abuela con placer.

Esa tarde-noche fue interminable para toda la familia, quienes hablaban de la situación con alegría y se mostraban ansiosos por tener pronto con ellos a Marcos.

Llegó la mañana y todos se movilizaron desde temprano. Alma, con toda ilusión, preparó una cama para él en un rincón cerca de la de su abuela, en la habitación contigua a la de sus padres. Al ver las dos camas una al lado de la otra, se detuvo y las observó. Por un momento la asaltó la idea de que el niño vendría a competir en el cariño de Sabina y cambió su semblante, pero luego, cuando miró hacia la puerta, la vio allí, parada, observándola con dulzura mientras le sonreía y le decía:

—Te quiero mucho, mi chiquita. Tú siempre serás mi consentida.

—Ya lo sé, pero ahora tendré que compartirte con mi hermano —contestó sonriendo mientras terminaba de acomodar el acolchado. A pesar de sus temores, se sentía más tranquila, porque entendía que nadie podría robarle el amor incondicional de esa mujer.

Sabina estaba muy feliz de que su consentida aceptara a su hermano y el corazón comenzó a latir ante la emoción de conocer a su nieto, ese ser que llevaba su misma sangre.

Alessandro y Catalina fueron muy puntuales ante esa cita tan importante. Al llegar al instituto fueron recibidos por el director, quien les pidió que lo aguardaran con paciencia en la sala. Luego de un rato largo apareció con el niño de su mano, se inclinó y le dijo:

—Marcos… ¿Recuerdas todo lo que te conté?

—Sí, señor.

—Bueno, mira… Este es tu papá —dijo señalando a Alessandro, quien en un impulso irrefrenable dio un paso adelante y se acercó al niño, estirando su mano y rozando con cautela su rostro.

Marcos esquivó esa mano y apretó fuertemente la del director. En ese momento el hombre lo apartó y se dedicó a darle algunas

explicaciones que le infundieron más confianza. Luego regresaron y le dijo a Alessandro:

—Tome, señor Malatesta, acá tiene a su hijo. A partir de este momento, él es de su entera responsabilidad.

Alessandro no pudo responder porque un nudo había ocupado su garganta y estaba conteniendo el llanto. Catalina lo hizo por él mientras se atrevió a acariciar los rulos del niño que notó idénticos a los de su padre. Marcos levantó la mirada y se mostró algo esquivo también con ella. La mujer supo entender la situación, no le dio demasiada importancia a ese desaire y se dirigió al hombre:

—¡Gracias, señor! Disculpe usted la emoción de mi marido, que no le permite ni hablar, pero quédese tranquilo, que Marcos será un niño muy amado y cuidado por nosotros.

—Me alegro mucho por él.

—Hoy es un día muy feliz para mí —fue lo que se atrevió a decir Alessandro; luego miró con ternura al niño y se acercó a él temblando. Este se mostró con mucha desconfianza, pero de todos modos estiró con timidez hacia él su mano pequeña, derritiéndole así el corazón.

El flamante padre seguía con el nudo en su garganta, pero igualmente continuó mirándolo y le sonrió, iluminando con esa sonrisa el rostro de su hijo. Catalina, que los estaba observando, se atrevió y se acercó a ellos, mientras llevaba la mano sobre su vientre, sonriéndole con complicidad a Alessandro, y ambos sintieron la misma felicidad, esa que pronto compartirían con los demás, al contarles que ella estaba embarazada. ¡Un hijo de los dos! Esa buena nueva era el súmmum de todo lo que añoraban y pronto la casa se inundaría de amor.

En ese mágico momento, las miradas de los tres se encontraron y cada uno con sus pensamientos supo que, en ese mismo instante, sus vidas habían cambiado para siempre, dejando atrás tantos capítulos tristes del libro de sus existencias.

FIN

emporio
ediciones

Table of Contents

Bajo el cielo de Milán
Legales
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35